Maestros de la Literatura Japonesa

El tren nocturno de la Vía Láctea

Miyazawa Kenji

Traducción y prólogo
Montse Watkins

El tren nocturno de la Vía Láctea ha sido comparado desde su publicación en 1934, un año después de la muerte de su autor, con *El principito* de Saint-Exupéry. Esta breve novela ha cautivado a generaciones de japoneses que han elevado a Miyazawa la categoría de héroe cultural. Llevada a la gran pantalla en numerosas ocasiones, la historia de Giovanni y Campanella forma ya parte del imaginario colectivo japonés.

El tren nocturno de la Vía Láctea narra el sueño de un niño en pos de la amistad y la felicidad; un viaje onírico e iniciático gracias al cual el protagonista comprenderá la dura realidad de la vida de una manera positiva y enriquecedora. Las historias de Miyazawa se desarrollan en un mundo mezcla de realidad y fantasía en el que los elementos naturales interactúan de manera tan inverosímil como encantadora, y los personajes, a menudo animales o elementos básicos como la Tierra o el Viento, están en perfecta conjunción con la naturaleza. En esta recopilación se incluyen también *Matasaburo, el genio del viento* y *Gauche, el violoncelista*.

Kenji Miyazawa

El tren nocturno de la Vía Láctea

ePub r1.0
Daruma 06.12.13

Título original: 銀河鉄道の夜 *(Ginga tetsudō no yoru),* 風の又三郎 *(Kaze no Matasaburō),* セロ弾きのゴーシュ *(Sero hiki no Gauche)*
Kenji Miyazawa, 1934
Traducción y prólogo: Montse Watkins
Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma
ePub base r1.0

PROLOGO

Miyazawa Kenji es un autor clásico en Japón, aunque todavía poco conocido en Occidente, pese a que ya ha sido traducido a catorce idiomas. Estas páginas están destinadas a los lectores deseosos de comprender mejor la obra de este escritor, que contiene símbolos y referencias a costumbres y tradiciones difíciles de entender para el extranjero. Sin embargo, las diferencias culturales no son obstáculo para disfrutar de los escritos de Miyazawa, que se deben leer con los ojos del alma para dejarse transportar a su mundo mágico con el espíritu ligero y abierto.

Para la interpretación de los textos he consultado a expertos en el escritor y conversado largamente con su hermano menor, Seiroku. Quisiera compartir el resultado de este trabajo con el lector, adulto o niño, e invitarlo a la lectura de estos relatos para alejarse de la realidad por unas horas y volver a ella con el corazón alegre.

Pero ¿quién fue Miyazawa Kenji? Este escritor, que acapara la atención y el reconocimiento del público nipón al cumplirse el centenario de su nacimiento[1], vino al mundo el 27 de agosto de 1896 en la pequeña ciudad de Hanamaki, en la provincia de Iwate, unos 500 kilómetros al norte de Tokio.

Aunque su familia era de comerciantes acomodados, creció en una sociedad empobrecida por la guerra ruso-japonesa, que comenzó en 1904, así como por las frecuentes heladas e inundaciones que causaban hambre endémica entre los agricultores de esa fría región norteña. Estas circunstancias, además de haber sido educado en un budismo ferviente que le inculcó la idea del autosacrificio por el bienestar de los menos favorecidos, impulsaron a Miyazawa a ayudar a los campesinos locales a través de su profesión de ingeniero agrónomo.

Miyazawa empezó a escribir desde joven. A los 21 años publicó cuentos ingenuos y humorísticos en los periódicos locales, pero no fue hasta cinco años más tarde, tras la muerte por tuberculosis de su hermana menor, Toshiko, que entró en una activa etapa de producción literaria. Entre los atormentados poemas y enigmáticas historias de este periodo destaca su obra más representativa, «El tren nocturno de la Vía Láctea», que reescribió en cuatro ocasiones durante diez años y finalmente dejó inconclusa. Otros relatos del autor son «Las bellotas y el gato montes», «El restaurante con muchos encargos» y «Viaje por la nieve», muy conocidos por los lectores japoneses, junto a abundantes cuentos cortos y poemas, entre los que destaca «Sin dejarse vencer por la lluvia», dada su enorme fuerza y sencillez.

Además de aconsejar a los agricultores locales en cuestiones técnicas y escribir, Miyazawa se unió a un grupo de jóvenes progresistas con los que discutía los problemas de la comunidad y escuchaba música clásica —el gramófono y la colección de discos de Beethoven todavía se conservan en el Museo Kenji Miyazawa, en Hanamaki—. Sin embargo, el creciente militarismo de Japón en los años veinte causó una ola de atentados anarquistas contra los que el Gobierno reaccionó prohibiendo cualquier tipo de reuniones, de modo que finalizaron estas actividades.

A los 32 años, Miyazawa enfermó de tuberculosis y tuvo que abandonar su trabajo de ingeniero, pero continuó escribiendo hasta que murió, cinco años más tarde, en septiembre de 1933. De este

periodo data el último manuscrito de «El tren nocturno de la Vía Láctea», que no fue publicado hasta tres décadas más tarde, cuando un equipo —en el que participó su hermano Seiroku— editó la obra en base a los cuatro manuscritos existentes, todos sin terminar. En la versión japonesa existen aún algunos puntos de ruptura, marcados con la indicación de que se han perdido las páginas del original, que en esta traducción me he permitido suavizar con la supresión de alguna frase suelta.

La idea que pudo inspirar a Miyazawa «El tren nocturno de la Vía Láctea» todavía es un asunto controvertido entre los críticos nipones, aunque la teoría más aceptada es la separación entre el autor y su hermana Toshiko, fallecida a los 25 años. Otra influencia en este relato, en especial el capítulo del naufragio, fue la novela *Cuore*, del italiano Edmondo De Amicis. Según Seiroku, de esta obra eligió los nombres protagonistas —Giovanni y Campanella—, por creer que contribuirían a dar un ambiente más imaginario al relato.

«El tren nocturno de la Vía Láctea» combina elementos espirituales y científicos, y realiza una curiosa mezcla entre el cristianismo y el budismo. Mientras que la descripción del viaje, que empieza en la constelación de la Cruz del Norte y termina en la de la Cruz del Sur, así como la de algunos personajes son claramente cristianas, el concepto de cruzar la Vía Láctea para alcanzar el paraíso es una analogía del río Sanzu, que separa este mundo del más allá, según la doctrina budista. También la «Columna de los Deseos», una columna atravesada por una anilla de hierro giratoria, existía antaño como un instrumento de plegaria budista.

Giovanni, un niño pobre y solitario, quiere marcharse «muy lejos» de su pueblo. De repente, se encuentra viajando por el espacio en un extraño tren que conduce al más allá a los espíritus de los muertos y donde viaja también su amigo Campanella; pero no sabe que es el único viajero con billete de vuelta que le permitirá regresar al mundo de los vivos. Su ansiedad por disfrutar de la amistad con Campanella y su evolución hasta superar el egoísmo y desear «la felicidad para todos», incluso a costa del autosacrificio, constituyen el ritmo del relato.

Miyazawa se inspiró en el campo de su tierra natal para los paisajes de este relato, mientras que para la «Fiesta de las estrellas» lo hizo en la tradicional celebración de Tanabata, que tiene lugar en Japón durante el mes de julio. Según la leyenda, Tanabata marca el día del año en que una doncella hilandera y un pastor, representados por las estrellas Vega y Altair, cruzan la Vía Láctea y se encuentran. La costumbre de echar a flotar farolillos al río o al mar para recibir a los espíritus de los difuntos que vuelven a este mundo todavía se conserva en muchas regiones. Durante estas fiestas se decoran las calles con largos tallos de bambú adornados con figuras y guirnaldas multicolores de papel, los niños lanzan fuegos artificiales, compran ciervos volantes o peces de colores y todos salen a pasear por las calles iluminadas. En una noche así muere Campanella ahogado en el río y Giovanni, que se había quedado dormido al pie de la «Columna de los Deseos», logra hacer un mágico viaje en el tren de la Vía Láctea.

Otro de los cuentos más populares de Miyazawa es «Matasaburo, el genio del viento», escrito a los 28 años, en 1924. El título de este relato hace referencia al viento que sopla desde Japón central a la isla de Hokkaido, sobre la región de Tohoku, a principios de septiembre, cuando antaño se celebraba la Fiesta del Dios del Viento.

Este relato muestra con gracia y dinamismo la vida diaria de unos colegiales en una pequeña aldea en Tohoku cuya rutina resulta interrumpida por la llegada de un extraño compañero. La tensión sumergida, característica de las narraciones de Miyazawa, aflora esporádicamente, mientras que la ambigua relación entre el mundo real y el imaginario crea el ritmo de la historia.

En el protagonista se unen dos personajes: Saburo Takada, un colegial algo tímido e inseguro, y Matasaburo, el genio del viento. Cuál existe en realidad es una incógnita que permanece hasta el fin.

Desde que Saburo aparece en la escuela un día de fuerte viento, sus compañeros lo consideran un extraño que viste ropas occidentales, calza zapatos y no se comporta como ellos; pero su imaginación para inventar juegos despierta la curiosidad de los niños, que comparten de buen grado el tiempo libre después de la escuela. Las discusiones sobre la naturaleza del forastero se suceden durante todo el relato hasta la escena final, donde la confrontación entre realidad y fantasía alcanza la mayor intensidad.

La última obra, «Gauche, el violoncelista», apenas precisa de comentarios. Se trata de un cuento de ritmo vivo, repleto de situaciones humorísticas y enternecedoras, en el que el destino se sirve de importunas visitas nocturnas de pequeños animales para convertir a Gauche, un músico mediocre, en un violoncelista que realiza una brillante representación consiguiendo arrancar un entusiasmo desbordante entre el público de su pueblo.

Con esta narración despedimos por el momento a Miyazawa Kenji que, desde más allá de las estrellas, nos invita a recorrer su mundo mágico y a vivir con más imaginación y libertad.

Montse Watkins
Kamakura, agosto de 1996

NOTA AL TEXTO

La traducción de este libro fue realizada a partir del original japonés de los relatos *Ginga tetsudo no yoru*, 銀河鉄道の夜 (1927), *Kaze no Matasaburo*, 風の又三郎 (1924), *Sero hiki no Gōshu*, セロ弾きのゴーシュ (publicado póstumamente en 1934), por la española Montse Watkins (1955-2000). La primera versión de este libro fue publicada en 1994 y reeditada en 1996 por la editorial Luna Books, fundada en Japón por Montse Watkins para difundir la literatura japonesa en lengua española. Esta edición está dedicada a su memoria.

La trascripción de los términos japoneses sigue el sistema Hepburn, el más empleado en la literatura orientalista, y según el cual las consonantes se pronuncian como en inglés y las vocales casi igual que en español. Se han eliminado los signos diacríticos sobre las vocales largas de las palabras y homónimos japoneses cuando tal simplificación ortográfica no afecta el significado.

Todas las notas al pie son de la traductora.

EL TREN NOCTURNO DE LA VÍA LÁCTEA

Capítulo 1

LA CLASE DE LA TARDE

—Se dice que parece un río, también el rastro dejado por una corriente de leche. Pero este objeto borroso y blanco, ¿sabéis qué es en realidad?

El maestro formuló la pregunta a la clase mientras señalaba un gran mapa colgado sobre la pizarra en el que aparecían las estrellas sobre un fondo negro y una zona blanca y difusa parecida a una galaxia.

Campanella levantó la mano. Enseguida cuatro o cinco niños más hicieron lo mismo. Giovanni también iba a levantarla, pero cambió de opinión a toda prisa. Sin duda, todo eso eran estrellas, alguna vez lo había leído en una revista. Pero últimamente a Giovanni cada día le entraba el sueño en clase y, como no le llegaba el tiempo para leer ni tampoco tenía libros, le daba la impresión de que no comprendía nada bien.

El maestro se dio cuenta:

—Giovanni, ¿has entendido la pregunta?

Giovanni se levantó con decisión, pero una vez que estuvo de pie, no supo cómo responder. Zanelli, sentado delante de él, volvió la cabeza y, mirándolo, se rio en su cara. Giovanni, rojo de bochorno, se quedó en la misma postura lleno de confusión.

El maestro habló de nuevo:

—Si observáis la Vía Láctea con un telescopio potente, ¿en qué consiste más o menos?

Aunque Giovanni pensó que, desde luego, eran estrellas, tampoco esta vez pudo contestar.

El maestro pareció preocupado un momento, pero enseguida dirigió la vista hacia Campanella y le preguntó:

—¿Y bien, Campanella?

Pero Campanella, que había alzado la mano con tanto entusiasmo, se levantó vacilante y tampoco respondió. Extrañado, el maestro observó a Campanella un instante y entonces, con un apresurado «Bueno, muy bien», señaló el mapa de estrellas.

—Si miráis la borrosa y pálida Vía Láctea con un potente telescopio, veréis que está formada por muchas pequeñas estrellas, ¿no es así, Giovanni?

Giovanni asintió, sonrojándose de nuevo. Pero en algún momento se le habían llenado los ojos de lágrimas.

«Claro, sí lo sabía —pensó—. Y Campanella, por supuesto, también. Lo leímos una vez en su casa, en una revista de su padre, que es doctor. No tan solo eso sino que Campanella, al verlas, fue enseguida al despacho de su padre y trajo un grueso libro. Lo abrió en el lugar donde ponía "Vía Láctea" y estuvimos mirando mucho rato aquella hermosa fotografía de innumerables puntos blancos sobre la página negra como el carbón. No es posible que lo haya olvidado. Y, sin embargo, no ha contestado. Últimamente tengo que trabajar duramente por la mañana temprano y por la tarde. Aunque

venga a la escuela, no tengo ganas de jugar con los demás ni tampoco charlo con Campanella como solía hacer antes. Él se ha dado cuenta y se ha quedado callado a propósito. Cuando lo pienso, me da mucha pena».

El maestro habló de nuevo:

—Por lo tanto, si pensáis que la Vía Láctea es como un río de verdad, cada una de las pequeñas estrellas que la forman correspondería a la arena y los guijarros de su lecho. Y si pensáis que es como una corriente de leche, todavía se le parece más. Es decir, que las estrellas serían las pequeñas gotas de grasa que flotan en ella. De este modo, si nos preguntamos a qué correspondería el agua de este río, la respuesta es el vacío que transmite la luz a cierta velocidad y en el que, por supuesto, también flotan el Sol y la Tierra. O sea, que nosotros vivimos dentro del agua de la Vía Láctea. Y si, desde dentro del agua de este río celeste, miramos en todas las direcciones, del mismo modo que ocurre con la verdad, que cuanto más profunda, más azul se ve, a lo lejos, en la profundidad de la Vía Láctea, podemos observar una infinidad de estrellas juntas, lo que la hace parecer blanquecina y borrosa. Observad este modelo.

El maestro señaló hacia una gran lente convexa de dos caras que contenía muchos granos brillantes de arena.

—La forma de la Vía Láctea se parece mucho a esto. Podemos pensar que cada uno de estos granos son estrellas que brillan por sí mismas, igual que nuestro Sol. Imaginad que el Sol está en el centro y la Tierra muy cerca de él, y que si por la noche miráis a través de la lente en todas las direcciones, es como si estuvieseis de pie dentro de ella. Por este lado, la lente es delgada, por lo que no podéis ver más que unos pocos granos brillantes de arena, es decir, estrellas, ¿no es cierto? Pero donde el cristal es grueso, veréis muchos granos de arena y los más alejados aparecerán como una masa blanquecina y borrosa. En resumen, esto es la explicación de la Vía Láctea que hemos visto en el mapa. Como ya se nos ha terminado el tiempo, hablaremos en la próxima clase de Ciencias del tamaño de esta lente y de las distintas estrellas que se encuentran en ella. Hoy es la Fiesta de las Estrellas; al salir fuera, mirad bien el cielo. La clase ha terminado, guardad los libros y los cuadernos.

Durante unos momentos se oyó el ruido de abrir y cerrar pupitres y de amontonar los libros, pero, enseguida, todos los alumnos en pie y en orden, saludaron al maestro y salieron del aula.

Capítulo 2

LA IMPRENTA

Cuando Giovanni se dirigía a la puerta de la escuela, se dio cuenta de que siete u ocho de sus compañeros, en lugar de volver directamente a casa, se habían reunido alrededor de Campanella en una esquina del patio junto al cerezo. Parecía que estaban haciendo planes para ir a recoger calabazas de culebra a fin de hacer farolillos que, con una luz azul dentro, echarían a flotar al río esa noche de la Fiesta de las Estrellas.

Al pasar junto a ellos, Giovanni los saludó con un gesto enérgico de la mano y se marchó a toda prisa. Al salir a la calle, vio que las casas estaban adornadas con bolas de ramas de tejo; los cipreses, con lucecitas; y que la gente del pueblo había hecho toda clase de preparativos para la fiesta.

En vez de volver a casa, Giovanni siguió caminando y, tras doblar tres esquinas, llegó a una imprenta. Después de dejar los zapatos en la entrada, abrió la gran puerta que daba a un pasillo. A pesar de ser aún de día, las luces estaban encendidas. Muchas prensas rotativas giraban y giraban con incesante golpeteo e incontables empleados, ataviados con badanas y viseras, leían y contaban con un sonsonete.

Giovanni se acercó a un hombre sentado frente a un alto escritorio, el tercero desde la entrada, y lo saludó. Entonces, el hombre buscó en una estantería.

—¿Podrás terminar esto para hoy? —dijo, entregándole un pedazo de papel.

Giovanni recogió una pequeña caja plana que estaba al pie del escritorio, se la llevó a una esquina bien iluminada por una bombilla colgada de la pared y, en cuclillas, comenzó a sacar con unas pequeñas pinzas los caracteres, tan diminutos como granos de mijo.

—¡Eh, hola, maestro de la lupa! —dijo un hombre con un delantal azul al pasar por detrás de Giovanni. Cuatro o cinco personas más que andaban por allí cerca, sin decir nada ni volver la cabeza, lo secundaron con risitas maliciosas.

Giovanni fue sacando los caracteres, frotándose los ojos a menudo. Al poco de pasadas las seis ya tenía la caja llena. Después de comparar los caracteres con la hoja de papel que sostenía en la mano, llevó la caja al hombre de antes, quien seguía sentado frente al escritorio y la recibió en silencio, asintiendo levemente. Tras despedirse, Giovanni abrió una puerta y se dirigió hacia la caja, donde alguien vestido con una bata blanca le entregó una pequeña moneda de plata sin decir palabra.

A Giovanni se le iluminó la cara. Contento, recogió su cartera de debajo del mostrador y se precipitó hacia fuera. Luego, silbando alegremente, se acercó a la panadería, donde compró una barra de pan y una bolsa de terrones de azúcar, y salió corriendo a toda velocidad.

Capítulo 3

EN CASA

El lugar al que volvió tan alegre era una calle secundaria. De las tres entradas alineadas, la de su casa era la situada más a la izquierda. Junto a ella había coles rizadas y espárragos plantados en viejas cajas de madera. Las dos pequeñas ventanas todavía tenían los toldos desplegados.

—¡Mamá, ya estoy aquí! —dijo Giovanni, sacándose los zapatos en la entrada—. ¿Cómo te encuentras?

—¡Ah, Giovanni! Estarás cansado, ¿no? Hoy ha hecho fresco y me he sentido bien todo el día.

En la habitación contigua a la entrada, su madre estaba reposando con la cabeza cubierta por una cofia blanca. Giovanni entró y abrió la ventana.

—Mamá, he comprado terrones de azúcar. Había pensado ponértelos luego en la leche.

—Primero descansa un poco. A mí todavía no me apetece tomar nada.

—¿Cuándo ha vuelto mi hermana?

—A eso de las tres. Ya ha hecho todas las tareas de la casa.

—Aún no han traído la leche, ¿verdad? —¡Ah, es cierto! Parece que no.

—Entonces, voy a buscarla.

—No corre prisa, descansa antes. Tu hermana ha preparado algo con tomate y lo ha dejado allí.

—Bueno, pues voy a comer.

Giovanni tomó el plato del antepecho de la ventana y, acompañado de un pedazo de pan, se lo comió todo con avidez.

—¿Sabes, mamá? Creo que papá va a volver.

—¡Ah, yo también lo creo! Pero, dime, ¿por qué lo piensas?

—Pues porque esta mañana he leído en el periódico que la pesca ha sido muy buena en el norte este año.

—Pero quizá tu papá no esté pescando…

—Seguro que sí. No ha hecho nada malo como para ir a la cárcel. La última vez que volvió trajo de regalo a la escuela un enorme caparazón de cangrejo y unos cuernos de reno. Todavía están guardados en la sala de Ciencias. El maestro a menudo los utiliza para la clase de sexto.

—Tu papá dijo que la próxima vez te traería una chaqueta de piel de nutria, ¿te acuerdas?

—Sí… Cuando me ven, todos me dicen lo mismo burlándose de mí…

—¿Se burlan de ti?

—Sí, pero Campanella nunca lo hace. Cuando los otros me dicen estas cosas, parece que le dé lástima.

—Tu papá y el de Campanella, igual que vosotros dos, eran buenos amigos de pequeños.

—Claro, por eso papá me llevaba a su casa. Eran buenos tiempos entonces. A veces, en el camino de vuelta de la escuela, nos acercábamos un rato. Tenía un tren que funcionaba con alcohol.

Juntando siete rieles se podía formar un círculo. También había postes eléctricos y semáforos que se ponían verdes solo cuando pasaba el tren. Una vez que se terminó el alcohol, usamos petróleo y la locomotora se llenó de hollín.

—¿Ah, sí?

—Todavía les llevo el periódico cada mañana. Pero a esa hora la casa siempre está en silencio.

—Claro, porque es temprano.

—Tienen un perro que se llama Sauer. Su cola parece una escoba. Cuando voy para allá, suele olfatearme. Me sigue hasta la esquina, a veces incluso más lejos… Esta noche todos irán al río para echar a flotar los farolillos y seguro que el perro los acompañará.

—¡Ah, es cierto! Esta noche es la Fiesta de las Estrellas.

—Sí. Cuando vaya a buscar la leche, me acercaré un rato para ver.

—Bien, anda. Pero no te metas en el río.

—No. Solo miraré desde la orilla. Volveré antes de una hora.

—Quédate jugando un rato más. Si estás con Campanella, no me preocupo.

—Claro que estaremos juntos. ¿Quieres que cierre la ventana, mamá?

—Sí, será mejor. Ya ha refrescado.

Giovanni se levantó y cerró la ventana. Después recogió su plato y la bolsa del pan.

—¡Vuelvo dentro de una hora y media! —dijo feliz desde la entrada mientras se ponía los zapatos.

Y salió por el portal ya envuelto en la oscuridad.

Capítulo 4

LA NOCHE DE LA FIESTA DE LAS ESTRELLAS

La expresión de Giovanni se había vuelto triste y solitaria mientras bajaba hacia el pueblo por la cuesta bordeada de negros cipreses. Al final de la pendiente había una farola que brillaba con una hermosa luz pálida. Poco a poco se fue acercando a ella. Su sombra, que hasta ahora lo había seguido, larga y borrosa como un fantasma, se fue haciendo más oscura y definida. Levantando las piernas y balanceando los brazos, giró hasta avanzar a su lado.

«Soy una locomotora —pensó—. Voy rápido porque es cuesta abajo. Ahora estoy pasando la farola. ¡Toma! Mi sombra ha girado como una brújula y ha quedado delante de mí».

Entretenido con el juego caminaba a grandes pasos. Justo después de dejar atrás la farola, apareció por una callejuela y se cruzó en su camino el Zanelli de aquella mañana, vestido con una camisa nueva de cuello puntiagudo.

«Zanelli, ¿vas al río a echar farolillos?» iba a preguntarle cuando el otro niño le soltó:

—Giovanni, ¡ya llega la chaqueta de nutria!

Se quedó paralizado, como si un sonido ensordecedor hubiera llenado el aire. Aunque de inmediato contestó a gritos:

—¡Atrévete a repetirlo, Zanelli!

Pero este ya había desaparecido dentro de una casa rodeada por una verja de cipreses.

«¿Por qué Zanelli me dice esas cosas si yo no le he hecho nada? —se quedó pensando Giovanni —. Cuando sale corriendo parece una rata… Es tonto por fastidiarme así, sin motivo».

Absorto en estos pensamientos iba caminando por la calle, espléndidamente adornada con luces de colores y ramas verdes. La relojería estaba iluminada por una brillante luz de neón. En el escaparate había un búho de piedra cuyos ojos se movían de derecha a izquierda marcando los segundos. Sobre el aparador de vidrio de color del mar, unas joyas giraban lentamente como si fueran estrellas. Desde el otro lado del aparador, se veía un centauro de cobre girando y acercándose a Giovanni. Y justo en el centro del escaparate había un planisferio, redondo y negro, adornado con hojas verdes de espárrago.

Giovanni se olvidó de todo, ensimismado en la contemplación de aquel planisferio. Aunque era mucho menor que el mapa que había visto por la mañana en la escuela, al girar la esfera para ajustar el día y la hora correctos, se podía ver el cielo, tal como estaba en ese momento, dentro de un óvalo. Por supuesto, en el centro del de hoy se veía la Vía Láctea, extendiéndose como una franja indefinida y nebulosa. En la parte inferior parecía que hubiera ocurrido una pequeña explosión y flotara una nube de vapor.

Al fondo destacaba el lustre amarillento de un pequeño telescopio montado sobre un trípode y detrás colgaba un gran mapa con todas las galaxias, representadas con formas de animales extraños, como serpientes, tortugas y muchos más. Se preguntó si el cielo estaría en realidad lleno de galaxias

como el Escorpión, el Cazador… y pensando «¡Ah, cómo me gustaría viajar entre ellas para siempre!», dejó vagar su imaginación.

De repente, se acordó de la leche para su madre y se puso en camino, alejándose de aquella tienda. A pesar de que la chaqueta ya le empezaba a quedar pequeña y le apretaba los hombros, hizo un esfuerzo por sacar pecho y, balanceando los brazos vigorosamente, continuó caminando a través del pueblo. Por las calles, el aire corría transparente como el agua. Frente a las tiendas, las farolas estaban adornadas con verdes ramas de abeto y roble. Los seis plátanos alineados ante el edificio de la compañía eléctrica estaban cubiertos de luces, de modo que el lugar parecía el reino de las sirenas.

Todos los niños, con sus ropas bien planchadas, silbaban la canción de las estrellas y gritaban: «¡Centauro, haz caer el rocío!», a la par que corrían y encendían fuegos artificiales azules de magnesio. Parecían estar pasándolo muy bien.

Giovanni, con la cabeza gacha de nuevo, muy lejos de la algarabía reinante, se apresuró hacia la lechería. Antes de darse cuenta, ya había llegado a las afueras del pueblo donde innumerables álamos se recortaban contra el cielo estrellado, como si estuvieran flotando en él. Entró por la oscura puerta de la lechería y, de pie, frente a la cocina que olía a vaca, se sacó el sombrero y saludó con un decidido «¡Buenas noches!». Pero la casa estaba en completo silencio, como si no hubiera nadie. Volvió llamar de pie y bien erguido:

—¡Buenas noches! ¿Hay alguien en casa?

Al cabo de un momento, una anciana con aspecto de no encontrarse muy bien se le acercó despacio, murmurando algo entre dientes.

—Hoy no han llevado la leche a casa, por eso he venido a buscarla —dijo Giovanni.

—Ahora no hay nadie. Vuelve mañana —respondió la anciana, mirándolo mientras se frotaba los ojos enrojecidos.

—Mi madre está enferma y necesitamos la leche esta noche.

—Bueno, entonces vuelve dentro de un rato —dijo ella antes de regresar por donde había venido.

—¿Ah, sí? ¡Muchas gracias! —respondió Giovanni y, tras despedirse, salió de la cocina.

Al doblar la esquina de un cruce, a la altura de la tienda de comestibles cercana al puente, vio que se acercaban, en una confusión de sombras negras y tenues camisas blancas, seis o siete colegiales silbando y riendo. Cada uno llevaba un farolillo. Estas risas y canciones le resultaban familiares: eran las de sus compañeros de clase. Giovanni, sobresaltado, se disponía a dar media vuelta, pero cambió de idea y continuó su camino con paso decidido. Aunque sentía un ligero nudo en la garganta, estaba a punto de preguntarles si iban al río, cuando Zanelli le volvió a gritar:

—¡Giovanni, ya llega la chaqueta de nutria!

Sonrojándose violentamente y sin saber ya por dónde andaba, iba a pasar de largo a toda prisa cuando se dio cuenta de que Campanella se encontraba entre ellos. Parecía sentir un poco de lástima por él. Mirándolo, le sonrió en silencio como diciendo: «No te enfadas, ¿verdad?». Pero Giovanni evitó su mirada y dejó atrás la alta figura de su compañero. Entonces, todos se pusieron a silbar, cada uno por su lado.

Antes de doblar la calle, Giovanni se volvió y se dio cuenta de que Zanelli había hecho lo

mismo. Campanella, que se había puesto de nuevo a silbar muy alto, salió corriendo en dirección al puente, ya envuelto por la niebla.

Sintiéndose indescriptiblemente solo, Giovanni también echó a correr. Unos niños pequeños que saltaban a la pata coja tapándose las orejas con las manos lo siguieron un trecho gritando, pues creían que él también estaba jugando. Continuó corriendo sin parar, pero, en lugar de subir recto por la colina hacia su casa, se dirigió hacia el norte, a las afueras del pueblo. Un pequeño puente con una delgada barandilla de hierro cruzaba un riachuelo que discurría entre las orillas blanquecinas y borrosas. Se detuvo en el medio y, con la respiración acelerada, se puso a silbar entrecortadamente para engañar sus ganas de llorar.

«No tengo con quién jugar. Todos me miran como si fuera un bicho raro», pensó. Pero enseguida volvió a salir corriendo con todas sus fuerzas hacia la negra colina.

Capítulo 5

LA COLUMNA DE LOS DESEOS

Detrás de la granja, la pendiente de la colina se suavizaba. Sobre la oscura y llana cima se veía la Osa Mayor, borrosa y más baja que de costumbre, en el cielo del norte.

Giovanni fue subiendo por el pequeño camino del bosque cubierto ya de rocío, que, abriéndose paso en medio de las negras hierbas y los arbustos de distintas formas, resplandecía como una línea blanca a la luz de las estrellas. Entre el herbaje, unos insectos mostraban su brillo azulado y algunas hojas se veían de un verde translúcido. Le recordaron los farolillos que antes habían llevado sus compañeros al río.

Tras cruzar el oscuro bosque de pinos y robles, apareció el cielo abierto y en él, la Vía Láctea, que se extendía blanquecina de sur a norte. En la cima de la colina se alzaba la Columna de los Deseos, rodeada de campanillas y crisantemos silvestres que exhalaban su perfume como en un sueño. Un pájaro pasó cantando. Giovanni subió hasta la cima y echó su cuerpo cansado sobre la hierba fresca al pie de la columna.

Las luces del pueblo, allá abajo, en medio de la oscuridad, parecían las de un palacio en el fondo del mar. De vez en cuando se escuchaban débilmente las canciones, silbidos y risas de los niños. La hierba de la colina se balanceaba suavemente bajo el viento que soplaba desde algún lugar lejano. Giovanni, con la camisa empapada de sudor, comenzó a sentir fresco.

El sonido de un tren llegó desde la llanura. Se veía la hilera de ventanillas, pequeñas y rojizas, a través de las cuales muchos viajeros pelaban manzanas y conversaban animadamente. Intentando imaginar lo que estaría haciendo aquella gente, se sintió de nuevo invadido por la tristeza y levantó la vista al cielo. Por mucho que mirase, no podía creer que aquello fuera un lugar desierto y frío, como lo había descrito el maestro. Al contrario, cuanto más miraba, más se asemejaba al campo, con sus pequeños bosques, sus granjas…

Ante sus ojos, la azulada estrella Vega parecía dividirse en tres o cuatro puntos brillantes, sus brazos parecían extenderse y encogerse, adoptando la forma alargada de hongo. Incluso el pueblo empezó a tomar el aspecto de un borroso grupo de estrellas o de una gran nube de humo.

Capítulo 6

LA ESTACIÓN DE LA VÍA LÁCTEA

Giovanni vio que a su espalda la Columna de los Deseos se había convertido en una baliza de agrimensura que se encendió y apagó unos instantes como una luciérnaga. Poco a poco fue tomando una forma más definida hasta que al final se recortó clara e inmóvil contra el cielo azul oscuro semejante a una hoja de metal recién fundido.

Entonces, de alguna parte llegó una extraña voz que decía: «Estación de la Vía Láctea. Estación de la Vía Láctea». En ese preciso momento, todo se iluminó, como si la luz de un número infinito de calamares luciérnaga[2] se fijara en el fondo del cielo o como si un comerciante de diamantes, pretextando escasez para evitar la bajada de precios, hubiese ocultado una gran cantidad y, al volcarse de su escondite, centellearan con todo su esplendor. Aturdido, se frotó varias veces los ojos.

Cuando volvió en sí, ya hacía rato que el pequeño tren traqueteaba. Y allí estaba sentado él, mirando por la ventana de este tren nocturno, con los vagones iluminados por una luz amarillenta. Los asientos tapizados de terciopelo azul estaban casi todos desocupados y, en la pared opuesta pintada de gris, resplandecían dos botones de latón.

Giovanni observó en el asiento de delante a un niño alto, vestido con una chaqueta negra que brillaba como si estuviera mojada. Había sacado la cabeza por la ventanilla y estaba mirando hacia fuera. Algo le resultaba familiar en su aspecto, por lo que quiso saber a toda costa de quién se trataba. Iba a asomarse, cuando el otro pasajero volvió el rostro hacia él. Era Campanella. Giovanni estaba a punto de preguntarle: «Campanella, ¿cuándo te has subido?», y en ese instante, este se le adelantó y le dijo:

—Todos se apresuraron mucho, pero llegaron tarde. Tampoco Zanelli, a pesar de haber corrido con todas sus fuerzas, alcanzó a tomar el tren.

«¡Ah, claro…! Teníamos que haber viajado juntos», pensó Giovanni y propuso:

—Podemos esperarlos en alguna parte, ¿no?

—Ya no es necesario. Zanelli volvió a su casa. Su padre lo vino a buscar —contestó empalideciendo un poco, como si algún pensamiento lo hubiera entristecido de repente.

Giovanni, con la extraña sensación de que no entendía nada, se quedó callado. Sin embargo, Campanella pronto se recuperó y, mirando por la ventanilla, exclamó muy animado:

—¡Anda, he olvidado la cantimplora! ¡Y también el cuaderno de dibujo! Pero no importa. Pronto estaremos en la Estación de los Cisnes. Me muero de ganas de verlos. Seguro que si vuelan allá a lo lejos sobre el río, les podremos echar una ojeada.

Campanella consultaba un mapa en forma de tabla redonda que giraba sin cesar. En él aparecía la vía del tren, que corría por la orilla izquierda de la Vía Láctea hacia el sur. Pero lo fantástico de este mapa era que todas las paradas y balizas, todos los ríos, lagos y bosques se destacaban sobre el

fondo, negro como la noche, en forma de luces incrustadas de colores azul, anaranjado o verde.

—¿Dónde has comprado ese mapa? —preguntó Giovanni—. Esta hecho de feldespato, ¿no?

—Me lo han dado en la Estación de la Vía Láctea. ¿Tú no tienes uno?

—No estoy seguro de haber pasado por allá… ¿Estamos aquí ahora? —preguntó Giovanni señalando un punto al norte de la Estación de los Cisnes.

—Así es. ¡Mira! ¿Será la luna que ilumina el lecho del río?

La orilla de la Vía Láctea, que resplandecía con una luz pálida, estaba cubierta de cañizos que susurraban y se balanceaban con el viento formando olas plateadas.

—No es la luz de la luna. Brilla así porque es la Vía Láctea.

Mientras decía esto, Giovanni podía haber saltado de alegría. Zapateando y sacando la cabeza por la ventanilla, silbaba muy, muy alto la canción de las estrellas, estirándose cuan largo era para ver toda el agua de la Vía Láctea. Al principio no lo consiguió, pero, poco a poco, se dio cuenta de que, más clara que el cristal, más que el hidrógeno, fluía en silencio y en ella se formaban pequeñas olas que por momentos parecían una ilusión, centelleando violetas o de todos los colores del arcoíris.

En la extensa llanura se levantaban innumerables balizas iluminadas por una hermosa luz fosforescente. Las lejanas se veían pequeñas; las cercanas, grandes; aquellas, definidas de colores; estas, pálidas y algo borrosas. Algunas eran triangulares; otras, rectangulares, en forma de zigzag o de cadena. Al mirarlas, Giovanni sentía que le daba vueltas la cabeza. Parecía que las luces azules o anaranjadas y las distintas balizas, que parpadeaban y se balanceaban, hubieran tomado vida.

—¡Estoy realmente en la llanura celestial! —exclamó y, sacando la mano izquierda por la ventanilla, mientras miraba a lo lejos, preguntó—: A propósito, parece que este tren no funciona con carbón, ¿verdad?

—Funcionará con alcohol o electricidad —aventuró Campanella.

Entonces, a modo de respuesta, de algún lugar les llegó una voz resonante como un violoncelo:

—Este tren no funciona ni con vapor ni con electricidad. Se mueve porque debe hacerlo. Vosotros pensáis que traquetea como un tren, pero es solo porque hasta ahora estabais acostumbrados a trenes con ese sonido.

—Esta voz la he oído antes en alguna parte.

—Yo también, en el bosque y en la orilla del río.

El pequeño tren continuaba su marcha entre los cañizos que se balanceaban al viento, junto al agua de la Vía Láctea y el brillo pálido de las balizas, avanzando sin parar…

—¡Mira, las gencianas ya han florecido! Estamos en pleno otoño —dijo Campanella, señalando a través de la ventanilla.

Entre la corta hierba que bordeaba la vía, estas flores aparecían de un espléndido color violeta pálido, como si hubieran sido talladas en aguamarina.

—¿Quieres ver cómo bajo, cojo algunas y vuelvo a subir? —dijo Giovanni, lleno de entusiasmo.

—¡Demasiado tarde! Ya las hemos dejado atrás.

Apenas Campanella terminó de decir estas palabras, ya habían pasado otro macizo de magníficas flores. Más y más gencianas, con el fondo del cáliz amarillo, cruzaron ante sus ojos como una lluvia,

mientras que las hileras de balizas, algunas borrosas, otras definidas, brillaban cada vez con mayor intensidad.

Capítulo 7

LA CRUZ DEL NORTE Y LA COSTA DEL PLEOCENO

—¿Me perdonará mi madre? —dijo de repente Campanella, tartamudeando un poco en su precipitación.

Giovanni pensó: «¡Ah! La mía está cerca de aquella baliza anaranjada que se ve a lo lejos, pequeña como una mota de polvo, y seguro que se acordará de mí». Sin responder, se ensimismó más en sus pensamientos.

—De verdad que haría cualquier cosa para contentar a mi madre. Pero ¿qué podría hacerla verdaderamente feliz?

Mientras decía esto, Campanella se esforzaba por contener las lágrimas.

—Pero a tu madre no le ha pasado nada, ¿no es cierto? —exclamó Giovanni sorprendido, sin comprender a qué se refería su amigo.

—No lo sé. Aunque todo el mundo, cuando hace algo bueno, se siente feliz, ¿verdad? Por eso creo que me perdonará —concluyó decidido Campanella.

Inesperadamente, el interior del vagón se iluminó con una luz blanca. En el lecho de la Vía Láctea, que transcurría sin sonido ni forma, resplandeciente como si se hubiera sumado el brillo de los diamantes al del rocío caído en la hierba, se podía ver una isla rodeada de una aureola pálida. Sobre la suave cima se levantaba una magnífica cruz, tan blanca como si estuviera tallada en una nube helada del Polo Norte, rodeada de un halo dorado que giraba en silencio eterno.

—¡Aleluya, aleluya! —se oían las voces procedentes de todas direcciones.

Al mirar a su alrededor vieron que otros viajeros se habían puesto de pie. Ataviados con túnicas de rectos pliegues, rezaban con fervor sosteniendo una Biblia negra contra el pecho y un rosario de cristal entre sus manos unidas. Sin darse cuenta, ambos también se levantaron. Las mejillas de Campanella relucían rojas como una manzana madura.

Poco a poco, la isla y la cruz quedaron atrás. En la orilla opuesta, iluminados con una luz difusa y pálida, los cañizos que ondeaban al viento parecían empañarse un instante. Las abundantes gencianas se escondían entre la hierba y volvían a aparecer como delicados fuegos fatuos.

La Isla de los Cisnes, oculta por los cañizos que crecían entre el río y el tren, se pudo ver brevemente un par de veces, pero pronto quedó muy atrás, pequeña como una pintura, y se perdió de vista entre las susurrantes hierbas.

Una monja católica, alta y cubierta con un velo negro, había subido al tren en algún momento y se había sentado detrás de Giovanni. En silencio, con las pupilas redondas y verdes, mirando fijamente al frente, parecía escuchar directamente palabras lejanas. Los viajeros ya habían vuelto a sus asientos sin hacer ruido. Giovanni y Campanella se pusieron a conversar en voz baja, con el corazón lleno de una nueva y extraña sensación.

—Pronto llegaremos a la Estación de los Cisnes, ¿verdad?

—Sí, a las once en punto.

Las luces verdes de las señales y los postes, blancos y borrosos, pasaban rápidamente ante la ventanilla. Luego, también las luces de las agujas de maniobras, débiles e imprecisas, brillaron como llamas de azufre. El tren fue reduciendo su velocidad y enseguida aparecieron las hermosas farolas de la estación, perfectamente alineadas, que se hicieron cada vez más grandes a medida que se distanciaban unas de otras. Cuando el tren se detuvo, ambos se quedaron justo frente al gran reloj de la estación. En su esfera se reflejaba la luz del fresco día otoñal y las agujas metálicas azuladas marcaban las once en punto. Todos se apearon y el tren quedó vacío. «Parada de veinte minutos», indicaba un letrero bajo el reloj.

—¡Bajemos nosotros también! —dijo Giovanni.

—¡Sí, vamos!

Se levantaron de un salto, cruzaron la puerta a toda velocidad y fueron corriendo hacia la garita del revisor, donde brillaba una luz violeta. Pero no había nadie. Por más que miraban, no había ni rastro de los mozos ni del jefe de estación.

Frente a la estación había una pequeña plaza rodeada de árboles de *ginkgo*[3] que parecían tallados en cristal de roca. Un ancho camino partía recto hacia la pálida luz de la Vía Láctea. La gente que había bajado antes del tren ya había desaparecido.

Giovanni y Campanella avanzaron hombro con hombro por el camino. Sus sombras fueron tomando distintas formas, como las de dos columnas en una habitación con ventanales en las cuatro direcciones, o como los múltiples radios de dos ruedas. Al poco rato llegaron al hermoso lecho del río que habían visto desde el tren. Campanella tomó un pellizco de brillante arena y, extendiéndola sobre la palma de la mano, la hizo crujir con el dedo.

—Esta arena es de cristal de roca —dijo como entre sueños—. Parece que dentro de cada granito chispeara un punto de fuego.

—Ah, es cierto… —contestó distraídamente Giovanni, preguntándose dónde habría aprendido todas esas cosas.

Todos los guijarros de la orilla eran transparentes, sin duda, de cristal de roca y de topacio. Los pliegues de los estratos se habían hecho visibles y en sus bordes resplandecieron pálidamente las amatistas.

Giovanni corrió hasta el agua y sumergió sus manos. Esa misteriosa agua de la Vía Láctea era más transparente que el hidrógeno, pero era evidente que circulaba, ya que tomó un ligero color mercurio y sobre su superficie se formaron pequeñas olas que chocaron contra las muñecas de Giovanni, mientras brillaban con una atractiva luz fosforescente y parecían arder.

Más arriba, al pie de un barranco cubierto de cañizos, había una roca blanca, plana como un campo de deportes, que se extendía paralela al río. Allí se distinguían las siluetas de cinco o seis personas. Parecía que enterraran o desenterraran algo, porque se levantaban y agachaban sin cesar y, de vez en cuando, alguna herramienta lanzaba un destello.

—¿Vamos a ver? —gritaron al unísono Giovanni y Campanella y se dirigieron hacía allí corriendo.

En la entrada del lugar donde se encontraba la roca blanca, un lustroso letrero de cerámica decía

«Playa del Pleoceno». Bordeando la playa se levantaba una fina barandilla metálica y había bonitos bancos de madera.

—¡Mira qué cosas más raras! —dijo Campanella mientras se agachaba para recoger algo que parecía una nuez negra con el extremo afilado.

—Es una nuez. Hay montones. Y no las ha arrastrado la corriente; están dentro de la roca.

—¡Qué grandes! Abultan el doble que las normales. Mira, está intacta. Vamos rápido hacia allá. Seguro que están desenterrando algo.

Llevándose las negras y rugosas nueces continuaron acercándose hacia aquel lugar. A su izquierda, en la playa, las olas ardían delicadamente como pequeños relámpagos y, a su derecha, en el barranco, los cañizos, que parecían de plata y nácar, se balanceaban al viento.

Al aproximarse vieron a un hombre alto, con gruesas gafas de miope y botas, que tenía aspecto de científico. Estaba enfrascado, tomando notas en su cuaderno y dando instrucciones a tres hombres, sin duda sus ayudantes, que trabajaban con azadas y palas.

—Utilizad las palas de modo que no rompáis este saliente. ¡Esas palas! ¡Más lejos, cavad un poco más lejos! ¡No, así no! ¿Por qué no ponéis más cuidado?

Dentro de aquella blanda piedra blanca se encontraban los huesos blanquecinos de un animal muy, muy grande que había sido desenterrado hasta la mitad. Parecía que se hubiese caído a un lado hecho pedazos. También se dieron cuenta de que una roca con dos huellas de ungulado estaba cortada cuidadosamente en unos diez bloques numerados.

—¿Habéis venido de visita? —preguntó el científico, lanzando un reflejo con sus gafas al mirarlos—. ¿Habéis encontrado muchas nueces o no? Tienen casi un millón doscientos mil años y no son de las más antiguas. En ese periodo, es decir, al final de la Era Terciaria, este lugar era costa, por lo que aquí debajo también se encuentran conchas. En el mismo lugar por el que ahora corre el río, en aquellos tiempos subían y bajaban las mareas de agua salada. Este animal llamado «bos»… ¡Eh, dejad la azada! Utilizad el cincel, con cuidado… Llamado «bos», es un antepasado de la vaca de nuestros días, que abundaba en aquella época.

—¿Lo va a llevar a un museo?

—No, estoy aquí para recoger datos. Desde nuestro punto de vista, y tenemos muchas pruebas, este es un grueso y magnífico estrato de un millón doscientos mil años aproximadamente, pero otros expertos no opinan lo mismo. Quizá se convenzan si presentamos estas evidencias, o aun así, se mantengan en su teoría de que se ha convertido en un terreno baldío por la acción del viento y del agua. ¿Habéis entendido? Pero… ¡Eh, eh, allí tampoco utilicéis las palas! ¿No os dais cuenta de que justo debajo pueden estar enterradas las costillas?

El científico salió disparado en dirección a los hombres.

—Ya es hora. Vámonos —dijo Campanella tras comparar el mapa con su reloj de pulsera.

—¡Ah, es cierto! Tenemos que volver —dijo Giovanni y se despidió cortésmente.

—¿Ya tenéis que regresar? Bueno, entonces, hasta la vista —dijo el científico mientras se movía de un lado a otro repartiendo instrucciones.

Los muchachos corrieron con todas sus fuerzas sobre la blanca roca para no perder el tren. Y vieron que podían correr como el viento, sin perder el aliento y sin que se les doblaran las rodillas.

Giovanni pensó que de aquel modo Podrían dar la vuelta al mundo.

Avanzando por el lecho del río, a medida que se acercaban a la estación, la luz de la garita del revisor se hacia más y más grande. Al poco rato ya estaban sentados en el vagón, mirando por la ventanilla en la dirección por la que habían regresado.

Capítulo 8

EL ATRAPAPÁJAROS

—¿Os importa que me siente aquí?

Una voz de persona mayor, áspera pero amable, les llegó desde atrás. Se trataba de un hombre vestido con un abrigo marrón un poco raído, de espalda encorvada y barba rojiza, que llevaba al hombro un fardo envuelto en tela blanca dividido en dos mitades.

—En absoluto, por favor —dijo Giovanni al tiempo que encogía los hombros a modo de saludo.

El recién llegado colocó con calma su paquete en la red de equipajes, mostrando una leve sonrisa a través de la barba.

Giovanni se sentía solo y triste sin saber por qué. Contemplaba en silencio el reloj cuando oyó un sonido parecido al de una flauta de cristal que llegaba de algún lugar al frente. El tren se puso en marcha despacio. Campanella recorría con la vista el techo del vagón; sobre una de las luces estaba parado un ciervo volante cuya enorme sombra se recortaba contra el techo. El hombre de la barba rojiza observaba lo que hacían los niños con una sonrisa nostálgica. El tren tomó velocidad; a través de la ventanilla se veía brillar un momento el río y al otro, los cañizos.

—¿Adónde vais vosotros? —preguntó el hombre de la barba roja con cierta timidez.

—Hacia delante, para siempre —repuso Giovanni en un tono que evidenciaba sus pocas ganas de conversar.

—No está mal. Justo igual que este tren.

—¿Y usted? —preguntó bruscamente Campanella, como si buscara pelea, por lo que Giovanni no pudo evitar reírse.

Otro hombre sentado al lado opuesto del pasillo, cubierto con un sombrero puntiagudo y con una gran llave colgando al cinto, los miró y también se rio. Campanella se sonrojó y acabó riendo con los demás.

—Yo voy a bajar enseguida. Mi trabajo es cazar pájaros —contestó un poco nervioso, aunque no parecía enfadado.

—¿Qué clase de pájaros?

—Garzas y patos salvajes. También grullas y cisnes.

—¿Hay muchas grullas?

—Sí, en abundancia. Ya hace rato que se oyen… ¿Podéis oírlas?

—No.

—Todavía se oyen. Escuchad con atención.

Ambos levantaron la vista y aguzaron los oídos. Al traqueteo del tren se añadía el sonido del viento a través de los cañizos, por lo que tan solo les llegó algo parecido al borboteo del agua hirviendo.

—¿Cómo hace para atrapar a las garzas?

—¿Las grullas o las garzas?

—Las grullas —contestó Giovanni pensando en que daba lo mismo.

—Es muy fácil. Las grullas se reúnen en los bancos de arena de la Vía Láctea, donde se pueden relajar, ya que siempre, vayan donde vayan, regresan a su río de origen. Espero a que bajen, las atrapo por sus patas extendidas y luego, las aplano contra el suelo, donde mueren tranquilamente. Después, lo único que hay que hacer es prensarlas.

—¿Prensarlas? ¿Para conservarlas como ejemplares de estudio?

—No, no. Para comerlas, por supuesto.

—¡Qué raro! —dijo Campanella, doblando el cuello con extrañeza.

—No hay nada de raro. Mirad —el hombre se levantó, bajó su fardo de la red de equipajes y lo desató con movimientos rápidos—. Están recién cazadas.

—¡Anda, son de verdad! —gritaron lo muchachos sin darse cuenta.

Unas diez grullas, tan blancas y brillantes como la Cruz del Norte que habían visto un momento antes, estaban alineadas con el cuerpo un poco aplanado y las patas negras encogidas, de modo que parecían un relieve.

—Mira, tienen los ojos cerrados —dijo Campanella, tocando con delicadeza los blancos párpados en forma de media luna. Las plumas de la cresta, también blancas, sobresalían como pequeñas lanzas.

—¿Qué os parecen? —dijo el atrapapájaros, volviendo a atar el fardo con un cordel.

—¿Son sabrosas las grullas? —se interesó Giovanni, preguntándose quién las comería por aquellos lugares.

—Sí. Cada día me hacen pedidos. Pero aún se venden mejor los patos salvajes. No solo tienen un plumaje más vistoso, sino también, y esto es lo más importante, no dan nada de trabajo. Mirad.

El atrapapájaros abrió el otro paquete. Contenía varios Patos salvajes con su dibujo lustroso de motas amarillas y blanquecinas. Igual que las grullas, estaban alineados con sus cuerpos un poco aplanados y los picos juntos.

—Estos se pueden comer enseguida. ¿Queréis probarlos? —mientras hablaba, tiró con suavidad de una pata amarilla que, como si fuera de chocolate, se desprendió fácilmente—. Vamos, probad un poco —invitó el atrapapájaros y, partiendo la pata en dos, ofreció un pedazo a cada uno.

—¡Eh! Es más sabroso que el chocolate. ¿Cómo es posible que puedan volar estos patos? Seguro que este hombre tiene una confitería cerca de aquí. Pero ahora me da pena comer sus dulces después de haberme burlado de él —consideró Giovanni, aunque continuó comiendo con deleite.

—Comed un poco más —ofreció de nuevo el hombre, sacando el fardo.

—No, no, muchas gracias —declinó Giovanni con prudencia, aunque hubiera comido más de buena gana.

Entonces, el hombre de la barba rojiza le ofreció también al hombre de la llave que estaba sentado al otro lado del pasillo.

—Gracias, pero me da reparo aceptar; los vende para ganarse la vida —dijo este descubriéndose con cortesía.

—De nada, por favor… Tome, tome. A propósito, ¿cómo van este año las cosas con las aves

migratorias?

—Espléndidamente. Anteayer, en el segundo turno, en el faro, me llovieron las llamadas telefónicas de aquí y allá preguntando si había alguna avería. Les contesté que no era culpa nuestra, que se trataba de una nube de aves migratorias cruzando ante el faro y que no había nada que hacer. «Mejor que os vayáis a quejar a esos tipos de la capa al viento, con pico y patas largas y flacas». ¡Eso les dije! —se rio el farero.

Al dejar atrás los cañizos, les llegaron los rayos de luz del campo abierto.

—¿Por qué las grullas cuestan más trabajo? —preguntó por fin Campanella tras pensar un rato.

—Para que se puedan comer —comenzó el hombre volviéndose hacia él—, se tienen que colgar durante diez días a la luz de la Vía Láctea y si no, enterrarse tres o cuatro días en la arena, de modo que se evapore todo el mercurio.

—Estos no son pájaros de verdad. Solo son dulces, ¿verdad? —se decidió a preguntar Campanella, que, al igual que Giovanni, había estado dándole vueltas a la idea.

De repente, el atrapapájaros pareció tener mucha prisa:

—Eh… Así es… Yo tengo que bajar aquí.

Y mientras pronunciaba estas palabras, se levantó, tomó su fardo y, antes de que pudieran darse cuenta, ya lo habían perdido de vista.

—¿A dónde habrá ido? —se preguntaron ambos mirándose.

El farero sonrió a solas con picardía y, estirándose, miró por la ventanilla. Al volver la vista allí, sobre las siemprevivas que cubrían la orilla y brillaban con una hermosa luz fosforescente de color amarillo pálido, vieron al atrapapájaros de pie, con la expresión seria, los brazos abiertos y los ojos fijos en el cielo.

—¡Mira, allí esta! Qué extraño, ¿no? Seguro que va a coger pájaros de nuevo. Espero que bajen pronto, antes de que el tren se ponga en marcha.

Apenas había dicho esto, cuando del cielo azul violeta empezaron a caer planeando, como si de nieve se tratase y con gran algarabía, grullas idénticas a las que habían visto antes. Entonces, el atrapapájaros, con las piernas abiertas y la mirada satisfecha, fue atrapando con ambas manos las negras patas encogidas de las aves y metiéndolas una tras otra en su saco de tela. Dentro del saco se encendieron y apagaron brevemente como luciérnagas y, por fin, tomaron un color blanco difuso y cerraron los ojos.

El atrapapájaros guardó unas veinte en su saco y, des-1 pues, levantando ambos brazos, se quedó inmóvil en una posición parecida a la de un soldado alcanzado por una bala. En un abrir y cerrar de ojos había desaparecido. Entonces Giovanni pudo oír una voz conocida a su lado.

—¡Ah, qué satisfacción! No hay nada como trabajar solo lo necesario para vivir.

Al volver la cabeza, vio que el atrapapájaros ya había ordenado y amontonado cuidadosamente las grullas atrapadas.

—¿Cómo lo ha hecho para volver tan rápido? —preguntó Giovanni sin saber qué pensar.

—¿Cómo? Muy simple, cuando quise volver, lo hice. Y vosotros, ¿de dónde venís?

Giovanni iba a contestar, pero no podía recordar por más que lo intentara. A Campanella le pasaba lo mismo.

—De muy lejos, ¿no? —dijo simplemente el atrapapájaros, asintiendo como si hubiera comprendido.

Capítulo 9

EL BILLETE DE GIOVANNI

—Aquí se ha terminado la zona de los cisnes. Mirad, este es el famoso observatorio de Albileo.

A través de la ventanilla, en medio de la Vía Láctea, que parecía cubierta de fuegos artificiales, se veían cuatro grandes edificios negros. En el tejado de uno de ellos dos enormes esferas transparentes, un zafiro y un topacio de asombrosa belleza, giraban lentamente. La amarilla se fue alejando; la azul, acercando, y pronto se superpusieron dando lugar a una hermosa lente convexa verde cuyo centro se expandió hasta que el zafiro, más pequeño, dejó ver el topacio formando un centro verde con un círculo amarillo a su alrededor. Luego, el zafiro se alejó y se repitió la forma de la lente anterior a la inversa. Finalmente se separaron, alejándose el zafiro y acercándose el topacio, hasta quedar como al principio. Rodeados por el agua sin forma ni sonido de la Vía Láctea, los observatorios yacían en silencio, como si estuvieran dormidos.

—Aquello es un instrumento para medir la velocidad del agua. El agua…

Apenas el atrapapájaros había comenzado su explicación, cuando oyeron una voz que decía: «Sus billetes, por favor». El revisor, un hombre alto con una gorra roja, estaba de pie junto a sus asientos. El atrapapájaros, en silencio, sacó un pedacito de papel. El revisor le echó una breve ojeada y después, dirigiendo la vista hacia Giovanni y Campanella, extendió su mano moviendo los dedos como si dijera: «¿Y dónde están los vuestros?».

Campanella, con toda naturalidad, sacó un pequeño billete de color gris. Giovanni, apurado, se revolvió en su asiento y buscó en el bolsillo por si encontraba alguna cosa. Entonces, descubrió un pedazo grande de papel doblado. Pensando: «¿De dónde habrá salido?», lo sacó a toda prisa y vio que era más o menos del tamaño de una tarjeta postal y estaba doblado en cuatro. El revisor continuaba con la mano extendida, por lo que, como último recurso, Giovanni se lo entregó.

Al verlo, el hombre se enderezó y, tras desdoblarlo cuidadosamente, se puso a examinarlo. Mientras lo hacía, se arreglaba los botones de la chaqueta. También el farero desde su asiento observaba con interés; Giovanni, convencido de que se trataba de un salvoconducto o algo parecido, respiró aliviado.

—¿Lo ha traído del Espacio Tridimensional? —preguntó el revisor.

—No tengo ni idea de dónde ha salido —contestó Giovanni levantando la vista hacia él y riéndose despreocupadamente.

—Todo en orden, muchas gracias. Llegaremos a la Cruz del Sur aproximadamente a la tercera hora —dijo, devolviéndole el billete y alejándose.

Enseguida Campanella, que había estado esperando la oportunidad, echó una ojeada al pedazo de papel. También Giovanni estaba impaciente por verlo. No obstante, el billete tan solo estaba cubierto con unos dibujos negros parecidos a arabescos sobre los cuales había impresos unos caracteres cruciformes. Mientras los examinaban en silencio, a Giovanni le dio la impresión de que iban a ser

succionados por ellos.

El atrapapájaros, echando una rápida ojeada, exclamó:

—¡Esto es extraordinario! Con este billete puedes ir hasta el mismísimo Cielo. No solo hasta el Cielo, sino también hasta cualquier lugar que puedas desear. Con él puedes viajar sin fin en este tren de la Vía Láctea, más allá de la incompleta fantasía de la cuarta dimensión. ¡Qué maravilla!

—No entiendo nada —contestó Giovanni, sonrojándose. Volvió a doblar el billete y se lo guardó en el bolsillo.

Se encontraba incómodo y se puso a mirar por la ventana junto con Campanella, aunque podía seguir las miradas de admiración del atrapapájaros.

—Pronto llegaremos a la Estación de las Águilas —dijo Campanella mientras comparaba tres pequeñas balizas pálidas alineadas en la orilla opuesta con el mapa.

De repente, Giovanni, sin saber por qué, sintió mucha lástima por ese hombre sentado a su lado. El atrapapájaros, que atrapaba garzas y se sentía tan satisfecho con su captura, las envolvía en su fardo blanco, echaba miradas de sorpresa al billete de los otros pasajeros y mostraba rápidamente su admiración… Giovanni quiso darle todo lo que llevaba, su comida, todo. Si solo pudiera hacerlo feliz, con gusto estaría de pie en el lecho de la brillante Vía Láctea, aunque fuera cien años, cazando pájaros para él. Ya no podía permanecer más tiempo en silencio. Quería preguntarle qué deseaba, pero pensó que sería demasiado repentino. Mientras reflexionaba en cómo hacerlo, miró a su alrededor, pero el atrapapájaros ya había desaparecido con los blancos fardos que antes descansaban sobre la red de equipajes.

Pensando en que todavía lo encontraría fuera, bien plantado, mirando hacia arriba y preparado para atrapar garzas, Giovanni se apresuró a echar una ojeada por la ventanilla, pero tan solo vio la hermosa arena y los cañizos ondeando al viento. Las anchas espaldas y el sombrero puntiagudo del atrapapájaros ya no se vislumbraban por ninguna parte.

—¿Adónde habrá ido? —preguntó Campanella con aire distraído.

—Sí, ¿adónde? Me pregunto cuándo lo volveremos a ver. ¿Por qué no habré sido más amable con él?

—Eso mismo pienso yo.

—Me parecía que aquel hombre era un fastidio, pero ahora me da pena.

Giovanni pensó que era la primera vez que se sentía tan raro y decía algo así.

Capítulo 10

LOS NIÑOS DEL NAUFRAGIO

—¿Eh? Aquí huele a manzanas. ¿No será porque ahora estaba pensando en manzanas? —preguntó Campanella mirando extrañado a su alrededor.

—Es cierto que huele a manzanas. Y también a rosas silvestres —dijo Giovanni, haciendo lo mismo. Sin duda, este olor entraba por la ventana, aunque no era posible que oliera a rosas silvestres en otoño.

De repente, apareció un niño de unos seis años, de brillante pelo negro, vestido con una chaqueta roja desabrochada. Parecía muy asustado; allí estaba, de pie, temblando violentamente. A su lado, un joven bien vestido con un traje negro y el aspecto de un olmo azotado por el viento le tomaba la mano con fuerza.

—¿Dónde estamos? ¡Qué lugar tan hermoso!

Una encantadora niña de unos doce años y ojos castaños, vestida con un abrigo negro, se apoyaba en el brazo del joven y miraba maravillada por la ventana.

—Esto es Lancashire. ¡Ah, no! Es Connecticut. ¡Ah, tampoco! Esto es el Cielo. Nos dirigimos al Cielo. Ya no tenemos nada que temer. Hemos sido llamados por Dios —dijo a los niños el joven vestido de negro, radiante de alegría.

Pero, por algún motivo, su frente se cubrió de surcos y pareció muy cansado. Esforzándose por sonreír, hizo sentar al pequeño al lado de Giovanni. Luego ofreció con delicadeza el asiento situado junto a Campanella a la niña y esta dócilmente, se sentó cruzando las manos con pulcritud.

—Quiero ir adonde están mi hermana y mi padre —protestó el niño, con una expresión extraña, dirigiéndose al joven, que acababa de sentarse frente al farero.

Con indescriptible tristeza y sin decir nada, el joven miró el rostro del niño enmarcado en rizos negros. De repente, la niña, cubriéndose la cara con las manos, se puso a llorar en silencio.

—Tu padre y tu hermana Kikuyo todavía tienen cosas que hacer, aunque no tardarán en venir. Pero ¿has pensado en tu madre y en cuánto tiempo habrá estado esperando? «¿Qué canción estará cantando mi querido Tadashi? ¿En una mañana nevada jugará cogido de la mano de sus amigos, dando vueltas entre los arbustos del jardín?». Seguro que se hace estas preguntas. Vamos rápido, no la hagas esperar más.

—Muy bien, aunque pienso que ojalá no hubiéramos tomado aquel barco.

—Es cierto, pero, mira, ¿ves este espléndido río? ¿Te acuerdas de cuando en verano, antes de ir a dormir, cantabas «Brilla, brilla, estrellita» y veías por la ventana algo que resplandecía con una luz pálida? Pues es aquí. Mira qué hermoso.

Su hermana, que todavía estaba llorando, se secó los ojos con un pañuelo y miró hacia fuera.

—Para nosotros ya se han terminado las penas. Pronto, al final de este viaje, llegaremos a la presencia de Dios. Aquel es un lugar muy luminoso, lleno de exquisitos olores y buena gente. Sin

duda, todos los que lograron tomar el bote, cuando nosotros no pudimos, estarán ahora a salvo y se podrán reunir con sus familias que los esperan preocupadas. Nosotros también, enseguida, llegaremos, por lo que, venga, levantemos el ánimo y cantemos alguna canción.

Mientras acariciaba el brillante pelo negro del niño y consolaba a los dos hermanos, el rostro del joven poco a poco se fue iluminando.

—¿De dónde venís? ¿Qué os ha ocurrido? —preguntó el farero como si hubiese empezado a comprender.

El joven sonrió levemente.

—Estábamos en un barco que se hundió al chocar contra un iceberg. Hace dos meses, el padre de estos niños tuvo que volver antes a nuestro país por un asunto urgente. Yo estaba estudiando en la universidad y me habían contratado como tutor. Pero a los doce días de viaje, creo que hoy o ayer, el barco chocó contra el iceberg, en un instante se escoró y empezó a zozobrar. La luna brillaba pálidamente en alguna parte, pero la niebla era muy espesa. La mitad de los botes a babor se habían perdido y no había suficientes para todos. El barco iba a hundirse en cualquier momento, por lo que yo, desesperado, gritaba que dejasen subir a los niños.

»La gente a nuestro alrededor pronto abrió paso y se puso a rezar por ellos. Pero entre nosotros y los botes todavía había muchos niños pequeños con sus padres. No tuve el valor de apartarlos. Incluso así, pensé que era mi deber ayudarlos y me dispuse a empujar a los demás fuera de nuestro camino. De nuevo pensé que, en lugar de salvarlos de este modo, sería mejor para ellos que fuésemos todos juntos a la presencia de Dios. Pero yo, pecador, volví a intentar de todas maneras salvarlos y no fui capaz.

»En los botes tan solo había niños. Y al ver a las madres lanzándoles besos como locas y a los padres bien erguidos, tratando de contener su pena, se me partía el alma. Mientras el barco se hundía rápidamente, nos apiñamos todos, resignados a lo peor. Yo abracé a estos niños, esperando tan solo a que se acabara de hundir y decidido a mantenerlos a flote hasta que fuera posible. Alguien lanzó un salvavidas, pero, cuando lo iba a alcanzar, se me resbaló de las manos y lo perdí. Con todas mis fuerzas, arranqué una rejilla del puente y nos agarramos a ella frenéticamente. De repente, en alguna parte, se oyó el salmo 306 y enseguida todos, en distintas lenguas, nos pusimos a cantar a coro. Entonces se escuchó un gran rugido y caímos al agua. Pensando que nos estaba tragando el remolino, abracé con fuerza a estos dos niños, cuya madre había muerto el año pasado. Y sin darnos cuenta, nos encontramos aquí. Sin duda, la gente del bote se ha salvado. Con aquellos veteranos marineros a los remos, se habrán podido alejar rápidamente del barco.

Alrededor del joven, los pasajeros del tren suspiraban o rezaban en voz baja. Giovanni y Campanella, con los ojos empañados, recordaron como entre sueños cosas que hasta entonces habían tenido olvidadas.

—¡Ah! Este océano ¿no era el Pacífico? En algún lugar en su extremo norte, donde los icebergs van a la deriva, en un barco pequeño, luchando contra el viento, el agua helada y el frío intenso, hay gente que está trabajando con todas sus fuerzas. Cuando pienso en ellos, me da mucha pena. ¿Qué podría hacer para su felicidad?

Giovanni bajó la cabeza y se hundió en un sombrío estado de ánimo.

—¿Y qué es la felicidad? —dijo el farero para consolarlo—. Por duro que sea, si seguimos el camino recto, ya sea cuesta arriba o cuesta abajo, nos acercamos paso a paso a ella.

—Así es. Solo que, para alcanzar la verdadera felicidad, tenemos que pasar innumerables penas —agregó el joven con gran seriedad.

Los dos hermanos, agotados, se habían quedado dormidos reclinados en sus asientos. Sus pies, antes desnudos, ahora calzaban zapatos de suave piel blanca.

Traqueteando, el tren continuó avanzando por el borde del brillante río fosforescente. Al mirar por la ventanilla hacia la orilla opuesta, la llanura parecía la proyección de una diapositiva. Había cien, mil balizas de todos los tamaños, que se levantaban aquí y allá, las más altas con banderas de agrimensura en su parte superior. En el lugar más alejado de la llanura, un sinnúmero de ellas brillaba como una pálida niebla. Allí, o todavía más lejos aún, por momentos se podía ver algo parecido a señales de humo de diversas formas que, ahora aquí, ahora allá, se levantaban hacia el cielo azul violeta. El viento, limpio y claro, estaba impregnado de olor a rosas.

—¿Os apetece una manzana? Seguro que es la primera vez que veis unas parecidas.

El farero, sentado en el asiento al otro lado del pasillo, había sacado unas grandes manzanas de hermoso color amarillo y rojo, y las sostenía con ambas manos sobre sus rodillas para que no se cayeran.

—¡Caramba! ¿De dónde han salido? Son magníficas. ¿Se cultivan por aquí? —exclamó el joven, realmente sor-Prendido, mientras contemplaba ensimismado el montón de manzanas sobre las rodillas del farero con los ojos entrecerrados y el cuello inclinado hacia un lado.

—Claro, toma una y pruébala.

El joven la aceptó y echó una ojeada en dirección a Giovanni y Campanella.

—Y vosotros, chicos, ¿por qué no las probáis? —invitó el farero.

Giovanni, un poco molesto por que lo llamara «chico», no contestó. Campanella le dio las gracias. Entonces, el joven tomó una manzana para cada uno y se las llevó. Giovanni se levantó también y le dio las gracias. El farero, por fin con los brazos desocupados, se levantó y colocó una sobre el regazo de cada uno de los hermanos, que estaban dormidos.

—Muchas gracias —dijo el joven, observando la fruta con atención—. ¿Dónde se cultivan estas magníficas manzanas?

—Por aquí, desde luego. Aunque existe la promesa de que se dan buenas cosechas casi sin esfuerzo. De hecho, la agricultura no es nada complicada. Tan solo con sembrar las semillas deseadas, las plantas van creciendo por su cuenta. Por ejemplo, el arroz no tiene cascara, como el que se cultiva en el área del Pacífico, el grano es diez veces mayor y desprende un agradable aroma. Sin embargo, en e lugar adonde vais vosotros ya no existe la agricultura. Ni las manzanas ni los dulces dejan ningún residuo. Tan solo se dispersan a través de los poros en forma de una tenue fragancia, distinta en cada persona.

De repente, el niño abrió mucho los ojos.

—¡Ah, acabo de soñar con mamá! —dijo—. Estaba en un lugar precioso, lleno de estanterías y libros y, sonriendo, extendía su mano hacia mí. Al decirle: «Mamá, ¿quieres que te traiga una manzana?», me he despertado. Estamos en el tren de antes, ¿verdad?

—Sí, y aquí tienes esta manzana. Te la ha regalado este señor —dijo el joven.

—Muchas gracias, señor. ¡Anda, Kaoru todavía está dormida! La voy a despertar. ¡Kaoru, mira qué manzana nos han regalado! ¡Vamos, despierta!

Su hermana se despertó sonriendo, se llevó las manos a los ojos como deslumbrada y miró la fruta. El niño ya estaba comiendo la suya con deleite. La hermosa piel, que había sido pelada con esmero y tomado forma de sacacorchos, brilló de color gris por un instante y se evaporó antes de caer al suelo. Giovanni y Campanella guardaron con cuidado las suyas en el bolsillo.

Capítulo 11

EL BOSQUE MISTERIOSO

Corriendo abajo, en la orilla opuesta, apareció un bosque grande y frondoso. Las ramas de los árboles estaban cargadas de abundantes frutas redondas que brillaban maduras y rojas. En medio de este bosque había una baliza muy, muy alta y entre los árboles surgía una música indescriptiblemente hermosa, en la que se mezclaban notas de carillón y xilófono. La brisa la arrastraba, emotiva y penetrante. El joven se estremeció y tembló de pies a cabeza.

Mientras escuchaban la música en silencio, apareció ante ellos una luminosa pradera semejante a una gran alfombra de color amarillo dorado y verde pálido, en tanto que un rocío blanco como la cera empañó la superficie del sol.

—¡Mirad aquellos cuervos! —exclamó Kaoru sentada al lado de Campanella.

—No son cuervos, son urracas —gritó Campanella, como si la reprendiera. Giovanni no pudo contener la risa y la niña pareció avergonzada.

En efecto, sobre la luminosa pradera aparecieron a la tenue luz del río muchos, muchos pájaros negros, alineados e inmóviles.

—Es cierto, son urracas. ¿Ves que tienen un penacho de plumas detrás de la cabeza? —dijo el tutor en tono conciliador.

La baliza situada en medio de aquel verde bosque apareció frente a ellos. En aquel momento, de algún lugar lejano detrás del tren, les llegó la melodía familiar del salmo 306, como si mucha gente estuviera cantando a coro. De repente, el joven se puso pálido y, levantándose, pareció que hubiera decidido reunirse con ellos, pero cambió de opinión y volvió a sentarse. Kaoru se cubrió la cabeza con su pañuelo. Hasta Giovanni tuvo una sensación rara en la nariz. Pero sin que nadie supiera ni cómo ni cuándo, el himno fue tomando cuerpo, y pronto Giovanni y Campanella, sin darse cuenta, se habían unido al coro.

El bosque quedó atrás, brillando tristemente más allá de las invisibles aguas de la Vía Láctea, y el misterioso sonido de los instrumentos que salía de su interior se apagó gradualmente hasta confundirse con el traqueteo del tren y el rumor de la brisa.

—¡Mirad, un ave lira! ¡Un ave lira! —anunció el niño.

—Sí, hay muchas —contestó su hermana—. Aquel bosque es la constelación de Lira, ¿verdad? Creo que en él se encuentran reunidos los miembros de alguna gran orquesta del pasado.

Giovanni miró hacia el bosque, que se había hecho tan pequeño como un botón verde de nácar. Por momentos, se podía ver un pálido destello, reflejo de las alas del ave lira al abrirse y cerrarse.

—Tienes razón. Era el canto del ave lira lo que se oía dijo Campanella a la niña.

—Sí, por lo menos había treinta —añadió.

De repente, Giovanni se sintió inmensamente triste y tuvo que reprimir el impulso de decir muy serio: «Campanella, bajemos de este tren y vámonos a jugar a otra parte». Pero, en aquel instante, río

abajo, a lo lejos, vio algo extraño. Era un objeto largo y delgado, de color negro y lustroso, que saltaba fuera de las aguas de la Vía Láctea, tomaba forma de arco y volvía a sumergirse. Asombrado, lo observó con atención y, esta vez, más cerca, vio que ocurría lo mismo. En un abrir y cerrar de ojos apareció un gran número de estos extraños objetos negros que saltaban sobre las aguas, describían un arco y se zambullían de cabeza. Parecía que remontaran la corriente, como los peces.

—¡Anda! ¿Qué es esto? ¡Tadashi, mira cuántos hay! ¿Qué puede ser?

El niño, que se frotaba los ojos soñoliento, se levantó sorprendido.

—¿Qué podrá ser? —se preguntó el tutor poniéndose en pie también.

—¡Qué peces más raros! ¿Qué serán?

—Son delfines —contestó Campanella mirando en la misma dirección.

—Es la primera vez que los veo. Pero esto no es el mar, ¿verdad?

—Los delfines no se encuentran solo en el mar… —se escuchó de nuevo aquella voz misteriosa y grave.

Aquellos delfines tenían un aspecto realmente peculiar. Saltaban del agua juntando las dos aletas como si fueran manos y, con la cabeza inclinada a modo de reverencia, volvían a sumergirse formando olas que parecían llamas azules.

—¿Los delfines son peces? —preguntó la niña dirigiéndose a Campanella. Su hermano pequeño, agotado, se había vuelto a quedar dormido, reclinado en el asiento.

—No son peces, son mamíferos, como las ballenas —contestó Campanella.

—¿Has visto alguna vez una ballena?

—Sí, claro que, en el caso de las ballenas, solamente puedes ver la cabeza y la cola negra. Cuando sueltan el chorro de vapor, son iguales que las imágenes que salen en los libros.

—Las ballenas son enormes, ¿verdad?

—Así es. Los cachorros son más o menos del tamaño de los delfines.

—¡Ah, es cierto! Lo leí una vez en *Las mil y una noches*.

Absorta en la conversación, la niña jugueteaba con su fino anillo de plata.

«Campanella, quiero bajar. Yo nunca he visto una ballena» pensó Giovanni irritado a más no poder. Pero continuó mirando por la ventanilla con los labios fruncidos. Fuera ya no quedaba ni rastro de los delfines. El río se había dividido en dos y en el centro permanecía un isla negra en la que se levantaba un torreón. Encima de él estaba de pie un hombre vestido con holgadas ropas y cubierto con un sombrero rojo. Llevaba en una mano una bandera roja y en la otra, una azul y, con la vista levantada al cielo, hacía señas.

Giovanni vio que ese hombre agitaba la bandera roja vigorosamente, pero enseguida la bajó, escondiéndola detrás de él, levantó la azul bien alto y empezó a hacerla ondear con vehemencia, como si de un director de orquesta se tratara. Entonces se oyó un sonido parecido a la lluvia y grupos de objetos negros se lanzaron volando hacia la orilla opuesta. Se precipitó hacia la ventanilla para verlos. Por el hermoso cielo azul violeta, hasta ese momento vacío, empezó a cruzar un número infinito de pequeños pájaros agrupados en bandadas que cantaban sin parar.

—¡Mira cómo vuelan los pájaros! —exclamó Giovanni todavía asomado a la ventanilla.

—¿Eh? ¿Dónde? —preguntó Campanella, mirando también hacia arriba.

De súbito, el hombre que estaba de pie encima del torreón levantó la bandera roja, la agitó frenéticamente y las bandadas cesaron de cruzar. Un sonido agudo llegó de río abajo y se hizo un breve silencio. Pero enseguida volvió a levantar la bandera azul y gritó:

—¡Adelante, aves migratorias, cruzad ahora!

Su voz se oyó claramente. En ese mismo instante, una nube de cientos de miles de aves migratorias partió a toda velocidad, ocultando el cielo. La niña había sacado la cabeza entre Giovanni y Campanella, y también miraba con sus hermosas mejillas encendidas.

—¡Oh, cuántos pájaros! ¡Y qué hermoso está el cielo! —dijo ella, dirigiéndose a Giovanni. Pero este continuó observando en silencio, con los labios fruncidos mientras pensaba en lo engreída y antipática que era.

Kaoru emitió un leve suspiro y volvió a su asiento sin decir nada más. Campanella, un poco apenado por ella, retiró su cabeza de la ventanilla y se puso a consultar el mapa.

—¿Qué está haciendo aquel señor? —preguntó la niña en voz baja a Campanella.

—Hace señales a las aves migratorias. Quizá en alguna parte lanzarán una bengala —contestó Campanella sin demasiada seguridad.

El vagón quedó en completo silencio. Giovanni se había cansado de estar asomado, pero no quería que nadie le viese la cara, de modo que se forzó a continuar de pie, tal como estaba, y se puso a silbar.

«¿Por qué me siento tan infeliz? —pensó—. Debo tener el corazón más limpio y abierto. Allá en la orilla opuesta se ve un pequeño fuego, brillando azulado entre brumas, ¡parece tan silencioso y fresco! Mirándolo bien quizá pueda conseguir la paz de espíritu». Giovanni, sujetándose la cabeza ardiente entre ambas manos, continuó contemplándolo: «¡Ah! ¿No habrá nadie, nadie que pueda acompañarme para siempre? Cuando veo a Campanella charlando con esa niña y pasándolo tan bien, me da mucha rabia».

Capítulo 12

DESDE EL NUEVO MUNDO

A través de las lágrimas, Giovanni contempló la Vía Láctea, blanquecina y borrosa, como si se hubiera disuelto en la distancia.

El tren comenzó a apartarse del río y a correr por el borde de un precipicio. En la orilla opuesta, otro precipicio se hacía más y más alto a medida que avanzaban. Entonces apareció una gran planta de maíz. Bajo las hojas rizadas crecían hermosas mazorcas verdes, cuyos granos parecían perlas, coronadas por un penacho rojo. El número de plantas aumentó hasta formar una hilera entre el precipicio y la vía. Cuando Giovanni retiró la cabeza de la ventanilla y miró hacia el lado opuesto, ante sus ojos se reveló una hermosa llanura que se extendía hasta el horizonte, cubierta de las mismas plantas de maíz que ondeaban y susurraban al viento. Los bordes de sus espléndidas hojas rizadas estaban cargados de gotas de rocío que, como impregnadas de sol durante todo el día, brillaban verdes y de todos los colores igual que diamantes.

—Aquello es maíz, ¿no? —preguntó Campanella a Giovanni, quien, sin lograr librarse de su mal humor, no apartó la vista de la pradera para contestar con brusquedad:

—Supongo que sí.

El sonido del tren se fue atenuando y, después de pasar varias señales y luces de cambio de vía, se detuvo en una pequeña estación. La pálida esfera del reloj señalaba la segunda hora. Ahora que el tren se había parado, la pradera estaba en completo silencio; tan solo se oía el péndulo del reloj que marcaba el tiempo con su preciso tictac. En los intervalos de silencio comenzó a escucharse casi imperceptible una melodía que llegaba de algún lugar muy lejano.

—¡Oh, es la *Sinfonía del Nuevo Mundo*! —dijo la niña, mirando hacia ellos, en voz muy baja, como para sí misma.

Pero, en el vagón, tanto el joven vestido de negro como todos los demás parecían estar inmersos en dulces sueños.

«En un lugar tan agradable y tranquilo, ¿por qué no estoy más contento? ¿Por qué me siento tan solo? —volvió a preguntarse Giovanni—. También es cierto que Campanella se ha portado mal. Ha tomado el tren conmigo, pero está todo el tiempo hablando con esa niña. ¡Me siento tan infeliz!».

Con el rostro medio cubierto por las manos, miró de nuevo por la ventanilla opuesta. Se escuchó una flauta de sonido claro como el cristal y el tren se puso suavemente en marcha. Campanella, que también parecía triste, empezó a silbar la canción de las estrellas.

—Desde luego, esta es una meseta muy alta —dijo un hombre mayor, con la voz un poco ronca, como si se acabase de despertar—. El maíz tiene que plantarse en surcos de unos sesenta centímetros de profundidad para que pueda crecer.

—¿Ah, sí? Eso quiere decir que estamos a gran altura sobre el río, ¿no?

—Así es. Entre unos seiscientos y mil doscientos metros. Es un cañón inmenso.

—¡Ah, claro! —pensó Giovanni—. Esto debe de ser la meseta del Colorado.

La niña, que tenía a su hermano dormido sobre el regazo, estaba absorta en sus pensamientos, con sus oscuras pupilas perdidas en la lejanía. Campanella se había puesto de nuevo a silbar con aire melancólico. El niño pequeño estaba profundamente dormido y sus mejillas tenían el color de una manzana madura envuelta en papel de seda.

De pronto el maíz desapareció y ante su vista se extendió una enorme llanura negra. De más allá del horizonte les llegó la *Sinfonía del Nuevo Mundo* con creciente nitidez. Y en esta llanura negra, un indio montado sobre un caballo blanco, con la cabeza adornada con plumas y abalorios de piedra en el pecho y los brazos, tenía una flecha preparada para disparar en su arco mientras galopaba en la misma dirección que el tren a campo traviesa.

—¡Un indio! ¡Mira, Kaoru, un indio! —exclamó el niño.

El joven vestido de negro también se despertó.

Giovanni y Campanella se pusieron de pie.

—¡Viene corriendo hacia aquí! ¡Viene hacia aquí! ¿Nos está persiguiendo? —preguntó la niña tras observar al indio, que había desmontado y corría hacia ellos.

—No, no está siguiendo el tren, sino cazando o danzando —respondió el tutor, de pie, con las manos en los bolsillos, como si hubiera olvidado dónde estaban.

En realidad, sí que daba la impresión de que estuviera ejecutando una danza, ya que sus pasos eran demasiado calculados para estar solo corriendo. De repente, se paró tan en seco, que las plumas blancas salieron lanzadas hacia delante y disparó su arco hacia el cielo. Entonces, una grulla cayó dando tumbos. El indio se puso a correr de nuevo con los brazos extendidos para atraparla. Luego se detuvo y sonrió satisfecho. Su figura, que sostenía la grulla mirando hacia ellos, se fue haciendo más y más pequeña. Los aislantes de un par de postes telegráficos brillaron un instante y apareció otra plantación de maíz.

Giovanni vio por la ventanilla que el tren marchaba a lo largo de un precipicio muy, muy alto y el río, ancho y luminoso, corría por el fondo del cañón.

—A partir de ahora empezamos a bajar —anunció aquella voz de anciano—. Lo que no es fácil, considerando que de un tirón descendemos hasta el lecho del río. Con una pendiente tal no hay trenes que puedan subir en dirección contraria. ¿Veis como vamos más rápido?

El tren fue bajando y bajando. Cuando la vía se acercaba al borde del precipicio, podían ver por un instante el brillante río. El estado de ánimo de Giovanni fue mejorando. Al pasar ante una pequeña cabaña, frente a la cual estaba de pie un niño pequeño, no pudo contener un grito de saludo. El tren continuó su marcha veloz. Los pasajeros, pegados a sus respaldos, se sujetaban con fuerza a los asientos.

Giovanni intercambió una sonrisa espontánea con Campanella. Pronto corrieron de nuevo al lado de la Vía Láctea, cuyas aguas fluían con mucha más fuerza que antes, lanzando algún destello. Las clavellinas rosa pálido florecían diseminadas por la orilla. Por fin, el tren aminoró su marcha y continuó avanzando con calma. A ambos lados aparecieron banderas con el dibujo de una estrella y un pico.

—¿Qué serán estas banderas? —preguntó por fin Giovanni, intrigado en extremo.

—No tengo ni idea. En el mapa no salen. ¡Anda! También hay un barco de acero.

—¡Ah, es cierto!

—¿No estarán construyendo un puente? —aventuró a decir la niña.

—De veras, ¡aquella es la bandera del Cuerpo de Ingenieros! Están haciendo prácticas de construcción de puentes, aunque no se pueden ver soldados por ninguna parte.

En aquel momento, en la orilla opuesta, un poco más río abajo, las aguas invisibles de la Vía Láctea centellearon y con gran estruendo se levantó una columna de agua.

—¡Están dinamitando! —exclamó Campanella, saltando de alegría.

Cuando cayó la columna de agua, grandes salmones y truchas quedaron por un instante suspendidos en el aire con sus blancos vientres brillando y, describiendo un arco, volvieron a sumergirse. Giovanni podría haber saltado de felicidad.

—Es el Cuerpo de Ingenieros del Cielo. ¿Qué os parece cómo las truchas han sido lanzadas al aire? No he hecho un viaje tan divertido en mi vida. ¡Es fantástico!

—Seguro que de cerca las veríamos así de grandes. En esta agua debe de haber montones de peces.

—También vivirán peces pequeños, ¿no? —preguntó la niña, que se había dejado arrastrar por la conversación.

—Claro que sí. Si hay peces grandes, seguro que también habrá pequeños. Pero no hemos podido verlos porque estábamos demasiado lejos —contestó alegremente Giovanni, que ya había dejado atrás su mal humor.

—¡Mirad los palacios de Géminis! —gritó el niño, señalando hacia algún lugar a través de la ventanilla.

A la derecha, sobre una pequeña colina, se alzaban dos pequeños palacios que parecían construidos de cristal de roca.

—¿Qué es esto de los palacios de Géminis?

—Hace mucho tiempo, mi madre solía contarme la historia de dos palacios de cristal que se elevaban uno junto al otro.

—¡Cuéntanosla!

—¡Yo también la sé! —intervino el niño—. Las estrellas gemelas salieron a jugar a la pradera y se pelearon con un cuervo, ¿a que es así?

—¡No, no es así! Mi madre me contó que en la orilla de la Vía Láctea…

—¡Ah, sí! Y entonces una estrella fugaz se acercó a toda velocidad silbando…

—¡No, tampoco es así, Tadashi! Eso es otro cuento.

—Ahora estarán allí tocando la flauta, ¿no? ¿O, quizá, en el mar?

—¡No, no! Ya han vuelto del mar.

—¡Ah, ya me acuerdo! Voy a contaros la historia.

Capítulo 13

EL FUEGO DEL ESCORPIÓN

Súbitamente, la orilla opuesta del río se tiñó de rojo. Los sauces y todo lo demás quedaron sumergidos en una profunda oscuridad y las olas de aguas invisibles de la Vía Láctea lanzaron destellos púrpura. Una roja hoguera lanzaba su humo negro tan alto que parecía abrasar el lejano cielo color azul violeta; sus llamas, más claras y rojas que el rubí, más hermosas que el lirio, ardían como embriagadas.

—¿Qué será aquel fuego? ¿Qué quemarán para lograr unas llamas rojas tan brillantes? —preguntó Giovanni.

—Es el fuego del Escorpión —respondió Campanella, consultando de nuevo el mapa.

—¡Ah, el fuego del Escorpión! —exclamó la niña—. Yo sé la historia.

—¿Qué es el fuego del Escorpión? —preguntó Giovanni.

—El escorpión se quemó hasta morir. Nuestro padre nos contó muchas veces por qué todavía sigue ardiendo.

—El escorpión es un insecto, ¿verdad?

—Sí, es un insecto. Un buen insecto.

—No, no es cierto. No es un buen insecto. Una vez vi uno conservado en alcohol en un museo. Tenía un aguijón así de grande en la cola y el maestro nos contó que, si te picaba, morías.

—Es cierto. Pero, a pesar de ello, mi padre me dijo que era un buen insecto.

La niña comenzó su relato.

«Hace mucho tiempo, en cierto lugar remoto, vivía un escorpión que se alimentaba de pequeños insectos y otros animalitos. Un día, una comadreja lo encontró y se lo quiso comer. El escorpión intentó huir con desesperación, pero, al final, acorralado, cayó en un pozo. A pesar de sus esfuerzos, no pudo salir y empezó a ahogarse. En ese momento se puso a rezar del siguiente modo: "¿Cuántas vidas de insectos habré tomado hasta ahora para subsistir? Y, ahora, al perseguirme la comadreja, he querido escapar, sin lograr siquiera salvar mi vida. ¿Por qué no habré dejado que me capturara sin resistir? Quizá así ella hubiera podido vivir un día más. Dios mío, mira mi corazón y no permitas que mi próxima vida se derroche de este modo. Haz que mi cuerpo sea útil a los demás". Al decir esto, el escorpión vio que su cuerpo comenzaba a arder con una hermosa llama roja que iluminaba la oscuridad de la noche. Mi padre decía que desde entonces continúa ardiendo y así seguirá por siempre. ¡Seguro que es aquella hoguera!».

—¡Es cierto! Mirad, allí las balizas están colocadas exactamente en forma de escorpión.

Giovanni vio que al otro lado de la gran hoguera había tres balizas colocadas como las pinzas de un escorpión y cinco más en forma de cola y aguijón. El hermoso fuego ardía brillante y en silencio.

Cuando lo dejaron atrás, comenzaron a oír el sonido de diversos instrumentos, con el que se mezclaban el perfume de las flores silvestres y las voces y canciones lejanas de mucha gente. Parecía

que en alguna ciudad cercana se estuvieran celebrando unas fiestas.

—¡Centauro, haz caer el rocío! —gritó de repente el niño pequeño, que hasta entonces había estado durmiendo al lado de Giovanni, pero que ahora contemplaba por la ventanilla opuesta un ciprés o un abeto decorado con luces como un árbol de Navidad; parecía como si mil luciérnagas se hubieran posado sobre sus ramas.

—¡Anda, de veras que esta noche es la Fiesta de las Estrellas!

—¡Ah, sí! ¡Y este es el pueblo de la constelación de Centauro! —explicó enseguida Campanella.

Capítulo 14

LA CRUZ DEL SUR

—Pronto llegaremos a la Cruz del Sur. Preparaos para bajar —dijo el tutor, dirigiéndose a los dos hermanos.

—Yo voy a ir un rato más en tren —replicó el niño.

Su hermana, sentada al lado de Campanella, se levantó excitada y empezó con los preparativos, aunque era evidente que no quería separarse de Giovanni y Campanella.

—Tenemos que bajar aquí —insistió el joven, mirando al niño con los labios fruncidos.

—¡No quiero! Quiero ir un rato más en tren.

—Venid con nosotros. Con nuestro billete se puede ir a cualquier parte —dijo Giovanni, que ya no podía continuar callado.

—Pero no podemos. Aquí es donde se baja para ir al Cielo —dijo la niña tristemente.

—¿Y para qué tenéis que ir al Cielo? Nuestro maestro dice que debemos construir un lugar mejor que el Cielo allí donde estemos.

—Tenemos que ir porque allí está nuestra madre.

—¡Este es un dios falso!

—¡El tuyo sí que es falso!

—¡No, no es cierto!

—Veamos, ¿qué clase de dios es el tuyo? —le preguntó el joven sonriendo.

—No lo sé muy bien —dijo Giovanni—. Pero estoy seguro de que es el único verdadero.

—Desde luego, Dios verdadero hay solo uno.

—No quiero decir eso. Quiero decir, el único Dios verdadero.

—Pues a este mismo Dios me refiero yo. Y rezaré para que podamos volver a encontrarnos con vosotros en su presencia —dijo el joven, juntando las manos con fervor.

La niña lo imitó. Los tres, llenos de pena por la partida, se habían puesto pálidos. Giovanni tuvo que hacer un gran esfuerzo por contener las lágrimas.

—¿Ya habéis terminado con los preparativos? Pronto habremos llegado a la Cruz del Sur.

En ese momento, apareció ante ellos. Río abajo, sobre las aguas de la Vía Láctea que brillaban con reflejos azules, anaranjados y de otros muchos colores, se levantaba una cruz luminosa como un árbol solitario; en su parte superior, una nube pálida formaba un círculo parecido a un halo.

En los vagones del tren se sintió una gran agitación. Igual que antes había ocurrido en la Cruz del Norte, los pasajeros, bien erguidos, empezaron a rezar. De todos lados llegaban gritos de júbilo que se mezclaron con profundos suspiros de piedad. Poco a poco la cruz fue acercándose a las ventanillas. La nube, plateada y pálida como la pulpa de una manzana, giraba muy, muy despacio alrededor. «¡Aleluya, aleluya!», sonaron claras y alegres las voces unidas. Del cielo frío y lejano llegó el sonido claro e indescriptiblemente dulce de una trompeta. El tren cruzó entre innumerables

señales y luces; fue reduciendo su velocidad y se detuvo frente a la cruz.

—Nosotros bajamos aquí —dijo el joven, tomando la mano del niño, mientras su hermana le arreglaba el cuello del abrigo. Los tres se dirigieron despacio hacia la salida, en el otro extremo del vagón.

—Bueno, adiós —dijo la niña, volviendo la cabeza hacia Giovanni y Campanella.

—¡Adiós! —contestó Giovanni un poco bruscamente y a punto de ponerse a llorar.

La niña se volvió de nuevo, con los ojos agrandados por la pena, y bajó en silencio. El tren, ya medio vacío, tenía un aspecto desolado y el viento soplaba libremente a través de los vagones.

Al mirar hacia fuera, vieron a la gente en fila, arrodillada piadosamente ante la cruz, en la orilla de la Vía Láctea. Luego apareció una figura divina vestida de blanco, que se aproximó con los brazos abiertos, cruzando las aguas invisibles. Pero al sonar la flauta de cristal, el tren se puso de nuevo en marcha y una niebla plateada que subía de río abajo ocultó la escena. Lo único que alcanzaron a ver fue un gran número de nogales cuyas hojas brillaban a través de la bruma. Entre ellas, una ardilla eléctrica, con un aura dorada, asomaba su linda carita.

La niebla se fue disipando y apareció una carretera bordeada por una hilera de farolas. Durante un trecho transcurrió paralela a la vía del tren. Cada vez que pasaban por delante de una farola, esta se encendía y apagaba a modo de saludo. Al volver la cabeza, se fijaron en que la cruz se había hecho tan pequeña que podría llevarse colgada sobre el pecho. En la blanca orilla ya no podía distinguirse si la niña, el joven y los demás continuaban arrodillados en ella o si habían ido a algún otro lugar desconocido, allá en el Cielo.

Giovanni suspiró.

—Campanella, nos hemos quedado solos de nuevo. Vamos a ir juntos hasta cualquier parte para siempre, ¿verdad que sí? ¿Sabes? Yo también, como el escorpión, podría dejar que mi cuerpo ardiera cien veces si fuese para la felicidad de todos.

—Yo siento lo mismo —añadió Campanella, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Pero ¿qué es la felicidad? —preguntó Giovanni.

—No tengo ni idea —respondió distraído.

—Campanella, vamos a ser fuertes, ¿verdad? —dijo, respirando profundamente con el corazón lleno de una nueva fuerza.

—¡Mira aquella nebulosa oscura! ¡Es un agujero en el cielo! —exclamó Campanella, apartándose un poco de la ventanilla mientras señalaba hacia fuera.

Al mirar, Giovanni se llevó un susto terrible. En un lugar cerca de la Vía Láctea se veía un agujero negro. Aunque forzó la vista hasta que le dolieron los ojos, no pudo ver a qué profundidad se encontraba su fondo ni qué había en él.

—A mí no me daría ningún miedo entrar en esa enorme oscuridad —continuó, sin embargo—: Si es a fin de buscar la verdadera felicidad para todos, vayamos juntos hasta cualquier lugar, hasta donde sea necesario.

—¡Sí, iremos juntos! ¡Oh, mira qué lugar tan hermoso! —exclamó Campanella, señalando a través de la ventanilla hacia una radiante llanura en la lejanía—. Todos están allí reunidos. ¡Aquello es realmente el Cielo! ¡Oh, también está allí mi madre!

Giovanni se volvió, pero solo pudo ver una niebla blanquecina, nada parecido a lo descrito por Campanella. Lleno de una tristeza indescriptible, siguió mirando distraídamente hacia allí. En la orilla opuesta del río, dos postes de telégrafo con los rojos travesaños alineados daban la impresión de ir juntos del brazo.

—Campanella, vamos a seguir siempre juntos, ¿verdad? —propuso Giovanni volviendo la cabeza, pero en el asiento ya no había nadie. Campanella ya no estaba. Tan solo el terciopelo brillaba en el lugar vacío.

Giovanni se levantó como empujado por un resorte. Sacando la cabeza por la ventanilla para que no lo pudiera ver ni oír nadie en el tren, se puso a gritar mientras se golpeaba el pecho con todas sus fuerzas. Entonces, rompió a llorar violentamente. Le pareció que había oscurecido a su alrededor.

Capítulo 15

EL PROFESOR

—¿Se puede saber por qué lloras? Mira hacia allí.

Detrás de él oyó una dulce voz, parecida a un violoncelo, aquella voz que había escuchado tantas veces. Sorprendido, se secó las lágrimas y volvió la cabeza. En el asiento de Campanella se encontraba ahora un hombre de rostro pálido, cubierto con un gran sombrero negro, que, sonriendo con gran amabilidad, sostenía un viejo libro.

—¿Dónde estará tu amigo? Esta noche se ha ido realmente muy lejos. Ya es inútil que busques a Campanella.

—Pero ¿por qué? Si habíamos dicho que iríamos juntos para siempre…

—Ya veo. Todos pensamos lo mismo, aunque no es posible. Cada uno de nosotros es un Campanella. Te encuentres con quien te encuentres, siempre será alguien con el que hayas comido manzanas o viajado en el mismo tren. Por lo tanto, tal como tú has dicho antes, lo mejor es buscar la verdadera felicidad para los demás e ir a reunirte con ellos lo antes posible. Solo allí es donde podrás estar siempre con Campanella.

—¡Sí, eso quiero! Y ¿cómo puedo hacerlo?

—¡Ah, yo también lo estoy intentando! Tienes que guardar bien tu billete. Y estudiar con todas tus fuerzas. Tú has estudiado química, ¿verdad? Entonces sabrás que el agua está compuesta de oxígeno e hidrógeno. Ahora ya nadie lo duda porque se puede comprobar experimentalmente. Pero, hace mucho tiempo, las teorías afirmaban que estaba formada de mercurio y sal, o de mercurio y azufre. Del mismo modo, cada uno de nosotros cree que su dios es el único y verdadero, ¿no es cierto? Discutimos interminablemente sin llegar jamás a ninguna conclusión y, aun así, nos conmovemos hasta las lágrimas por cosas que hacen las personas que creen en un dios distinto.

»Si estudias y aprendes a distinguir lo cierto de lo falso, utilizando un buen método, te darás cuenta de que, al final, la fe es lo mismo que la ciencia. Mira, échale una ojeada a este libro. Es un tratado de geografía e historia. En esta página se describe la geografía y la historia de 2.200 años a. C. Fíjate bien, no cuenta cómo era en realidad, sino cómo la veía la gente de aquellos tiempos. Por lo tanto, tan solo esta página equivale a un volumen entero de geografía e historia. ¿Verdad que me entiendes? Y lo que se describe en ella era en su mayoría cierto en aquella época. Si buscas un poco, podrás encontrar montones de pruebas que lo confirman. Pero empieza a plantearte dudas y ya verás cuando pases a la página siguiente. En el año 1.000 a. C., la geografía y la historia ya habían cambiado bastante, ¿no? Y también son distintas a como se conocen en la actualidad. Pero no pongas cara de extrañeza. Nuestros cuerpos, nuestras ideas, la Vía Láctea, este tren, la historia… solo son como son porque así los percibimos nosotros. Ahora, trata de relajarte conmigo, ¿estás listo?

El sabio levantó un dedo y lo volvió a bajar lentamente. Entonces Giovanni vio que él mismo y sus ideas, el tren, el sabio, la Vía Láctea… todos brillaban al mismo tiempo, apagándose luego en

silencio y volviéndose a encender y apagar. Con cada destello de luz se descubría ante sus ojos un nuevo mundo, junto con una historia. Al apagarse, tan solo quedaba un enorme vacío. Poco a poco, las imágenes se sucedieron más y más rápidamente, hasta que, al final, todo quedó como al principio.

—¿Qué te parece? Con este experimento has podido recorrer toda la colección de episodios históricos desde el principio hasta el final, que es lo más difícil. Aunque, desde luego, cada uno de ellos es importante por sí mismo.

Entonces, más allá del negro horizonte, una bengala se elevó en el cielo y convirtió por un instante la noche en día, de tal modo que hasta el interior del tren se iluminó.

—¡Oh, aquello es la nebulosa de Magallanes! De aquí en adelante voy a buscar la verdadera felicidad para mí mismo, para mi madre, para Campanella, para todos —decidió Giovanni, levantándose con determinación y la mirada fija en la nebulosa.

—Guarda bien tu billete. A partir de ahora ya no estás en un tren de sueños. Tienes que andar con paso firme a través del fuego y de las bravías olas del mundo. Pero no pierdas jamás este billete. ¡Es la única cosa real de este viaje por la Vía Láctea!

Apenas había dejado de oír aquella voz parecida a un violoncelo, la Vía Láctea quedó muy lejos. El viento soplaba. Giovanni se encontró de pie sobre la hierba de la colina y escuchó los pasos del sabio Vulcanilo, que se acercaba.

—Muchas gracias, ha sido un experimento muy interesante. En un lugar tan tranquilo como este he estado pensando que me gustaría transmitir mis pensamientos a toda la gente. Todas tus palabras están escritas en mi libro de notas. Bueno, vuelve a casa y descansa. Y sigue el camino recto que has elegido en este sueño. De ahora en adelante puedes venir a consultarme siempre que lo necesites.

—Jamás me apartaré de este camino y siempre buscaré la verdadera felicidad —prometió Giovanni.

—Bueno, hasta la vista. Aquí tienes el billete.

El sabio puso en su bolsillo un pequeño papel verde doblado y su figura se perdió de vista más allá de la Columna de los Deseos.

Capítulo 16

EL PUENTE

Giovanni abrió los ojos. Entonces comprendió que, debido al cansancio, se había quedado dormido sobre la hierba de la colina. Sentía que el pecho le ardía de un modo extraño y que unas lágrimas frías le corrían por las mejillas.

Se levantó de un salto. Abajo, a lo lejos, se podía ver el pueblo iluminado, todavía más brillante que antes. La Vía Láctea de su sueño se extendía ahora hacia el sur, blanquecina e indefinida, sobre el horizonte. A la derecha, el Escorpión resplandecía con su hermosa luz roja y la posición de las estrellas en el cielo había variado.

Bajó la colina corriendo velozmente. Pensó conmovido en su madre, que lo estaría esperando sin haber cenado todavía. Cruzó el negro bosque de pinos a toda prisa y, tras bordear la cerca de la granja, pronto llegó a la entrada del oscuro establo.

Parecía que ya hubiera regresado alguien, puesto que había un carro cargado con dos barriles que antes no estaba.

—¡Buenas noches! —saludó Giovanni.

—¡Ya voy!

Pronto apareció un hombre vestido con unos gruesos pantalones blancos.

—¿Qué te trae por aquí?

—Hoy no han llevado leche a mi casa.

—¡Ah, lo siento mucho! —se disculpó. Entró al establo y volvió con una botella de leche que entregó a Giovanni—. De veras que lo lamento. Esta tarde no me di cuenta y dejé la puerta de la cerca abierta, y el diablillo este se bebió la mitad de la leche de su madre —explicó riéndose.

—¿Ah, sí? Bueno, muchas gracias.

—De nada y perdona.

—No importa —contestó Giovanni y, sujetando la botella de leche aún tibia con ambas manos, cruzó la cerca de la granja.

Tras recorrer una callejuela bordeada de árboles, salió la calle principal. Siguió caminando y, en el cruce, dobló hacia la derecha. Desde allí vislumbró el gran puente donde antes Campanella y sus amigos habían ido a echar farolillos al río, que aparecía brumoso en la tranquila noche. En las esquinas del cruce y frente a las tiendas, grupos de mujeres hablaban en voz baja mirando hacia el puente, sobre el que había un gran número de luces encendidas.

A Giovanni le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó gritando a alguien que estaba por allí cerca.

—Un niño ha caído al río —contestó.

Todos se volvieron a mirarlo.

Fuera de sí, salió corriendo hacia el puente. Sobre él se apiñaba tanta gente que no se podía ver

el río. También había un policía en uniforme blanco. Al llegar a uno de sus extremos, bajó a grandes saltos hasta la orilla, que innumerables luces recorrían de arriba abajo. En el lado opuesto, siete u ocho lámparas se movían entre la oscuridad. El río, en el que ya no quedaban farolillos, discurría gris y tranquilo con un leve murmullo. En el lugar más alejado del lecho, sobre algo que parecía un banco de arena, se veían las sombras negras de un grupo de gente. Giovanni salió disparado hacia allí. Se encontró con Marceau, que antes había estado con Campanella.

—¡Giovanni, Campanella se ha caído al río! —dijo Marceau, que venía corriendo hacia él.

—¿Cómo ha ocurrido? ¿Cuándo?

—Zanelli trataba de echar un farolillo a la corriente, cuando el bote se balanceó y cayó al río. Enseguida Campanella saltó al agua tras él y lo empujó hacia el bote. Zanelli se sujetó a Kato, pero ya no se veía a Campanella por ninguna parte.

—Todos lo están buscando, ¿verdad?

—Sí, vinieron enseguida. También llegó el padre de Campanella… pero todavía no lo han encontrado. Ya han acompañado a Zanelli a casa.

Giovanni se dirigió hacia donde estaban todos reunidos. El padre de Campanella, con la tez pálida, la mandíbula apretada y el reloj en la mano, no apartaba la vista del río. A su alrededor se habían agrupado unos colegiales y alguna gente del barrio.

Todos miraban el agua sin decir palabra. A Giovanni le temblaban las piernas violentamente. Un gran número de lámparas de acetileno, de las que se utilizan para pescar, recorrían sin cesar la corriente iluminando las pequeñas olas negras. Más abajo, la Vía Láctea se reflejaba en toda la superficie del río, de modo que daba la impresión de ser la continuación del cielo.

Todos parecían convencidos de que Campanella surgiría entre las olas diciendo: «¡Vaya, menudo chapuzón!», o quizá estaría de pie sobre un banco de arena, esperando a que llegara alguien. Giovanni comprendió que el único sitio donde lo podrían encontrar era en el extremo de aquella Vía Láctea.

De repente, el padre de Campanella dijo con resolución:

—Ya no hay nada que hacer. Han pasado cuarenta y cinco minutos desde que cayó al agua.

Giovanni, sin pensar, se acercó corriendo y de pie, frente al doctor, quiso decirle: «¡Yo sé dónde está Campanella! ¡Hemos estado juntos!», pero se le hizo un nudo en la garganta.

El padre de Campanella, creyendo que se había acercado a saludarlo, lo observó fijamente:

—¿Tú eres Giovanni, verdad? Muchas gracias por tu ayuda esta noche —habló con amabilidad.

Giovanni, incapaz de decir nada, le hizo una reverencia en silencio.

—¿Ya ha vuelto tu padre a casa? —preguntó aún aferrado al reloj.

—Todavía no —respondió con un ligero movimiento de cabeza.

—¡Qué extraño! Anteayer recibí noticias muy alentadoras de él. Tenía que haber llegado más o menos hoy. ¿Se habrá retrasado el barco? Mañana, después de clase, ven a verme con los demás.

Mientras decía esto, miraba fijamente el lugar, río abajo, donde se reflejaba la Vía Láctea.

Giovanni, con el corazón rebosante de emociones, se separó del doctor en silencio. Quería decirle a su madre cuanto antes que pronto iba a volver su padre, por lo que, sujetando la botella de leche, empezó a correr con todas sus fuerzas por el lecho del río en dirección a casa.

MATASABURO, EL GENIO DEL VIENTO

Uno de septiembre

Dodo-dodo, dodo-dodo,
arrastra las nueces verdes
y las manzanas silvestres.
Dodo-dodo, dodo-dodo…

A la orilla de un torrente había una escuela. Solo tenía un aula, aunque había alumnos desde primero hasta sexto de primaria. El patio del recreo era más o menos del tamaño de una pista de tenis y detrás de él se levantaba una colina poblada de castaños donde crecían las hierbas. En una esquina del campo brotaba agua fresca por la grieta de una roca.

Era una plácida mañana de septiembre. El viento soplaba a través del cielo azul y el sol iluminaba el campo de pleno. Dos niños de primero, vestidos con los amplios pantalones que se llevan bajo el quimono, llegaron caminando por la orilla del torrente.

—¡Anda, si somos los primeros! —repitieron al ver que todavía no había llegado ninguno de sus compañeros.

Al mirar por la ventana hacia el interior del aula, se enderezaron sobresaltados e intercambiaron miradas temerosas. Uno de ellos se echó a llorar. La razón de este desconcierto era un extraño niño de pelo rojizo, instalado en un pupitre de la primera fila. El pequeño desconocido estaba sentado con pulcritud precisamente en el sitio del niño que estaba llorando. El otro casi lo imitó, pero, haciendo un esfuerzo, abrió bien los ojos y lanzó una mirada hostil al invasor. En ese momento oyeron unos gritos que llegaban de río arriba.

—¡Eeeh, eh, eh, eh!…

Entonces apareció Kasuke, que con su quimono oscuro parecía un enorme cuervo, aferrando con fuerza la cartera y corriendo entre risas en dirección al patio del recreo. En un abrir y cerrar de ojos también llegaron Sasuke y Kosuke.

—¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa? —indagó Kasuke, pasándole el brazo por los hombros para consolarlo, aunque terminó llorando a lágrima viva.

Sin comprender nada, Kasuke observó a su alrededor y vio al extraño niño de pelo rojizo sentado en el aula en completo silencio. Todos se quedaron callados. Poco a poco se formó un corro, al que también se unieron las niñas. Pero continuaba sin oírse ni una palabra. El intruso permanecía sentado en la misma posición sin inmutarse, mirando fijamente la pizarra. Entonces llegó Ichiro, de sexto curso, caminando despacio y a grandes pasos como si fuera un adulto. Mirando hacia donde estaban todos, preguntó:

—¿Qué pasa aquí?

Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo, mientras señalaban al desconocido sentado en el aula. Ichiro le lanzó una breve ojeada y, sujetando bien la cartera, se acercó rápidamente hacia la

ventana. Sus compañeros lo siguieron.

—¿Se puede saber quién se ha atrevido a entrar en el aula antes de la hora? —dijo Ichiro, encaramándose por la ventana hacia el interior del aula.

—¿No sabes que cuando hace buen tiempo no se puede entrar antes de la hora porque si no te regaña el maestro? —gritó Kasuke por la ventana—. Si se enoja, ya te apañarás.

—¡Eh, sal enseguida! ¿Me oyes? —añadió Ichiro.

El niño de pelo rojizo empezó a mirar a su alrededor, pero continuó sentado con las manos cruzadas sobre el regazo. Su aspecto era muy raro. Llevaba una amplia chaqueta gris, unos pantalones cortos blancos y botas de cuero rojizo. Tenía la cara roja como una manzana madura y unos enormes ojos negros. Ichiro se quedó pensativo, imaginando que no lo había entendido.

—Este es extranjero —dijo.

—Parece que estudiará en nuestra escuela —agregó otro.

De nuevo todos comenzaron a hablar al mismo tiempo, organizando una gran confusión.

—¡Que entren a clase los de tercero! —gritó de repente Ichiro, de sexto curso.

Los más pequeños lo obedecieron, pero Ichiro permaneció callado y pensativo. El recién llegado continuaba inmóvil en el mismo lugar, aunque daba la impresión de estar un poco sorprendido. En ese momento se levantó un fuerte viento que hizo temblar los cristales. Las altas hierbas y los castaños de la colina se balancearon con un extraño brillo pálido. El niño sentado en la clase por fin se rio y comenzó a moverse.

—¡Ah, ya entiendo! Este es Matasaburo, el genio del viento —se apresuró a decir Kasuke.

Los demás habían comenzado ya sus comentarios de aprobación cuando se oyó la voz de Goro, que llegaba de atrás de ellos.

—¡Que me haces daño! —gritaba.

Todos volvieron la cabeza hacia donde venían los gritos. Kosuke le estaba pisando los dedos de un pie a Goro y este, enfurecido, le pegaba.

—Conque quieres pelea, ¿eh? —gritó a su vez Kosuke, también furioso, disponiéndose a devolverle el golpe.

Goro, con la cara llena de lágrimas, se lanzó sobre él. Entonces Ichiro se interpuso entre sus compañeros.

—Si continuáis peleando así, va a salir el maestro… —empezó a decir, pero se quedó boquiabierto al ver que el pequeño intruso ya no estaba en el aula.

Ichiro se quedó como si se le hubiera escapado el potro con el que jugaba o como si el pájaro recién atrapado huyese volando. De nuevo sopló el fuerte viento, que hizo temblar las ventanas. Las altas hierbas de la montaña comenzaron a formar olas plateadas que subieron río arriba.

—¿Veis? Con la pelea habéis hecho desaparecer a Matasaburo —dijo enojado Kasuke.

Todos parecieron estar de acuerdo con él. Goro, arrepentido, hasta se olvidó del dolor en el pie y se quedó levantado, triste y con los hombros encogidos.

—Sin duda era Matasaburo.

—Usaba zapatos…

—… y también ropa occidental…

—¡Qué chico tan raro, con el pelo rojizo!

—¡Anda! Matasaburo ha dejado unas piedras encima de mi pupitre —exclamó un niño de segundo.

Efectivamente, sobre la madera había unos guijarros polvorientos.

—¡Es verdad! ¡Mirad, también ha roto aquel cristal!

—No es cierto. Lo rompió Koichi antes de las vacaciones.

—¡Eh, no es verdad! —protestó el aludido, aunque su negativa sonó tan solo a excusa.

Por fin, el maestro apareció en la puerta. Llevaba un brillante silbato en la mano derecha y hacía señas a los niños para que se pusieran en fila. Lo seguía el pequeño desconocido con paso ligero como si fuera el paje que lleva la cola del rey. Todos se quedaron en silencio.

—¡Buenos días, maestro! —saludó por fin Ichiro.

Enseguida todos lo imitaron.

—Buenos días, muchachos. Veo que a todos os han sentado muy bien las vacaciones. Bien, poneos en fila.

Cuando terminó de hablar, sopló con fuerza el silbato, cuyo sonido cruzó el valle hasta las montañas, que devolvieron un eco sordo. Tal como lo solían hacer antes de vacaciones, los alumnos se alinearon por orden de curso, precedidos por los más pequeños.

El extraño recién llegado continuaba de pie detrás del maestro, mirando fijamente a los demás con una expresión entre divertida y extrañada. Entonces, el maestro señaló hacia delante, donde estaban los alumnos de cuarto.

—Takada, colócate allí, por favor —le dijo, acompañándolo hasta la fila.

Tras comparar su altura, lo situó detrás de Kasuke. Todos volvieron la cabeza con curiosidad.

—Poneos en fila, mirando hacia delante —indicó el maestro, que había regresado a la puerta de entrada.

Los alumnos obedecieron al instante, aunque todavía estaban pendientes del recién llegado y volvían la cabeza de vez en cuando para echarle miradas fugaces. Al parecer, estaba acostumbrado a ponerse en fila, pues allí estaba, tan tranquilo, con los brazos extendidos hacia delante de modo que las puntas de sus dedos casi tocaban la espalda de Kasuke, quien empezó a sentir una especie de cosquilleo y a moverse nerviosamente.

—Bajad los brazos y avanzad en orden, comenzando por los de primero —dijo el maestro.

Los de primer curso se pusieron en marcha y los siguieron los de segundo. Pronto la fila fue girando hacia la derecha, en dirección a la estantería para dejar el calzado. Cuando comenzó a moverse el grupo de cuarto, el recién llegado avanzó detrás de Kasuke con gran dignidad. Los niños que lo precedían en la fila a veces se volvían para mirarlo y los que iban detrás tenían la vista fija en él.

En un instante, todos habían depositado las sandalias de madera en la estantería y entraban en el aula. Sin romper la fila, se sentaron por orden en sus respectivos pupitres. A Matasaburo le tocó detrás de Kasuke. Pronto se organizó un gran alboroto.

—¡Este no es mi pupitre!

—¡Oh, en el mío hay unas piedras!

—¡Anda, se me olvidó el libro de calificaciones!

—¡Pues a mí el lápiz! Préstame uno.

—¡Pero si no tengo más! ¡Eh, deja mi cuaderno! —protestó uno cuando su compañero se lo arrebató.

En aquel momento llegó el maestro y todos, en medio de aquel revuelo, se pusieron de pie. Al grito «¡Saludo!» de Ichiro, todos hicieron una reverencia y la clase quedó un instante en completo silencio. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos ya estaban alborotando de nuevo.

—¡Silencio! Silencio, muchachos.

—Shhhh… ¡Callaos ya! —repitió Ichiro desde el fondo.

Cuando por fin se calmaron, el maestro comenzó a hablar:

—Supongo que habréis disfrutado de las vacaciones de verano, nadando, jugando en el bosque y acompañando a vuestros hermanos mayores a cortar hierba. Pero el descanso ha terminado. A partir de ahora comienza el trimestre de otoño, la época del año en que el cuerpo está más fuerte y es más fácil estudiar. Por lo tanto, a partir de hoy hagamos un esfuerzo por aprender el máximo de todos juntos. A propósito, durante estas vacaciones ha llegado un nuevo compañero. Se trata de Takada, que hoy está aquí con nosotros. Su padre, por razones de trabajo, se ha trasladado a la pradera alta, río arriba. Takada estaba estudiando en Hokkaido, pero a partir de ahora lo hará con vosotros. Así que, tanto en los estudios como cuando vayáis a buscar castañas o a pescar, deberéis invitarlo a que os acompañe. ¿Habéis entendido? Quien haya entendido que levante la mano.

Enseguida todos la levantaron. También Takada alzó la suya con entusiasmo, por lo que el maestro se rio un poco y dijo a la clase:

—Veo que habéis entendido. Muy bien.

Kasuke levantó de nuevo la mano.

—¡Maestro!

—Sí, dime… —respondió, señalando hacia él.

—¿Cómo se llama Takada de nombre?

—Saburo, Saburo Takada.

—¡Anda, qué divertido! ¡Pues claro que es Matasaburo! —gritó alborozado Kasuke, palmoteando en su pupitre.

Los mayores estallaron en una gran risotada, pero los más pequeños se quedaron callados, con cara de miedo. El maestro se dirigió a la clase de nuevo:

—¿Habéis traído los libros de calificaciones y los deberes? Pues colocadlos encima de vuestros pupitres, que los recogeré ahora.

Todos abrieron las carteras o desataron los paños de envolver, sacaron los libros de calificaciones y los cuadernos de deberes, e hicieron como les había indicado el maestro, quien comenzó a recogerlos por orden, empezando por los alumnos de primero.

De repente, los colegiales se quedaron inmóviles por la sorpresa. La razón del desconcierto

general era un adulto que estaba de pie, al fondo de la clase. Vestía un amplio traje de lino blanco y en lugar de corbata llevaba un pañuelo de seda negra atado al cuello. En la mano sostenía un abanico con el que, de cuando en cuando, se abanicaba el rostro, esbozando una leve sonrisa.

Poco a poco, la clase quedó en un tenso silencio. El maestro, al que no pareció sorprenderle el recién llegado, continuó recogiendo los cuadernos. Llegó al asiento de Saburo, pero este no tenía nada sobre su pupitre excepto sus brazos extendidos, con los puños cerrados como si guardara alguna cosa en las manos. Pasó de largo y continuó recorriendo la clase en silencio hasta que tuvo todos los cuadernos en las manos y, ordenándolos, regresó a la tarima.

—El próximo sábado os devolveré los deberes corregidos. Los que no los hayáis traído hoy no olvidéis hacerlo mañana. Etsuji, Koji, Ryosaku, esto va por vosotros… Bueno, por hoy hemos terminado. A partir de mañana tendremos clase como de costumbre. Ahora, los alumnos de quinto y sexto se quedarán a limpiar el aula conmigo.

Ichiro dio el toque de atención, a lo que todos se pusieron en pie. Cuando gritó «¡Saludo!», toda la clase hizo una reverencia. También el adulto hizo una leve inclinación de cabeza. Enseguida, los más pequeños salieron del aula a toda velocidad, pero los de tercero y cuarto se quedaron remoloneando y vieron que Saburo se reunía con el hombre vestido de blanco.

El maestro bajó de la tarima y se dirigió al visitante, que lo saludó cortésmente.

—Pronto Saburo tendrá muchos amigos —dijo, tras devolverle el saludo.

Después de intercambiar unas frases de cortesía, el hombre hizo una señal con la vista a Saburo y ambos salieron del aula. El niño avanzó en medio de todos con los ojos fijos al frente y en silencio, con la mayor dignidad. Ambos cruzaron el portal de entrada, el campo de deportes y se encaminaron río arriba. Cuando dejaron atrás el campo de deportes, Saburo volvió la cabeza y lanzó una mirada hostil a la escuela y a sus compañeros, pero al instante se apresuró a seguir al hombre del traje blanco.

—Maestro, ¿aquel señor es el padre de Takada? —preguntó Ichiro, con una escoba en las manos. Ante la respuesta afirmativa, continuó indagando—: ¿Por qué han venido aquí?

—Parece que en la pradera alta han descubierto un yacimiento de molibdeno y ahora comenzarán a excavar…

—¿Ah, sí? ¿Y dónde ha sido eso?

—No lo sé exactamente, pero creo que río arriba, un poco más allá de donde soléis llevar los caballos.

—¿Para qué sirve el molibdeno?

—Pues para hacer aleaciones con hierro y fabricar productos químicos.

—¿También va a trabajar en la mina Matasaburo?

—No se llama Matasaburo; se llama Saburo Takada —corrigió Sataro.

—¡Matasaburo, Matasaburo! —replicó desafiante Kasuke, con la cara encendida.

—Kasuke, como continúes por aquí, nos vas a tener que ayudar a limpiar —amenazó Ichiro.

—¡Oh, no! Ni pensarlo. Hoy os toca a los de quinto y sexto —protestó Kasuke, que salió a toda prisa y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Se volvió a levantar el viento. Los cristales comenzaron a temblar y en el cubo de agua donde

habían enjuagado el trapo de limpieza se formaron pequeñas olas negras.

Dos de septiembre

Al día siguiente, Ichiro se moría por saber si aquel extraño niño iría de verdad a la escuela y tendría que leer libros como los demás, por lo que salió rápidamente de su casa y fue a recoger a Kasuke. Pero este, que todavía tenía más prisa que él, había desayunado a toda velocidad, recogido sus libros y ya lo estaba esperando.

Por el camino fueron hablando sobre su nuevo compañero y, antes de que pudieran darse cuenta, ya habían llegado a la escuela. En el campo de deportes, siete u ocho niños pequeños jugaban al escondite, pero el objeto de su curiosidad todavía no había llegado. Pensando que tal vez estaba en el aula como el día anterior, echaron una ojeada a través de la ventana, pero la habitación estaba desierta y en completo silencio. Las huellas ya secas del trapo con el que ayer habían limpiado la pizarra formaban tenues nubes.

—Todavía no ha llegado —dijo Ichiro.

—Mmm…, eso parece —respondió Kasuke, echando una mirada a su alrededor.

Ichiro se dirigió a una barra de ejercicios escalonada y trepó hasta el extremo derecho, el más alto, como si fuese una serpiente. Allí se quedó esperando sentado, mirando fijamente en la dirección por donde había desaparecido Matasaburo el día anterior. El río corría por el valle como un hilo brillante en las laderas de las montañas. Parecía que soplara el viento por las olas blanquecinas que formaban las altas hierbas. También Kasuke, de pie bajo la barra, aguardaba mirando en la misma dirección. Sin embargo, no tuvieron que esperar mucho rato. De repente, apareció Matasaburo corriendo por el camino de la ribera, con la cartera gris bajo el brazo.

«¡Allí está!» iba a gritar Ichiro a Kasuke, que esperaba bajo el poste, cuando Matasaburo ya había bordeado la orilla del río y se acercaba a la puerta de la escuela.

—¡Buenos días! —dijo con voz clara.

Ambos lo miraron al mismo tiempo, pero no les salió ninguna palabra.

Los niños, que siempre saludaban cortésmente al maestro, no estaban acostumbrados a usar estas expresiones entre ellos. Sorprendidos por el saludo de Matasaburo, se les trabó la lengua y no acertaron sino a responder con un balbuceo.

Esto no pareció preocupar demasiado a Matasaburo, que, tras avanzar dos o tres pasos, se detuvo y recorrió el campo de deportes con la vista, como si buscase alguien con quien jugar. Los compañeros, un poco incómodos por su mirada fija, se enfrascaron más en sus juegos y nadie hizo ademán de acercarse a él. Por un momento, Matasaburo se quedó de pie, como si no supiera qué hacer, pero pronto echó una ojeada al campo de deportes y lo cruzó a grandes pasos, como si los estuviera contando, y se dirigió en línea recta a la entrada de la escuela.

Ichiro se apresuró a bajar de las barras y a reunirse con Kasuke. Ambos se pusieron a observar con atención los movimientos de Matasaburo. Cuando este llegó a la puerta, volvió la vista atrás y se quedó un instante con la cabeza inclinada, como si hiciera un cálculo. Todos lo observaban con atención. Algo compungido, cruzó las manos por detrás y pasó ante la sala de maestros en dirección al río.

Entonces, se levantó un fuerte viento que hizo susurrar las altas hierbas de la ribera al moverse como olas. El polvo del centro del patio del recreo se alzó en una nube hasta la puerta de la escuela y formó un torbellino amarillo en forma de botella invertida, que voló hasta más arriba del tejado.

—¡De veras que es Matasaburo! Cada vez que hace algo, se pone a soplar el viento —gritó Kasuke.

Ichiro, que parecía no entender lo que sucedía, se quedó mirando en silencio. Matasaburo, sin darse por aludido, continuó caminando con paso ligero en dirección a la orilla. En aquel momento apareció el maestro por la puerta, llevando un silbato como de costumbre.

—Buenos días, muchachos —respondió y tras recorrer el campo de deportes con la mirada, tocó el silbato y dio orden a los niños de colocarse en fila.

Todos se alinearon y repitieron la misma operación que el día anterior. También Matasaburo se colocó en el lugar asignado. El maestro parecía estar un poco deslumbrado por el sol, que caía perpendicular sobre el campo, pero fue dando las instrucciones oportunas hasta que todos estuvieron en sus respectivos puestos.

Tras el saludo, se dirigió a sus alumnos.

—Bueno, chicos, a partir de hoy comienzan las clases. Todos habéis traído el material escolar, ¿no? Los de primero y segundo, sacad el libro de caligrafía, la plancha de piedra para hacer tinta china y el papel; los de tercero y cuarto, el libro de cálculo, el cuaderno y el lápiz; y los de quinto y sexto, el libro de lengua japonesa.

En toda el aula se levantó un gran revuelo. Sataro, al lado de Matasaburo, le quitó el lápiz a su hermana menor Kayo, de tercero, sentada frente a él.

—¡Mi lápiz! ¡Me ha quitado el lápiz! —gritó Kayo y se lanzó sobre él para recuperarlo.

—Este lápiz es mío.

Diciendo esto, Sataro se lo metió por la escotadura del quimono. Como un chino que fuera a hacer una reverencia, cruzó los brazos con cada mano dentro de la manga opuesta y pegó el pecho al pupitre.

—No es cierto. El tuyo lo perdiste ayer en la cabaña. ¡Devuélvemelo ahora mismo!

Pese a que Kayo luchó con todas sus fuerzas para rescatar su lápiz, no logró su objetivo. Sataro permanecía inmóvil en la misma posición, como el fósil de un cangrejo. Por fin Kayo, viendo que sus esfuerzos resultaban inútiles, se quedó de pie y, con la boca muy abierta, se puso a llorar a lágrima viva.

Matasaburo, que tenía el libro de lengua japonesa abierto sobre su pupitre, se quedó mirando con preocupación a la niña, por cuyas mejillas rodaban enormes lágrimas. En silencio, colocó su lápiz, del que solo quedaba la mitad, ante los ojos de Sataro.

—¿Me lo das? —preguntó.

Vaciló un instante, pero enseguida inclinó la cabeza para afirmar. Entonces, Sataro sonrió, sacó el lápiz de la escotadura del quimono y lo depositó en la manita sonrosada de Kayo.

El maestro estaba ocupado añadiendo agua a las planchas de piedra para hacer tinta china y preparando la lección de caligrafía de primero, por lo que no se dio cuenta de lo sucedido. Pero Ichiro, que lo había visto todo desde su asiento del fondo del aula, se llenó de indignación.

—Bien, antes del descanso, los de tercero podéis intentar resolver esta resta.

Mientras decía esto, escribió un ejercicio en la pizarra, que los alumnos de este curso se apresuraron a copiar en sus cuadernos. También Kayo, con la cara pegada al suyo, se dispuso a hacer la operación.

—Los de cuarto haced esta multiplicación —continuó diciendo mientras escribía las cifras en la pizarra.

Todos los niños de cuarto, empezando por Sataro, Yoshizo y Kosuke, se pusieron manos a la obra.

—Los de quinto abrid vuestro libro de lectura en la página… y comenzad a leer en silencio. Los caracteres que no entendáis los anotáis en vuestros cuadernos.

También los niños de quinto hicieron lo que les indicó el maestro.

—Ichiro, repasa la página… y haz un resumen de los caracteres que no sepas.

Cuando hubo terminado de dar estas instrucciones, el maestro descendió de la tarima y fue mirando de uno en uno los ejercicios de caligrafía de los más pequeños. Mientras tanto, Matasaburo, con su libro abierto con pulcritud sobre la mesa leyó de un tirón el texto y no anotó ni un solo carácter en su cuaderno. Aunque la cuestión es si no lo hizo por conocerlos todos o porque había regalado su único lápiz a Sataro. Entonces el maestro volvió a la tarima, escribió en la pizarra la solución de las cuentas para los alumnos de tercero y cuarto, añadió otras nuevas y luego empezó a anotar los caracteres que no habían entendido los niños de quinto.

—Bien, Kasuke, lee este texto —dijo.

Se atascó dos o tres veces, pero, finalmente, acabó de leer el fragmento indicado. Matasaburo escuchaba atentamente. También el maestro lo seguía con su libro. Al cabo de diez líneas lo interrumpió.

—Ya es suficiente —dijo, y continuó leyendo él mismo.

Cuando todos hubieron leído, el maestro comenzó a recorrer la clase mientras daba instrucciones para que los colegiales guardaran el material escolar.

—Vamos a tomar un descanso —dijo desde lo alto de la tarima.

Los niños saludaron al maestro, salieron en orden del aula y se pusieron a jugar en pequeños grupos. Durante la segunda hora, todos, desde primero hasta sexto, tuvieron clase de música. Cantaron unas cinco canciones, que el maestro acompañó con la mandolina. Matasaburo las sabía todas, por lo que cantó junto a los demás sin problemas. Antes de que se hubieran podido dar cuenta, ya había finalizado la lección. En la tercera hora, los de tercero y cuarto año aprendieron lengua japonesa; y los de quinto y sexto, cálculo. Igual que lo había hecho anteriormente, el maestro escribió las operaciones en la pizarra. Al cabo de un rato, le tocó a Ichiro salir a resolver las operaciones,

ocasión que aprovechó para echar una mirada a Matasaburo, quien las había escrito en grandes números con un pedacito de carbón.

Cuatro de septiembre, domingo

A la mañana siguiente el cielo estaba muy despejado y el torrente sonaba alegremente en el valle. Ichiro recogió a Kasuke, Sataro y Etsuji, y todos juntos se dirigieron a casa de Matasaburo. Un poco más abajo de la escuela cruzaron el río, y en la orilla cortaron ramas de sauce, las pelaron y se fabricaron látigos que hacían estallar en el aire mientras avanzaban por el camino hacia la pradera alta. Subieron con tanto entusiasmo que pronto se quedaron sin aliento.

—¿Creéis que Matasaburo nos vendrá a buscar hasta la fuente?

—Pues claro que sí. Lo ha prometido.

—¡Uf, qué calor! No iría mal un poco de viento.

—¡Anda! Pues justo ha comenzado a soplar.

—Claro, nos lo habrá enviado Matasaburo.

—¡Mirad, se está nublando!

En efecto, en el cielo comenzaron a aparecer unas pequeñas nubes blancas. Habían subido mucho, tanto que sus casas se veían al fondo del valle y también la techumbre de la cabaña de madera, blanca y brillante, junto a la casa de Ichiro. El camino se adentró en el bosque y se volvió umbrío. Los árboles ocultaron el paisaje. Pronto estuvieron cerca de la fuente donde se habían citado.

—¡Eh! ¿Ya habéis llegado? —gritó Matasaburo desde algún lugar.

Todos se dirigieron velozmente hacia donde venía la voz. En un recodo del camino estaba Matasaburo, mirando con los labios firmemente cerrados cómo sus compañeros se acercaban. Y por fin lo alcanzaron. Estaban tan cansados que se quedaron jadeando unos momentos, tratando de recuperar el aliento. Kasuke y los demás miraron impacientes al cielo mientras respiraban ruidosamente. Matasaburo se rio a carcajadas.

—¡Cuánto habéis tardado! ¿Sabéis? Es posible que hoy llueva.

—Pues vayamos rápido. Pero antes tengo que beber agua —dijo Kasuke.

Todos, secándose el sudor, se pusieron en cuclillas y bebieron grandes tragos del agua fresca que brotaba de la roca blanca, usando las manos en forma de cuenco.

—Mi casa está cerca de aquí, en la parte más alta del valle. A la vuelta podemos pasar por allí.

—Sí, pero antes vayamos a la pradera.

Se pusieron en marcha. La fuente emitió un gorgoteo como de saludo y también los árboles hicieron susurrar sus hojas. Los niños caminaron entre los matorrales al pie del bosque y, cuando hubieron dejado atrás varios trechos desmoronados en la pared de roca, ya casi habían alcanzado la pradera alta. Al llegar, volvieron la cabeza en la dirección que habían venido y luego miraron hacia el este.

Las colinas se alineaban a lo largo del río, algunas iluminadas por el sol; otras, en la sombra. Más allá se extendía la pradera, que en su extremo más alejado se veía azul y borrosa.

—¡Anda, mirad! Pero si allí se ve el río.

—Parece el cinturón del dios de templo de Kasuga —dijo Matasaburo.

—No me digas que has visto el cinturón de un dios.

—Pues claro que sí. En Hokkaido.

Nadie entendió a qué se refería Matasaburo y continuaron caminando en silencio. Por fin llegaron a la pradera alta. Entre la hierba cortada surgía un vetusto castaño cuyo tronco y ramas quemados tenían la forma de una gran cueva negra. De una de las ramas colgaban una cuerda vieja, unas sandalias de paja rotas y otros objetos.

—Un poco más allá es donde cortan la hierba. También están los caballos —dijo Ichiro, avanzando por el camino que se abría recto entre los montones de hierba cortada.

—¡Ah, ya entiendo! Aquí no hay osos, por eso pueden dejar los caballos sueltos —comentó Matasaburo, que caminaba tras él.

Más adelante apareció un gran roble, al pie del cual había un saco y gruesos haces de hierba segada esparcidos. Dos caballos, que llevaban una carga en sus lomos, comenzaron a resoplar cuando vieron a Ichiro.

—Hermano, ¿estás por aquí? ¡Ya hemos llegado! —gritó Ichiro enjugándose el sudor.

—¡Eh, hola! Aquí estoy. Ahora voy —les llegó una voz desde una hondonada cercana al camino. Justo en el momento en que el sol comenzaba a lucir con más fuerza, el hermano mayor apareció riendo entre la hierba.

—Ah, ya estás aquí con tus amigos. Cuando regreséis, ¿podéis llevaros los potros? Hoy va a nublarse por la tarde y todavía tengo que terminar de segar la hierba. Si queréis, jugad por aquí, pero no vayáis más allá de la ribera. En el prado hay unos veinte caballos.

El hermano mayor de Ichiro ya se estaba alejando cuando volvió la cabeza y repitió:

—No vayáis más lejos de la ribera, que si os perdéis es peligroso. Yo volveré al mediodía.

—¡No te preocupes! —respondió Ichiro a su hermano, que se alejó y pronto desapareció de la vista.

El cielo se estaba cubriendo de finas nubes y el sol parecía un espejo blanco que se alejaba rápidamente en dirección opuesta a ellas. Empezó a soplar el viento y las hierbas todavía sin cortar se balancearon formando olas. Ichiro continuó andando por el mismo camino estrecho de antes, pero pronto llegó a la ribera, cortada en un trecho y cerrada con dos troncos.

—Espera, que voy a apartarlos —dijo Kasuke, al ver que Kosuke iba a pasar por debajo.

Entonces levantó el extremo de uno de ellos y lo dejó apoyado en el suelo. Todos saltaron sobre el tronco restante y entraron en el prado donde se encontraban los caballos. En un pequeño promontorio, un poco alejado de la entrada, se agrupaban siete caballos de resplandeciente color castaño que hacían ondear con suavidad sus largas colas.

—Estos cuestan por lo menos mil yenes cada uno. No me extrañaría nada que el próximo año comenzaran a correr en las carreras —dijo Ichiro, acercándose a los animales.

Los caballos, que hasta ahora tenían un aspecto un poco solitario, se aproximaron a los chicos como si quisieran alguna cosa.

—¡Claro, si quieren sal! —se dijeron los unos a los otros mientras ofrecían las palmas de sus manos para lamer.

Solo Matasaburo, que no parecía estar muy acostumbrado a ellos, se metió las manos en los bolsillos con cara de susto.

—¿Cómo? ¡Pero si a Matasaburo le dan miedo los caballos! —exclamó Etsuji.

—¡No es cierto! —se apresuró a responder y, para demostrarlo, extendió la palma ante el hocico del caballo, que estiró el cuello y sacó su lengua cuan larga era. Matasaburo palideció y se metió la mano en el bolsillo rápidamente.

—¡Pero qué increíble! De veras que les tiene miedo.

A Matasaburo se le encendió la cara de bochorno y se quedó sin saber qué hacer un momento.

—¿Qué os parece si hacemos carreras de caballos? —propuso por fin. Ninguno de sus compañeros pareció entender a qué se refería.

—Yo he jugado muchas veces —comenzó a explicar Matasaburo—. Pero estos no tienen silla y no los podemos montar, de modo que a cambio elegiremos uno cada uno y lo perseguiremos. El primero que llegue hasta aquel árbol grueso gana.

—Parece interesante —dijo Kasuke.

—Si nos pillan en el prado de los caballos, nos van a regañar.

—No te preocupes. Si han de correr en las carreras el próximo año, es mejor que empiecen a entrenarse ya —tranquilizó Matasaburo a su compañero.

—Bueno. Yo quiero ese.

—Pues yo aquel.

—Entonces, yo me quedaré con este.

Una vez acordado el reparto de los caballos, los niños comenzaron a golpearlos ligeramente con ramas de sauce y tallos de hierbas, mientras gritaban para ponerlos en marcha. Pero los animales no se movieron. Continuaron con el cuello inclinado hacia abajo, mordisqueando la hierba, o estirándolo como para ver mejor el paisaje. Entonces, Matasaburo pegó unas fuertes palmadas y gritó con todas sus fuerzas. Los siete caballos salieron al trote con sus crines alineadas.

—¡Muy bien! —exclamó Kasuke, que salió disparado tras ellos.

Sin embargo, aquello no tenía la más mínima semejanza con una carrera. En primer lugar, nadie había decidido con exactitud el punto de meta y, además, la velocidad de los caballos no pasaba de un trote ligero. Esto no parecía importar demasiado a los niños, que corrían detrás gritando con entusiasmo. Al poco rato de haber comenzado la carrera, pareció que se fueran a parar y todos redoblaron la fuerza de sus gritos. Inesperadamente, los animales dieron media vuelta y se dirigieron hacia la parte cortada de la ribera, por la que habían entrado los niños.

—¡Los caballos van a escapar! ¡Tenemos que pararlos! —gritó Ichiro, pálido del susto.

Los animales continuaron avanzando hacia la entrada. Ichiro corrió desesperado tras ellos gritando «¡Soo, soo!», pero cuando llegó a la abertura de la cerca y abrió los brazos para detenerlos,

dos ya habían huido.

—¡Venid rápido! Tenemos que recuperarlos —gritó con la respiración entrecortada mientras colocaba el palo superior en su posición original.

Los tres pasaron por debajo de la cerca con grandes prisas. Los caballos huidos estaban parados más allá de la ribera, arrancando tranquilamente bocados de hierba.

—Voy a atraparlo. Tranquilo…

Mientras decía esto, Ichiro sujetó al animal con firmeza por la brida. Kasuke y Matasaburo se acercaron al otro caballo para hacer lo mismo, pero se asustó mucho y salió a todo galope a lo largo de la ribera hacia el sur.

—¡Que se escapa! ¡Hermano, que se escapa de verdad! —gritaba Ichiro, corriendo con todas sus fuerzas, seguido por Matasaburo y Kasuke.

Esta vez parecía que realmente se iba a perder. Se alejaba veloz, apareciendo y desapareciendo entre hierbas tan altas como él.

Al cabo de un rato, a Kasuke se le empezaron a doblar las piernas y ya no supo ni hacia dónde ni cómo corría. Se puso pálido, le dio vueltas la cabeza y se desplomó entre las hierbas. Lo último que vio fugazmente fueron las crines de color castaño del caballo y el sombrero blanco de Matasaburo, que seguía persiguiéndolo. Tumbado de espaldas, Kasuke se quedó contemplando el cielo que giraba y brillaba blanquecino. Unas nubecillas gris pálido se acercaron con rapidez. Tan solo oía los latidos de su corazón. Por fin pudo levantarse y, todavía con la respiración entrecortada, se puso a caminar en la dirección que se había alejado el caballo. El paso del animal y de Matasaburo había formado entre la hierba un tenue caminito. Kasuke comenzó a reírse.

«Pero ¿para qué correr? Tarde o temprano se cansará y se quedará parado», pensó, y continuó siguiendo las huellas con gran atención.

Apenas había avanzado cien pasos cuando, al llegar a un macizo de valerianas y espléndidos cardos de gran altura, el camino se separó en dos o tres. Kasuke se quedó desconcertado y ya no supo por dónde seguir.

—¡Eh, eh, eeeh! —gritó.

Desde algún lugar pareció llegar la voz de Matasaburo. Decidido, comenzó a caminar por el centro, evitando los lugares demasiado empinados por los que no podía haber subido el caballo. El cielo se volvió oscuro y pesado, y el lugar quedó pronto cubierto por la bruma. Un viento frío comenzó a soplar entre las hierbas y enseguida pasaron raudas las nubes y la niebla entrecortada.

—Vaya, se está poniendo fea la cosa. Seguro que va a ocurrir algo malo —-pensó.

En efecto, de repente desapareció el rastro dejado por el caballo.

—Ahora sí que voy listo —se asustó y le dio un vuelco el corazón.

Las altas hierbas restallaban y susurraban alternativamente, envolviéndolo por completo. La niebla se volvió más y más espesa. Pronto tuvo la ropa empapada.

—¡Ichiro! ¡Ichiro, ven aquí! —gritó Kasuke con todas sus fuerzas.

Pero no recibió respuesta alguna. La niebla era ya tan espesa, que las gotas parecían el polvo de tiza que cae de la pizarra. De repente, un silencio sombrío lo envolvió todo y solo le llegó un sonido

de goteo entre el herbaje. Volvió sobre sus pasos para regresar a toda prisa hacia donde estaban sus compañeros. Pero pronto se dio cuenta de que andaba por un camino distinto. Primero, los cardos no podían verse por ninguna parte; luego, aquí y allá, entre las altas hierbas había fragmentos de rocas que antes no había visto. Además, apareció ante sus ojos un valle desconocido, del que llegaba un extraño murmullo. La niebla que lo cubría en parte le daba el aspecto de no tener fondo. Cuando soplaba el viento, las espigas de los cañizos parecían finas manos que saludaran, ora al este, ora al oeste o al sur. Muy asustado, cerró los ojos y volvió la cabeza. Rápidamente dio media vuelta.

Entonces, vio entre las hierbas un sendero negro formado por las huellas de muchos caballos. Con una sonrisa de alivio se apresuró a seguirlo. Sin embargo, el camino traicionero tan pronto alcanzaba apenas un palmo de anchura como un metro o giraba bruscamente. Justo al llegar a la cima de una amplia colina, frente a un gran castaño quemado, el sendero se dividía en varios tenues brazos. Aquel lugar daba la impresión de ser donde se reunían los caballos. A través de la niebla, tenía el aspecto de una plaza redonda. Kasuke, decepcionado, se dispuso a regresar por donde había venido. Cuando soplaba el viento, las espigas de los cañizos, que hasta ahora se balanceaban con suavidad, se inclinaban todas bruscamente en la misma dirección como si alguien les hubiera hecho una señal.

De repente, oyó un extraño sonido y el cielo se iluminó. Entonces apareció entre la niebla un enorme objeto negro que parecía una casa. Se detuvo durante unos momentos, desconfiando de sus propios ojos. Pero, al fin, convencido de que se trataba de una vivienda, se aproximó indeciso. Resultó ser tan solo una fría roca negra. El cielo blanquecino comenzó a dar vueltas. Las hierbas se sacudieron el rocío con violencia.

«Si por equivocación bajamos la pradera en aquella dirección, tanto Matasaburo como yo podemos morir», pensó en voz alta.

—¡Ichiro! ¿Estás por aquí? ¡Ichiro! —gritó Kasuke.

El cielo se iluminó de nuevo. Pareció que las hierbas se alegrasen y lanzaran un suspiro de bienestar.

«El hombre de la montaña ha atrapado al hijo del ingeniero electrónico de Isado y lo ha atado de pies y manos».

Le pareció oír claramente de nuevo aquella historia que alguna vez le habían contado.

El pequeño camino negro desapareció de improviso y todo quedó en el más completo silencio. Luego comenzó a soplar un fuerte viento. El cielo cubierto pareció ondear como una bandera y en él saltaron las chispas. Kasuke se desplomó entre las hierbas. Todo lo sucedido le parecieron acontecimientos lejanos.

Entonces vio frente a él a Matasaburo, sentado con las piernas estiradas mirando el cielo. Vestía la chaqueta gris de siempre, pero encima llevaba una capa de cristal y los zapatos eran del mismo material. Sobre la espalda de Matasaburo se reflejaba la sombra verde de un castaño y, a su vez, la sombra de él se recortaba en la hierba. El viento continuaba soplando con fuerza. Matasaburo estaba quieto como una estatua, sin reírse ni hablar. Permanecía en silencio con los labios firmemente cerrados. De improviso, salió volando con su brillante capa de cristal.

Entonces Kasuke volvió en sí. La niebla gris cruzaba velozmente ante sus ojos. El caballo se hallaba junto a él, pero parecía un poco asustado de su mirada y tenía la cabeza vuelta hacia otra parte. Se levantó de un salto y sujetó al animal por la placa de su nombre. Pronto apareció Matasaburo, con los labios apretados como siempre, aunque habían perdido su color. Kasuke permaneció donde estaba, temblando violentamente.

—¡Eeeh! —se oyó la voz del hermano de Ichiro, que llegaba de algún lugar entre la niebla. En el cielo retumbaban los truenos.

—¡Eh, Kasuke! ¿Dónde estás? —gritó también Ichiro.

Kasuke se puso a saltar de alegría.

—¡Eeeh! ¡Aquí estoy! ¡Ichiro! ¡Eeeh!

Ichiro y su hermano mayor pronto estuvieron a su lado. Kasuke se echó a llorar.

—Te hemos estado buscando. ¡De buena te has salvado! Pero si estás empapado…

El hermano de Ichiro con sus manos expertas sujetó el caballo por el cuello y le colocó las bridas.

—Bueno, vámonos.

—Vaya susto, ¿eh, Matasaburo? —dijo Ichiro.

Matasaburo asintió en silencio.

Todos siguieron al hermano y, tras cruzar una suave colina, alcanzaron un amplio camino por el que anduvieron durante un rato. Dos relámpagos iluminaron el cielo con su luz blanca. Les llegó un olor a hierba quemada y pronto vieron humo entre la niebla.

—¡Abuelo, lo hemos encontrado! ¡Ya estamos todos! —gritó el hermano de Ichiro.

—Pues menos mal. Vaya susto que hemos tenido. Kasuke, tendrás frío, ¿no? Vamos, entra —invitó el abuelo.

Kasuke, al igual que Ichiro, era nieto suyo.

Al pie de un castaño medio quemado se levantaba una pequeña choza frente a la cual ardía alegremente una hoguera. El hermano de Ichiro ató el caballo a un roble. El animal relinchó.

—¡Pobre chico! Habrás llorado mucho. ¡Ah, pero eres valiente como un auténtico hijo de minero! Bueno, comed estos dulces de arroz. Vamos, comed. Voy a asar algunos más. Pero ¿hasta dónde diablos has ido?

—Hasta el extremo de Sasanagane —respondió el hermano en lugar de Kasuke.

—Pues aquel es un lugar muy peligroso. Muy peligroso. Tanto los hombres como los caballos, si bajan por allí, ¡se acabó! —explicó el abuelo—. ¡Eh, Kasuke! Come este dulce de arroz. Tú, chico, también. Comed todos.

—Abuelo, ¿quieres que guarde el caballo?

—No, no, que si viene el granjero, volverá a quejarse. Espera un poco. Pronto se despejará.

—¡Vaya, qué susto nos has dado! —prosiguió el abuelo.

—Te fui a buscar hasta el pie de la montaña del Tigre. ¡Ah, qué suerte que has vuelto sano y

salvo! Además, pronto se va a despejar.

—¡Con el buen tiempo que hacía esta mañana!

—Sí, pero enseguida aclarará. ¡Vaya, ya ha comenzado a entrar agua!

El hermano de Ichiro salió fuera. La paja del techo susurraba con el viento. El abuelo la contempló riéndose.

—Abuelo, ya ha mejorado el tiempo —dijo el hermano de Ichiro, entrando de nuevo.

—¡Ah, es cierto! Vosotros quedaos al lado del fuego, que yo todavía tengo que cortar hierba.

En un santiamén, desapareció la niebla casi por completo y el sol comenzó a brillar. Ya había bajado hacia el oeste y las hilachas de neblina, flotando en el cielo, brillaban como con desgana al igual que goterones de cera. El rocío en las hierbas lanzaba destellos luminosos y todas las hojas, tallos y flores parecían querer impregnarse de la luz otoñal. Al oeste, la lejana pradera que hasta ahora tenía un aspecto triste y lloroso, aparecía risueña y lucía con todo su esplendor. Los castaños brillaban rodeados de una aureola verde.

Los niños, ya cansados, emprendieron el camino de regreso, precedidos por Ichiro. Cuando llegaron a la fuente, Matasaburo, todavía en silencio y con los labios bien cerrados, se separó de ellos y regresó a la cabaña donde vivía su padre.

—Sin duda es el genio del viento —contestó Kasuke mientras caminaba—. Bueno, quizá el hijo del dios del Viento. Y allá viven los dos.

—No digas tonterías —replicó Ichiro con determinación.

Cinco de septiembre

Al día siguiente amaneció lloviendo, pero a partir de la segunda clase fue aclarando y, cuando llegaron los diez minutos de descanso al final de la tercera hora, el cielo estaba de un azul resplandeciente. Solo algunos cirrocúmulos se dirigían velozmente hacia el este. De las nubes que antes cubrían las altas hierbas y los castaños no quedaba más que una tenue niebla.

—¿Vamos a buscar uvas cuando se termine la clase? —propuso Kosuke a Kasuke en voz baja.

—¡Vamos, vamos! —respondió con entusiasmo—. ¿Quieres venir, Matasaburo?

—¡Eh, no voy a mostrarle mi lugar secreto!

—¡Claro que voy! —aceptó Matasaburo, como si no hubiera oído la protesta—. Cuando vivía en Hokkaido, iba muchas veces a buscar uvas silvestres. Mi madre solía preparar vino con ellas.

—Si vais a coger uvas, yo también quiero ir —se apresuró a intervenir Shokichi, de segundo, que había escuchado la conversación.

—Ni pensarlo. A ti sí que no te muestro el lugar secreto que descubrí yo solo el año pasado.

Todos esperaron con impaciencia a que finalizaran las clases. Cuando por fin terminó la quinta hora, Ichiro, Kasuke, Sataro, Kosuke, Etsuji y Matasaburo salieron en grupo de la escuela y se dirigieron

río arriba. Al poco rato pasaron ante una casa techada de paja, frente a la que se extendía un campo de tabaco. Las hojas inferiores ya habían sido arrancadas y los verdes tallos aparecían cuidadosamente alineados, formando un pequeño bosque.

—¿Qué son estas plantas? —preguntó Matasaburo, a la vez que arrancaba una hoja y se la mostraba a Ichiro, que se puso pálido de susto.

—¡Oh, no! ¡Matasaburo! ¿No sabes que si se arranca alguna hoja de las plantas de tabaco, el representante de la oficina estatal se enoja mucho? ¿Por qué lo has hecho?

Todos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—El representante de la oficina estatal cuenta las hojas una por una y anota las cifras en un cuaderno.

—¡Oh, yo no quiero saber nada!

—Ni yo.

—Yo tampoco.

Matasaburo se puso colorado y se quedó mirando hacia todos lados mientras pensaba en una respuesta.

—¡La arranqué porque no lo sabía! —contestó en tono malhumorado.

Los niños estaban mirando a la casa, por si alguien los había visto. Pero, al otro lado del campo de tabaco, aparecía medio oculta por la niebla y estaba en completo silencio, como si no hubiera nadie en ella.

—¡Ah!, ¿no es esa la casa de uno de los pequeños de primero? —observó Kasuke, en tono tranquilizador.

Kosuke, a quien desde el principio no le había gustado la idea de compartir con Matasaburo su lugar secreto, continuó metiéndose con él:

—El que no lo supieras no cambia la cosa. ¿Cómo lo vas a hacer para compensar por la hoja arrancada?

Matasaburo se volvió a quedar pensativo, con cara de preocupación.

—Bueno, pues devolveré la hoja —decidió y la colocó con cuidado al pie de la planta.

—Vámonos, deprisa —dijo Ichiro y se puso a caminar con paso ligero.

Todos lo siguieron menos Kosuke, que se quedó rezagado murmurando: «Yo no quiero saber nada. Además, Matasaburo ya ha devuelto la hoja». Al fin se puso en marcha y pronto se unió a sus compañeros, que continuaban avanzando raudos. Tras subir un poco montaña arriba por un camino entre altas hierbas, se dirigieron hacia el sur. En una hondonada crecían los castaños y un poco más abajo se extendían silenciosos los arbustos de uvas silvestres.

—Este es mi lugar secreto. ¡Pero no vayáis a recoger demasiadas, eh! —advirtió Kosuke.

—Yo voy a buscar castañas —dijo Matasaburo.

Entonces se agachó, cogió una piedra y la lanzó a una rama. De ella cayó un erizo verde. Con la ayuda de un palo abrió la espinosa cascara y por fin aparecieron dos blancas castañas. Los demás estaban entusiasmados cogiendo uvas.

Al cabo de un rato, Kosuke se encaminaba hacia otro arbusto cuando, al pasar bajo el castaño, le

cayó una lluvia de rocío que lo dejó empapado. Sorprendido, levantó la vista hacia arriba y vio a Matasaburo, que se reía mientras se secaba la cara con la manga.

—¿Qué diablos estás haciendo, Matasaburo? —dijo, lanzando una mirada furiosa hacia la copa del árbol.

—Ha sido el viento —respondió desde arriba, esforzándose por contener la risa.

Kosuke se alejó de árbol y continuó recogiendo uvas en otro arbusto. Ya había recogido tantas que casi no se las podía llevar y su boca, teñida de morado, parecía muy grande.

—No sé si voy a poder llevármelas toda —dijo Ichiro.

—Pues yo todavía he recogido más —añadió Kosuke.

Justo en este momento, una nueva lluvia de rocío cayó sobre su cabeza. Miró hacia arriba, pero esta vez no lo vio. Sin embargo, entre las ramas de otro árbol un poco alejado atisbo el codo de la chaqueta gris de Matasaburo y oyó su risa. Kosuke se llenó de indignación.

—¡Matasaburo! Los genios del viento como tú mejor que no existan en este mundo —acertó por fin a decir, mirando fijamente a su adversario.

—Lo siento, Kosuke —dijo muriéndose de risa.

Kosuke quería continuar metiéndose con Matasaburo, pero estaba tan enojado que no se le ocurría nada nuevo, por lo que volvió a decir lo mismo que antes.

—Ya te dije que lo siento. Además, la culpa es tuya, que te has estado metiendo todo el rato conmigo —se disculpó con los ojos chispeantes, con un poco de lástima por él.

Sin embargo, no logró apaciguar la ira de su compañero, que repitió por tercera vez la misma frase. Matasaburo volvió a reírse con ganas.

—¿Qué quieres decir con que mejor que no existan los genios del viento en este mundo? A ver, dame una buena razón —desafió a Kosuke, con el dedo índice levantado como si fuera un maestro.

El niño pareció un poco agobiado, pero, tras reflexionar unos instantes, respondió:

—Los genios del viento no hacen más que jugar malas pasadas. Por ejemplo, destrozan los paraguas.

—¿Y qué más? —Matasaburo, divertido, se animó a preguntar.

—También quiebran y echan abajo los árboles.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más y qué más?

—Destruyen las casas.

—¿Y qué más?

—Apagan las luces.

—¡Oooh! ¿Y además?

—Arrebatan los sombreros a la gente.

—¿Y qué más?

—También echan a volar los sombreros de bambú.

—¿Y qué más?

—Arrancan los tejados.

—¡Ja, ja, ja! El tejado es parte de la casa. Ya lo has dicho antes. ¿Todavía tienes algo que decir?

—Eeeh… Además… ¡También apagan las lámparas!

—¡Ja, ja, ja! Las lámparas están incluidas en las luces. ¿Y qué más y qué más?

Kosuke ya no supo qué añadir. Ya había dicho todo lo que tenía que decir y por más que pensase no se le ocurría nada nuevo. Matasaburo, con el dedo levantado y divirtiéndose a más no poder, continuaba preguntando.

—Dime, ¿y qué más? Soy todo oídos.

Kosuke se puso colorado y, tras pensar un rato, finalmente respondió:

—Destrozan los molinos de viento.

Al oír esto, Matasaburo empezó a revolcarse de risa. Los demás, contagiados, lo imitaron.

—¡Mirad, ha dicho «los molinos de viento»! —repitió Matasaburo cuando logró recuperar un poco la compostura—. ¿Qué harían los molinos de viento sin viento? Es cierto que algunas veces los destroza, pero son muchas más las que dan vueltas gracias a él. ¿O es que podrían existir los molinos de viento sin el viento? No puedes añadir esto a la lista de cosas que has dicho. ¡Pero cómo se te ocurre decir una tontería parecida!

Y volvió a reírse tanto que hasta se le cayeron las lágrimas. Kosuke, que se había enojado tanto, fue recuperando su buen humor y terminó uniéndose a las risas de sus compañeros.

—Kosuke, perdona que te haya estado fastidiando —se volvió a disculpar Matasaburo.

—¡Bueno, vámonos ya! —dijo Ichiro, y entregó cinco racimos de uva a este último. Matasaburo dio dos castañas a cada uno. Todos bajaron juntos hasta un cruce de caminos, donde se separaron y cada uno regresó a su casa.

Siete de septiembre

Al día siguiente, la niebla era tan espesa, que la colina de detrás de la escuela se veía como una silueta borrosa.

Pero, igual que la víspera, a partir de la segunda hora se empezó a despejar hasta que el cielo quedó completamente azul y el sol brilló con todo su esplendor. Al mediodía, después de que los niños de primero, segundo y tercero hubieran terminado las clases, hacía tanto calor como si fuera verano.

Durante la clase de la tarde, el maestro revisaba desde la tarima los ejercicios de caligrafía de los alumnos de cuarto y los de dibujo de los de quinto y sexto, secándose de vez en cuando el sudor. Hacía un calor húmedo y el hombre daba cabezadas mientras escribía. Cuando terminó la escuela, todos se dirigieron hacia el río.

—Matasaburo, ¿quieres venir a nadar? —preguntó Kasuke—. Los pequeños ya han ido hacia allí.

Aceptó la invitación y se unió a ellos. El sitio hacia donde fueron estaba río abajo, un poco más allá del camino que habían tomado para ir a la pradera alta. Por la derecha, en el punto donde la orilla se ensanchaba un poco, llegaba otro río. Y algo más abajo crecía una enorme acacia al borde de un barranco.

—¡Eeeh!

Los niños que habían llegado antes gritaron, agitando las manos. Ya se habían desvestido.

Ichiro y sus compañeros salieron disparados como si hicieran una carrera, se quitaron la ropa en un instante, se lanzaron al agua y cruzaron el río en diagonal hacia la orilla opuesta, chapoteando ruidosamente con las piernas. Los demás, que habían permanecido jugando en la orilla, salieron enseguida tras ellos. Matasaburo se había quedado un poco rezagado, pero pronto también desistió y se unió a sus compañeros. Ya en medio del agua soltó una carcajada. Ichiro, que ya había alcanzado la orilla opuesta, tenía el pelo como el de una foca, los labios azulados y temblaba de pies a cabeza.

—¡Oye, Matasaburo! ¿De qué te reías? —preguntó cuando salió del agua temblando tanto como él.

—¡Brrr…! ¡Qué fría está el agua de este río! —se limitó a exclamar.

—Dime, Matasaburo, ¿de qué te reías?

—Vosotros nadáis de un modo muy raro. ¿Por qué chapoteáis tanto con las piernas? —explicó, entre risas.

Ichiro pareció un poco abochornado, pero pronto se recuperó y propuso:

—¡Juguemos a buscar la piedra! —mientras recogía del suelo una piedra blanca y redonda.

—Sí, ¡juguemos, juguemos! —gritaron todos.

—Bueno, yo la tiraré desde aquel árbol —dijo Ichiro, que se encaminó a la acacia al borde del barranco y trepó a ella—. ¡Eh! Voy a tirarla. Uno… dos… ¡tres!

Dejó caer la piedra blanca en un profundo remanso del río. Todos se tiraron al agua de cabeza, con la intención de conseguirla primero. Al bucear hacia el fondo, sus cuerpos parecían los de pálidas nutrias. Pero antes de llegar a su objetivo, se les terminaba el aire y, ahora uno, luego otro, salían a la superficie a respirar.

Matasaburo se quedó observando con atención a sus compañeros y cuando los demás hubieron salido a flote, se zambulló. Sin embargo, pronto tuvo que volver a la superficie sin haber conseguido alcanzar el fondo. Todos soltaron una gran risotada.

En aquel momento aparecieron cuatro adultos en la orilla opuesta del río, junto a una acacia de flores rojas. Se habían desvestido y, con una red a cuestas, se acercaron hacia donde estaban los muchachos. Ichiro, desde arriba del árbol, llamó en voz baja a sus compañeros.

—¡Eh! Van a dinamitar. Finjamos que no hemos visto nada y vamos a jugar a otra parte, río abajo.

Todos se alejaron nadando, haciendo un gran esfuerzo para no mirar. Antes de bajar del árbol, Ichiro se colocó la mano sobre la frente a modo de visera y echó otra buena ojeada a los recién llegados. Entonces se tiró de cabeza al remanso, donde antes había dejado caer la piedra blanca, buceó unos instantes y en un abrir y cerrar de ojos ya había alcanzado a los demás. Al llegar a un lugar menos profundo, se pusieron de pie sobre el lecho del río.

—Juguemos sin mostrar que nos hemos dado cuenta —dijo Ichiro.

Unos se dedicaron a buscar piedras de afilar y otros a perseguir a los aguzanieves, como si no hicieran el más mínimo caso de los hombres que se estaban preparando para dinamitar.

Desde el borde del remanso, Shosuke, que había trabajado de minero en algún lugar río abajo, se

quedó unos momentos mirando en todas direcciones y se sentó con las piernas cruzadas sobre los guijarros de la orilla. Luego, con toda tranquilidad, sacó una tabaquera de su faja, se puso la pipa entre los dientes y comenzó a echar bocanadas de humo. Todos observaron extrañados, pero enseguida se sacó otro objeto de la faja.

—¡Van a dinamitar, van a dinamitar! —gritaron todos.

Ichiro, agitando los brazos, los hizo callar.

En silencio, aplicó el fuego de su pipa al objeto. El otro hombre, detrás de él, se metió en el agua con la red extendida. Shosuke, de pie en la orilla con una pierna dentro del río, sin prisas, lanzó el objeto al remanso bajo la acacia. Enseguida se oyó una explosión que levantó una masa de agua y un sonido agudo quedó suspendido en el aire unos instantes. Todos los hombres se metieron en el agua.

—La corriente arrastra los peces. ¡Cogedlos todos! —dijo Ichiro.

Al momento, Kosuke atrapó un coto del tamaño de un dedo meñique que flotaba sobre el costado arrastrado por la corriente. Kasuke, con la cara colorada, lanzó un grito de júbilo: había cogido una tenca de casi veinte centímetros. Todos se la pasaron de mano en mano, rebosantes de satisfacción.

—¡Silencio, silencio! —ordenó de nuevo.

En la blanca orilla opuesta, seis adultos, vestidos solo con camisa, estaban corriendo. Entonces llegó un hombre ataviado con una camisa de encajes, al galope en un caballo sin silla de montar, como si fuera un personaje de película. Había oído la detonación y venía a ver lo sucedido. Shosuke se quedó un momento de pie, con los brazos cruzados, observando el río.

—¡Vaya, aquí no hay ni sombra de peces! —concluyó.

Matasaburo, sin que nadie se diera cuenta, había aparecido de súbito al lado de Shosuke.

—Te los devuelvo —dijo, lanzando dos tencas medianas a sus pies, sobre los guijarros de la orilla.

—¿Se puede saber quién diablos eres tú? —replicó Shosuke, mirándolo fijamente.

Matasaburo regresó en silencio hacia donde estaban sus compañeros, que se morían de risa. Shosuke lo observó con cara de extrañeza y, sin decir ni una palabra, se dirigió río arriba, seguido de los otros hombres. El visitante de la camisa de encajes volvió a montar en su caballo y partió al galope.

Kosuke nadó hacia donde Matasaburo había dejado los peces y los recogió. De nuevo, todos se rieron con ganas.

—¡A río revuelto, ganancia de pescadores! —gritó alegremente Kasuke saltando sobre la arena de la orilla.

Entre todos construyeron con piedras un pequeño estanque para que los peces se mantuvieran vivos pero no se escaparan. Después regresaron río arriba hacia su lugar de juego, bajo el gran árbol. Hacía tanto calor, que hasta la acacia de flores rojas tenía las hojas flácidas como en un día de verano y el cielo parecía un lago sin fondo.

—¡Voy a destrozar el estanque! —gritó alguien de repente.

Entonces vieron a un hombre de nariz larga, vestido con ropas occidentales y calzado con sandalias de paja. Llevaba un bastón en la mano y con él se dedicó a revolver el agua de los peces.

—¡Anda, es el de la oficina estatal! —dijo Sataro.

—Se ha enterado de que arrancaste una hoja de tabaco y ha venido a buscarte —agregó Kosuke.

—¿Y qué? A mí no me da miedo —replicó Matasaburo, con los labios apretados.

—¡Escondámoslo! —ordenó Ichiro.

Entre todos lo empujaron hasta el centro de la copa de la acacia y se sentaron entre las ramas, alrededor de él. El hombre continuó caminando en dirección a ellos, chapoteando por la orilla.

—Ya viene, ya viene… —exclamaron conteniendo la respiración.

Pero aquel hombre no perseguía a Matasaburo, sino que había venido a investigar, atraído por el sonido de la explosión. Pasó de largo y pareció que iba a cruzar por un vado, algo más arriba del remanso. Sin embargo, en lugar de atravesar, empezó a avanzar y retroceder, como para lavar las sandalias de paja y las polainas. Poco a poco se les pasó el miedo y se empezaron a indignar contra él.

—Yo voy a decirle algo y, cuando cuente hasta tres, vosotros hacéis lo mismo, ¿entendido? —decidió Ichiro—. ¡Eeeh! ¡No enturbies el agua del río! ¿No sabes que el maestro está cansado de repetirlo? Uno, dos, tres…

—¡No enturbies el agua del río! ¿No sabes que el maestro está cansado de repetirlo? —corearon los demás a grandes voces.

Sorprendido, el hombre miró hacia el lugar de donde venían las voces, pero no vio nada. Se quedó perplejo, sin entender lo que pasaba.

—¡No enturbies el agua del río…! —volvieron a gritar.

El hombre ponía la boca como si estuviera lanzando bocanadas de humo.

—¿Qué pasa? ¿Es que beben el agua del río por aquí? —preguntó.

—¡No enturbies el agua del río…!

Disimulando su precipitación, cruzó el río lentamente a propósito y, como si fuera un explorador de los Alpes, trepó en diagonal por un barranco de arcilla cubierto de moho y guijarros rojizos hasta el campo de tabaco más arriba.

—Pero ¿quién dijo que me venía persiguiendo a mí? —dijo Matasaburo y se zambulló de cabeza en el remanso.

Todos se sintieron apenados tanto por aquel hombre como por Matasaburo y, un poco tristones, fueron bajando del árbol. Luego nadaron hacia donde habían dejado los peces; unos envolvieron los suyos en una toalla, otros se los llevaron en la mano, y todos regresaron a sus respectivas casas.

Ocho de septiembre

A la mañana siguiente, antes de comenzar la clase, todos estaban en el campo de deportes jugando a las barras o al escondite. Sataro llegó un poco más tarde con una pequeña cesta de bambú en los brazos, cuyo contenido escondía con la manga del quimono.

—¿Qué llevas ahí, qué llevas? —le preguntaron los demás, que habían corrido a su lado para

echar una ojeada.

Sataro, con la cesta tapada, se apresuró hacia la parte trasera de la escuela, donde había una cueva excavada en la roca. Sus compañeros lo persiguieron todavía con más ahínco.

Al ver de qué se trataba, Ichiro se puso pálido. La cesta contenía polvo de pimienta japonesa para adormecer a los peces y su utilización era perseguida por la policía como si de explosivos se tratara. Sataro la escondió en una cabaña de paja al lado de la cueva y regresó al campo de deportes como si nada hubiera sucedido. Todos se habían reunido y estaban cuchicheando sobre el asunto. Continuaron haciéndolo hasta que llegó la hora de entrar a clase.

Ese día, igual que el anterior, comenzó a hacer calor a las diez. Durante toda la mañana, los muchachos no pensaron más que en terminar las clases. Cuando tocaron las dos y finalizó la quinta hora, todos salieron disparados del aula.

Sataro, con la cesta de bambú en sus brazos, bien tapada con la manga, se dirigió a la orilla del río rodeado de sus compañeros. Matasaburo, que caminaba junto a Kasuke, sintió un olor parecido al de las lámparas de gas utilizadas para iluminar los tenderetes en las fiestas del pueblo. Pasaron junto a la acacia de flores rojas a toda prisa y pronto llegaron al remanso, junto al gran árbol. Al este, sobre las cumbres, se levantaron unas nubes blancas de aspecto veraniego y el árbol se iluminó con un brillo pálido. Todos se apresuraron a desvestirse y se quedaron de pie junto al agua.

—Tenéis que poneros en fila —comenzó a decir Sataro— y, cuando empiecen a flotar los peces, los cogéis. Cada uno podrá quedarse con todos los que atrape, ¿entendido?

Los más pequeños, empujándose los unos a los otros, se agruparon alrededor del remanso con las caras coloradas por la excitación. Pekichi y otros tres o cuatro más ya se habían lanzado al agua, habían nadado hasta la acacia y esperaban debajo.

Sataro, dándose mucha importancia, caminó hasta un lugar poco profundo río arriba y agitó la cesta dentro del agua hasta que todo su contenido hubo desaparecido. Sus compañeros se quedaron en silencio, observando el río.

Matasaburo estaba distraído mirando un pájaro negro que volaba sobre las cumbres y se recortaba contra las nubes blancas. Ichiro se había sentado en la orilla y golpeaba una piedra.

Pero, aunque esperaron un buen rato, ningún pez salió a flote. Sataro, con una cara muy seria, estaba de pie en la orilla observando el agua. Todos recordaban cómo el día anterior, tras la explosión, pudieron coger hasta unos diez peces. Continuaron esperando pero ni uno solo apareció.

—No sale ninguno —se atrevió a decir Kosuke.

Sataro tuvo un pequeño sobresalto, pero continuó mirando el agua con la mayor atención.

—Es cierto. Aquí no hay ni rastro de peces —dijo Pekichi, que no se había movido de debajo de la acacia.

Todos comenzaron a hablar a la vez, organizando un gran alboroto, y terminaron zambulléndose en el río. Sataro, que parecía estar bastante abochornado, siguió mirando el agua en silencio un rato más.

—¡Juguemos al corre-que-te-pillo! —sugirió, levantándose finalmente.

—¡Sí, juguemos! —gritaron todos a la vez y sacaron una mano del agua para decidir quién sería

el demonio mediante el juego de piedra, papel y tijera.

Los que estaban nadando se dirigieron hacia donde pudieran hacer pie. Ichiro, que seguía en la orilla, se acercó a ellos ya con la mano extendida. Decidió esconderse en la raíz de un árbol cortado al pie del barranco de arcilla mohosa, por donde había subido el día anterior aquel hombre tan extraño de larga nariz. Ichiro pensó que allí nunca lo encontraría el demonio.

Entonces, se jugaron en un solo tiro, en el que no podían sacar tijera, quién haría de demonio. Etsuji se distrajo y sacó tijera, por lo que todos se rieron mucho de él. Mortificado, echó a correr por la orilla y enseguida atrapó a Kisuke, quien a su vez se convirtió en demonio. Luego todos fueron de acá para allá, por la playa y el remanso, persiguieron y fueron perseguidos, y jugaron repetidas veces. Al final le tocó hacer de demonio a Matasaburo, aunque pronto alcanzó a Kichiro. Todos los observaron agrupados bajo la acacia.

—Kichiro, tú me persigues río arriba, ¿entendido? —dijo Matasaburo y, levantándose, se lo quedó mirando.

Kichiro, con la boca abierta y las manos extendidas, comenzó a subir por la resbaladiza pendiente de arcilla. Todos se lanzaron al remanso para alcanzarlo. Ichiro trepó a un sauce. Entonces, un pie de Kichiro quedó atrapado en la arcilla, lo que le hizo perder el equilibrio y caer cuan largo era sobre la cuesta. Algunos chicos jugaron a saltar por encima de él y otros continuaron subiendo.

—¡Matasaburo! ¡Ven aquí! —desafió desde allí Kasuke, con la boca muy abierta y agitando los brazos para tomarle el pelo. Matasaburo se puso furioso.

—Muy bien. Ahora verás —repuso con toda tranquilidad. Se tiró al agua y nadó a toda velocidad hacia sus compañeros.

Con el pelo rojizo mojado y los labios azulados por haber estado demasiado tiempo en el agua, tenía un aspecto aterrador. Los más pequeños se asustaron.

En la pendiente de arcilla no había suficiente espacio para todos y, además, era muy resbaladiza, por lo que los cuatro o cinco de más abajo tuvieron que sujetarse a los de arriba para evitar caer al río. Solo Ichiro estaba muy tranquilo en un lugar un poco más alto que los demás y se acercó para decirles algo en voz baja. Todos lo escucharon con las cabezas muy juntas.

Matasaburo llegó chapoteando hasta cerca de ellos. De repente, comenzó a lanzarles agua con ambas manos, que intentaron esquivar agitando manos y pies, lo que causó que se deslizaran un poco hacia abajo. Satisfecho con el resultado, continuó lanzándoles más y más agua. En un abrir y cerrar de ojos, todos habían ido a parar al río en medio de un gran chapoteo. Primero agarró a Ichiro de una pierna. Kasuke huyó nadando para evitarlo. Sin embargo, Matasaburo pronto lo alcanzó y, sujetándolo por el brazo, le hizo dar cuatro o cinco vueltas. Kasuke, que había tragado un montón de agua, tosió y resopló un chorro de agua pulverizada.

—¡Para ya de una vez! Así no quiero jugar al corre-que-te-pillo.

Los más pequeños ya habían regresado a la orilla cubierta de guijarros. Matasaburo se quedó solo de pie bajo la acacia.

El cielo se había cubierto de nubes negras, el sauce se volvió de un extraño color blanquecino, las altas hierbas de los cerros se tornaron oscuras y todo el paisaje adquirió un aspecto amenazador. Súbitamente, la pradera alta se iluminó con un relámpago y se oyó un trueno tan fuerte como un alud. Pareció que estuviera a punto de hacerse de noche. El viento aullaba con fuerza. Las gotas de lluvia cayeron en el agua del remanso como sobre una gran losa de piedra. Todos recogieron sus ropas de la orilla y se refugiaron bajo la acacia de flores rojas.

Matasaburo también se asustó y se lanzó al agua para reunirse con sus compañeros. Entonces oyó una voz que decía:

Que llueva, que llueva,
que sople el viento,
Matasaburo no tiene miedo.

A esta voz pronto se unieron otras más fuertes:

Que llueva, que llueva,
que sople el viento,
Matasaburo no tiene miedo.

Matasaburo se precipitó fuera del remanso como si algo fuera a tirar de su pierna y salió corriendo con toda su alma hacia donde estaban los demás.

—¿Eran vuestras esas voces? —preguntó, temblando violentamente.

—No. ¿De qué voces estás hablando? —le respondieron todos a la vez.

—No hemos sido nosotros —repitió Pekichi. Con una sensación extraña y los pálidos labios, como siempre, firmemente cerrados, Matasaburo echó una mirada al río.

—¡Qué raro! —dijo, pero continuó temblando.

Esperaron a que parara de llover y cada uno regresó a su casa.

Doce de septiembre

Dodo-dodo, dodo-dodo,
arrastra las nueces verdes,
y las manzanas silvestres.
Dodo-dodo, dodo-dodo…

Ichiro oyó de nuevo entre sueños la canción que pocos días atrás había cantado Matasaburo.

Asustado, se levantó de un salto y miró hacia fuera. Un viento terrible aullaba entre los árboles. La pálida luz del amanecer apenas iluminaba las puertas corredizas, los farolillos de papel y las estanterías. Se anudó a toda prisa la faja del quimono, se puso las sandalias de madera y descendió al piso de tierra batida. Pasó ante el establo y, cuando abrió la pequeña puerta situada junto a la principal, entró una ráfaga de viento mezclada con gotas de lluvia. Detrás del establo, una puerta se desplomó con gran estrépito y el caballo resopló espantado. El viento frío penetró hasta lo más profundo del pecho de Ichiro, que respiró profundamente varias veces y salió corriendo hacia fuera. Ya había aclarado y la tierra estaba mojada por la lluvia.

Los castaños alineados frente a la casa habían adquirido un extraño color blanquecino y se agitaban violentamente, como si la lluvia y el viento los estuvieran lavando. Sobre el oscuro suelo yacían esparcidos un gran número de hojas y verdes erizos arrancados. En el cielo, las nubes brillaban de un feroz gris plomizo, arrastradas por el viento a gran velocidad. A lo lejos, el bosque sonaba como el mar en plena tormenta.

Las gotas de fría lluvia golpeaban la cara de Ichiro y parecía que el viento fuera a llevarse sus ropas. Se quedó escuchando en silencio con la vista puesta en el cielo y oyó un sonido como si las olas chocaran dentro de su pecho. Siguió escuchando y esta vez solo pudo oír el rugir del viento y los fuertes latidos de su corazón.

Ese mismo viento, que el día anterior reposaba en silencio entre las colinas y las praderas, hoy, al amanecer, de repente comenzó a soplar hacia el norte como si quisiera llegar hasta la fosa de Tascarola, allá lejos en el mar de Japón. Esto pensaba Ichiro, con el rostro colorado, la respiración entrecortada, temiendo que se lo fuera a llevar el viento. De nuevo respiró profundamente.

—¡Vaya viento! Seguro que causará estragos en el tabaco y el mijo —dijo su abuelo, mirando el cielo por la pequeña puerta secundaria.

Ichiro, a toda prisa, sacó un cubo de agua del pozo y limpió el suelo de la cocina. Después se lavó la cara en una palangana metálica. Luego abrió la alacena, se sirvió arroz y pasta de soja fermentada, y desayunó con gran rapidez.

—Espera un poco, Ichiro, que ahora se termina de calentar la sopa. ¿Qué ocurre hoy que tienes tanta prisa para ir a la escuela? —preguntó su madre, mientras añadía leña a la estufa donde se cocía la comida del caballo.

—Puede ser que Matasaburo haya salido volando.

—¿Quién es Matasaburo? ¿Un caballo?

—No, un compañero de la escuela —respondió.

Cuando terminó de comer, lavó el tazón a toda prisa, se puso un impermeable que estaba colgado de un clavo en la cocina y salió hacia casa de Kasuke con las sandalias de madera en la mano.

Cuando llegó allí, Kasuke apenas se acababa de levantar.

—Enseguida desayuno y nos vamos —dijo.

Ichiro se quedó esperando junto al establo. Pronto salió Kasuke, cubierto con una capa corta de paja. Empapados por la fuerte lluvia y el viento huracanado, por fin llegaron a la escuela. El aula estaba vacía y en completo silencio. Por la rendija de la ventana había entrado agua y se había

formado una charco sobre el suelo de madera. Ichiro echó una ojeada a su alrededor.

—Kasuke, recojamos el agua —dijo.

Trajo unas escobas de palma y barrieron el agua hacia un desagüe situado bajo la ventana.

Al poco rato apareció el maestro. Estaba vestido con un ligero quimono de verano y en la mano llevaba un abanico rojo y redondo.

—¡Qué pronto habéis llegado! ¿Estáis limpiando la clase los dos solos? —preguntó.

—Buenos días, maestro —saludó Kasuke—. ¿Vendrá hoy Matasaburo a la escuela?

—¿Matasaburo? ¿Te refieres a Takada? —preguntó—. Takada tuvo que marcharse de repente ayer con su padre a otro lugar. Como era domingo, no tuvo tiempo de despedirse de todos vosotros.

—¿Se fue volando? —quiso saber Kasuke.

—No. Su padre recibió un telegrama de la compañía para que regresara inmediatamente. Quizá él vuelva durante algún tiempo, pero Takada comenzará a estudiar enseguida en una nueva escuela de Hokkaido. Además, allí también vive su madre.

—¿Por qué la compañía lo mandó regresar? —indagó Ichiro.

—Parece que de momento han decidido no explotar el yacimiento de molibdeno —respondió el maestro.

—No son ciertas estas historias. Él era Matasaburo, el genio del viento —gritó Kasuke.

De la sala de maestros llegó el sonido del agua hirviendo en la tetera. El maestro fue hacia allí rápidamente, con el abanico rojo en la mano.

Los dos chicos se quedaron unos momentos en silencio, mirándose como para averiguar qué pensaba el otro. El viento continuaba soplando con fuerza haciendo temblar la ventana empañada y cubierta de gotas de lluvia.

GAUCHE, EL VIOLONCELISTA

Gauche era el violoncelista del cine de su pueblo. Desafortunadamente, tenía fama de no ser muy diestro. No solo no era considerado «muy diestro», sino que, a decir verdad, era el peor de los músicos de toda la orquesta y por esta razón el director siempre se metía con él.

Una tarde estaban todos sentados en círculo ensayando la *Sexta Sinfonía*, que pronto iban a tocar en la sala de conciertos del pueblo. Las trompetas sonaban a todo volumen, los clarinetes contribuían con fuerza impetuosa, los violines atacaban la melodía con furia. Gauche, con los labios fruncidos y los ojos abiertos como platos fijos en la partitura, también tocaba con gran entusiasmo.

De repente, el director dio unas fuertes palmadas. Todos los músicos dejaron de tocar al instante y la sala quedó en completo silencio.

—¡El violoncelo se ha retrasado! —gritó—. Tra-la-la-la, tra-la-la… Volvamos a comenzar desde aquí. ¡Vamos!

Se pusieron a tocar de nuevo desde un poco antes del punto donde se habían interrumpido. Gauche, rojo por el bochorno y con la frente cubierta de sudor, logró pasar por fin el tramo difícil. Más tranquilo, continuó interpretando la pieza. Pero, de nuevo, se oyeron las palmadas del director.

—¡Ese violoncelo! ¡Andas completamente fuera de tono! ¡Qué desastre! ¿Te imaginas que tengo tiempo de enseñarte la escala musical?

Todos los demás músicos, apenados por él, se dedicaron a repasar con atención las partituras o se concentraron en afinar los instrumentos. Gauche se apresuró a tensar las cuerdas de su violoncelo. De hecho, el percance no era solo culpa suya sino también del destartalado instrumento.

—Continuemos a partir de la última barra. ¡Vamos!

Los músicos prosiguieron con la melodía. También Gauche, con los labios bien cerrados, continuó tocando con toda su alma. Esta vez avanzaron un buen trecho sin problemas. Gauche ya había logrado tranquilizarse cuando el director, lanzando una mirada feroz, volvió a dar unas fuertes palmadas. Le dio un vuelco el corazón. «¡Oh, no! ¡Otra vez no!», dijo para sí mismo. Por suerte, no se trataba de él. Al igual que antes habían hecho los demás, Gauche, con la mirada fija en la partitura, simuló estar absorto en sus pensamientos.

—Bueno, prosigamos.

Apenas habían empezado a tocar de nuevo, cuando el director pegó una sonora patada en el suelo.

—¡Muy mal! Cada uno toca por su lado. Esta parte es el corazón de la pieza y la estáis destrozando. Somos músicos profesionales. Se nos va a caer la cara de vergüenza si nos dejamos ganar por cualquier pandilla de aficionados. Oye, Gauche, tú eres un auténtico problema. ¿Es que no puedes poner más sentimiento al tocar? No expresas ni ira, ni alegría, nada en absoluto. Además, ¿por qué no sigues el ritmo de los otros músicos? Siempre te quedas rezagado como los cordones desatados de unos zapatos. Si no espabilas un poco, no sé qué podemos hacer contigo. Por tu culpa, la fama de nuestra prestigiosa Orquesta Venus caerá por los suelos y esto es injusto para los demás. Bueno, se ha terminado el ensayo. Descansad un rato y os espero en el palco a las seis en punto.

Todos saludaron al director y fueron saliendo al tiempo que encendían unos cigarrillos. Sujetando entre sus brazos el sencillo violoncelo, parecido a una caja, Gauche se volvió hacia la pared, torciendo la boca en sus esfuerzos por contener las lágrimas. Pero pronto recuperó el aplomo y empezó a tocar muy suavemente el pasaje del ensayo.

Avanzada la noche, regresó a su casa con el gran objeto negro a cuestas. Gauche vivía solo en un molino de agua medio en ruinas a la orilla del río, en las afueras del pueblo. Por la mañana solía estar en su huerto, arreglando las tomateras o sacando los bichos a las coles, pero por la tarde siempre salía.

Al llegar a casa, depositó el paquete negro en el suelo. Desde luego, se trataba del viejo violoncelo. Lo desenvolvió cuidadosamente. Tomó un vaso de una estantería, lo llenó con el agua de un cubo y se la bebió.

Sacudiendo la cabeza, se sentó en una silla y empezó a tocar con la furia de un tigre. Pasando las páginas de la partitura, tocaba y se detenía a pensar, luego volvía a tocar y, cuando llegaba al final de la pieza, comenzaba de nuevo. Repitió la operación varias veces, haciendo retumbar la casa con el sonido del instrumento.

Pasada la medianoche ya no sabía si era él u otra persona quien tocaba. Estaba sofocado, con los ojos inyectados en sangre y una expresión terrible en la cara. Parecía que fuera a desplomarse de un momento a otro. Entonces, alguien llamó a la puerta trasera.

—¿Eres tú, Fauche? —preguntó como un sonámbulo.

Pero quien entró, empujando la puerta con suavidad, fue un gran gato moteado que había visto varias veces rondando cerca de su casa. Llevaba en la boca un tomate medio verde, cogido del huerto de Gauche, que parecía haber traído con gran esfuerzo, y lo depositó en el suelo.

—¡Qué cansado estoy! Me ha costado tanto traerlo hasta aquí…

—¿Se puede saber…? —empezó a interrogar Gauche.

—Es un regalo. Te ruego que lo aceptes —dijo el gato moteado.

Toda la tensión que Gauche había acumulado durante el día estalló en aquel momento.

—¡Quién diablos te ha dicho que lo traigas! —gritó—. Además, ¿crees que voy a comer un tomate que has traído en la boca? Para colmo, ni siquiera está maduro. ¿O sea, que eres tú el que ha estado mordisqueando mis tomateras? ¡Desaparece de mi vista, gato!

Entonces el felino, encogiéndose de hombros y entrecerrando los ojos, dijo sonriendo burlonamente:

—Maestro, no te enfades, que te perjudica la salud. ¿Por qué no tocas «Träumerei», de Schumann? Te escucharé con mucho gusto.

—¿Cómo puede un simple gato tener una cara tan dura?

El violoncelista, furioso, se quedó pensando en cómo jugarle una mala pasada al felino.

—Adelante, no te dé vergüenza. ¿Sabes que no puedo dormir si no escucho tu música, maestro?

—¡Qué desfachatez! Es increíble.

Gauche enrojeció de ira y, tal como había hecho el director de la orquesta aquella tarde, empezó a gritar al gato mientras daba patadas en el suelo.

Pero, inesperadamente, cambió de opinión.

—Muy bien, voy a tocar.

Como si se le hubiera ocurrido alguna idea, cerró la puerta y las ventanas, agarró el violoncelo y apagó la luz. Eran las dos de la madrugada y los rayos de la luna entraban por la ventana, iluminando media habitación.

—¿Qué quieres que toque?

—«Träumerei», de Schumann —dijo el gato con toda seriedad, atusándose el hocico.

—¡Ah, «Träumerei»! Suena así, ¿no?

Gauche rasgó su pañuelo y se tapó bien las orejas con los jirones. Entonces comenzó a tocar «Cacería de tigres en la India» con la fuerza de un vendaval.

Al principio, el gato escuchó con la cabeza inclinada pero, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, salió disparado y chocó contra la puerta, que no se abrió. Azorado, como si hubiera cometido un grave error, empezó a echar chispas por los ojos y la frente. Enseguida también por los bigotes y la nariz, lo que le produjo cosquillas y pareció que fuera a estornudar. De nuevo, como si no tuviera tiempo que perder, reanudó su carrera. Gauche lo contemplaba divertido y continuó tocando todavía con más entusiasmo.

—Maestro, ya es suficiente. De verdad. Nunca más volveré a coger tus tomates.

—¡Silencio! Ahora viene la parte donde atrapan al tigre.

El atormentado gato empezó a saltar y dar vueltas por la habitación. El yeso de las paredes que se había adherido a su piel brillaba pálidamente por momentos. Al final, tan solo giraba alrededor del violoncelista como un torbellino, hasta que al mismo Gauche empezó a darle vueltas la cabeza.

—Bueno, voy a dejarte tranquilo —dijo y, por fin, paró de tocar.

—Maestro, esta noche has tocado de un modo distinto, ¿no crees? —observó el gato, como si nada hubiera sucedido.

El violoncelista se irritó de nuevo, pero, aparentando tranquilidad, sacó un cigarrillo y, con una cerilla en la mano, se dirigió al gato:

—¿Seguro que te encuentras bien? A ver, muéstrame la lengua.

El gato sacó desdeñosamente su puntiaguda lengua cuan larga era.

—Creo que la tienes un poco áspera.

De súbito, frotó la cerilla en la lengua del gato y encendió el cigarrillo.

La sorpresa del felino fue mayúscula. Girando la lengua como un molino de viento, salió disparado de nuevo hacia la puerta, chocó contra ella, se alejó en otra dirección, volvió a chocar y recorrió desesperado la habitación en busca de una salida. Gauche lo observó divertido unos momentos.

—Espera, ahora te dejo salir. Pero ni se te ocurra volver, gato estúpido.

Abrió la puerta y el gato salió como una exhalación, perdiéndose entre las altas hierbas. Gauche lo contempló sonriendo y por fin se acostó, como si se hubiera sacado un gran peso de encima.

A la noche siguiente, Gauche regresó a casa cargado de nuevo con el negro violoncelo. Tomó una buena cantidad de agua y, como la víspera, se puso a practicar con el instrumento.

Tocó una hora, dos, y pronto se hizo medianoche. Sonaron la una, las dos, y Gauche continuaba con sus ejercicios musicales. Ya no sabía ni qué hora era ni quién tocaba cuando alguien llamó a la puerta trasera.

—¿Todavía no has escarmentado, gato? —gritó. Pero quien entró con ruido de forcejeo por un agujero del techo fue un pájaro gris.

—¡Vaya, hasta los pájaros me vienen a visitar! ¿Se puede saber qué quieres?

—Quiero que me enseñes música —dijo el cuclillo con toda seriedad.

—¿Con que quieres aprender música, eh? —respondió Gauche—. Pero si solo puedes cantar «cu-cu, cu-cu», ¿no es cierto?

—Así es. Pero no es tan fácil como parece —dijo el cuclillo sin inmutarse.

—Ya entiendo. El único problema para vosotros los cuclillos es que tenéis que cantar mucho. Pero las notas son fáciles, ¿o no?

—Lo más difícil son las notas. Puedo cantar este «cu-cu» y este otro «cu-cu». ¿Te das cuenta de la diferencia? —A mí me parecen iguales.

—Es porque no puedes entender la diferencia. Nosotros los cuclillos podemos distinguir entre más de diez mil «cu-cu» distintos.

—Como quieras. Pero si entiendes tanto, ¿en qué te puedo ayudar?

—Quiero aprender la escala musical.

—¿De qué diablos puede servirte aprender la escala?

—Necesito conocerla para poder viajar al extranjero.

—¿Y para qué quieres ir al extranjero?

—¡Maestro, por favor, enséñame la escala! Yo cantaré mientras tocas.

—¡Qué pesado! La tocaré solo tres veces y después quiero que te esfumes rápidamente de mi casa.

Gauche tomó su violoncelo, lo afinó y empezó a tocar la escala.

—Do, re, mi, fa…

Cuando terminó, el cuclillo se puso a aletear nerviosamente mientras decía:

—No, no. Así no. La escala no es así.

—¡Mira que eres pesado! Si no te parece bien así, ¿por qué no lo haces tú?

—Así es como debe sonar —dijo el cuclillo, enderezándose bien y emitiendo un solo «cu-cu».

—¿A esto lo llamas tú una escala? Entonces, para vosotros los cuclillos será lo mismo una escala que la *Sexta Sinfonía*.

—No. Son completamente distintas.

—¿Ah, sí? ¿En qué se diferencian?

—Cuando se suceden muchas notas, es más difícil.

—Supongo que te refieres a esto —dijo Gauche y tocó varias veces «cu-cu».

El cuclillo, entusiasmado, empezó a cantar acompañando el violoncelo de Gauche. Cada vez más contento, se contorsionaba al ritmo de los repetidos «cu-cu».

A Gauche comenzó a dolerle la mano.

—Bueno, ya es suficiente, ¿no? —dijo y dejó de tocar.

El cuclillo levantó los ojos apenado y continuó cantando unos instantes.

—Cu-cu, cu-cu, cu-cu, cu…

La paciencia de Gauche ya se había agotado por completo.

—Oye, pájaro. Ya hice lo que me pediste. Ahora echa el vuelo.

—¿No podrías tocar una vez más? Lo haces bien, pero hay algo que te sale diferente.

—¿O sea, que ahora eres tú quien me va a enseñar a mí? Desaparece de mi vista.

—Por favor, solo una vez más. ¡Por favor! —pidió el cuclillo con repetidas inclinaciones de cabeza.

—Bien. Pero es la última vez.

Gauche preparó su arco.

El cuclillo emitió un solo «cu» y dijo:

—Tócalo tan largo como puedas —y se volvió a inclinar con respeto.

—Ya no lo aguanto más —dijo Gauche con una sonrisa de desesperación y se puso a tocar de nuevo.

Como la vez anterior, el cuclillo se dejó arrastrar por la música y, moviéndose al ritmo, acompañó la melodía cantando con toda su alma. Al principio Gauche estaba irritado en extremo, pero de súbito se dio cuenta de que, en realidad, el pájaro se adaptaba a la escala musical mejor que él. Cuanto más tocaba, más se convencía de ello.

«Si continúo tocando esto, acabaré por convertirme en un pájaro yo mismo», pensó Gauche y se detuvo en seco.

El cuclillo se tambaleó como si alguien le hubiera golpeado la cabeza y terminó de cantar gradualmente, igual que había hecho antes.

—¿Por qué has dejado de tocar? Incluso el cuclillo que menos se precie canta hasta dolerle la garganta.

—¡Qué descaro! ¿Hasta cuándo te imaginas que puedo dedicarme a estas tonterías? Vete de una vez, que ya está amaneciendo —dijo Gauche, señalando hacia la ventana.

Al este, el cielo se estaba volviendo plateado y unas nubes negras lo cruzaban en dirección norte.

—Una vez más, hasta que salga el sol. Ya falta muy poco —volvió a pedir el cuclillo con una cortés inclinación de cabeza.

—Ya basta, pájaro estúpido. Si no te vas ahora mismo, te cocinaré para el desayuno —gritó Gauche, dando una sonora patada en el suelo.

El cuclillo, asustado, salió volando hacía la ventana, pero chocó estrepitosamente contra el cristal y cayó al suelo.

—Mira que chocar contra el cristal. ¡Hay que ser tonto!

Gauche se apresuró a abrir la ventana, que nunca se deslizaba con facilidad.

Mientras luchaba por abrirla, el pájaro volvió a chocar contra ella y fue a parar de nuevo al suelo. En el borde del pico tenía un poco de sangre.

—¿Quieres hacer el favor de esperar, que te abro enseguida?

Apenas había logrado abrirla unos centímetros, el pájaro ya se había recuperado y, con la vista fija en el cielo del este, salía de nuevo contra la ventana. Esta vez chocó todavía con más fuerza y permaneció unos momentos inmóvil en el suelo. Cuando el violoncelista extendió su mano para recogerlo y echarlo a volar por la puerta, el animalito lo esquivó y volvió a lanzarse contra el cristal. Iba a chocar de nuevo cuando Gauche, sin pensarlo, lanzó una tremenda patada a la ventana. Dos o tres cristales saltaron hechos añicos y la ventana, con marco y todo, cayó hacia fuera. El cuclillo partió como una flecha por el hueco y voló en línea recta hasta desaparecer en el cielo. Gauche se quedó mirando un instante hacia fuera con expresión de disgusto y, tambaleándose, fue a acostarse a un rincón.

También al día siguiente Gauche practicó con su violoncelo hasta bien entrada la noche. Se detuvo un momento a descansar y tomar un vaso de agua, cuando alguien llamó a la puerta. Pensando que sería un cuclillo como la noche anterior o cualquier otro insólito personaje, y con la intención de echar con cajas destempladas al visitante, salió a abrir con el vaso todavía en la mano.

La puerta se entreabrió y apareció un cachorro de tejón. Gauche acabó de abrirla y dio una patada en el suelo.

—¡Eh, tejón! Has oído hablar de la sopa de tejón, ¿no? —gritó.

El pequeño se sentó con pulcritud en el suelo y por un momento pareció ensimismado pensando, con la cabeza inclinada hacia un lado. Daba la impresión de no haber entendido bien.

—¿Sopa de tejón? —respondió un poco confuso—. Pues no.

Al ver su expresión, Gauche estuvo a punto de echarse a reír, pero hizo un esfuerzo por poner cara de enfado.

—Pues te diré de qué se trata. La sopa de tejón se prepara con un tejón como tú. Se hierve, se añaden hojas de col y sal, y gente como yo se la come —explicó el músico.

El tejón puso cara de extrañeza.

—Pero mi padre me dijo que tú eres buena persona y que fuera a aprender contigo —replicó.

Gauche ya no se pudo aguantar más y soltó una carcajada.

—¿Qué te dijo que podías aprender? Yo estoy muy ocupado. Además, me muero de sueño.

El tejón hizo acopio de valor y avanzó un paso.

—Yo soy el encargado de tocar el tambor. Tengo que aprender a acompañar el violoncelo.

—Pero aquí no hay ningún tambor.

—Aquí está.

El tejón sacó de su espalda dos bastones.

—¿Y qué piensas hacer con eso?

—Por favor, toca «El cochero alegre».

—¿Qué es eso? ¿Una pieza de jazz?

—Aquí tienes la partitura.

El cachorro sacó una partitura también de su espalda. Gauche la tomó y comenzó a reírse.

—¡Qué melodía más extraña! Bueno, voy a tocarla.

El violoncelista, preguntándose cómo se las arreglaría el animalito, se puso a tocar.

—¿Y tú? ¿Cómo es que no tocas el tambor?

Entonces el tejón cogió los dos bastones y empezó a marcar el compás sobre la caja del violoncelo, más abajo del puente. Diciéndose a sí mismo que el pequeño no lo hacía nada mal, Gauche empezó a tomarle gusto al juego. Cuando llegaron al final, el tejón se quedó pensando con la cabeza inclinada. Por fin, como si hubiera llegado a una conclusión, dijo:

—Gauche, cuando tocas la segunda cuerda, te retrasas. Me haces perder el compás.

El músico se quedó desconcertado. Sin duda alguna la segunda cuerda se retrasaba. Daba la impresión de que, independientemente de la velocidad con que la tocara, siempre tardaba un poco en sonar. Ya se había dado cuenta la noche anterior.

—Puede que tengas razón. Este violoncelo no suena bien —reconoció Gauche con tristeza.

—¿Dónde estará el problema? ¿Puedes tocar otra vez, por favor? —dijo pensativo, como si estuviera apenado por él.

—Muy bien. Empiezo de nuevo.

Igual que antes, el tejón se dedicó a golpear la caja con los bastones y, de vez en cuando, girando la cabeza, aplicaba su oreja al instrumento.

—¡Oh, ya se ha hecho de día! Muchas gracias, Gauche.

El tejón se apresuró a recoger la partitura y los bastones, los sujetó con un elástico, se los colocó a la espalda y, saludando cortésmente un par de veces, se marchó con paso ligero.

Gauche permaneció ensimismado respirando el aire fresco que entraba por el hueco de la ventana rota la noche anterior, pero se acostó enseguida, pensando que debía recuperar fuerzas para ir al pueblo al día siguiente.

También la noche siguiente la pasó practicando hasta el amanecer. Ya se estaba quedando dormido delante de la partitura cuando alguien volvió a llamar a la puerta. Eran unos golpecitos tan tenues, que Gauche los pudo oír solo por haberse acostumbrado a las visitas nocturnas.

—Adelante —dijo.

Entonces por la puerta entreabierta entró un ratón de campo, seguido por su cría, y se acercó adonde estaba él. Dicho sea de paso, la cría era tan pequeña como una goma de borrar, lo que hizo mucha gracia a Gauche. El ratón de campo, muy preocupado, depositó una castaña frente a Gauche y lo saludó cortésmente.

—Maestro, a esta criatura le duele mucho el estómago y parece que se va a morir. Te ruego tengas la bondad de curarla.

—¿Qué te imaginas, que me dedico a hacer de médico ahora? —respondió Gauche un poco irritado.

El ratón se quedó en silencio, cabizbajo por unos momentos. Pero, de nuevo, volvió a hablar con decisión.

—Por favor, maestro, sé que cada día curas las enfermedades de otros animales.

—¿Se puede saber a qué te refieres?

—¿Acaso no sabes que gracias a ti la abuela conejo se mejoró? También el padre del tejón e incluso el maligno mochuelo. Si los has ayudado a ellos, ¿por qué no puedes curar a mi hijo?

—Oye, aquí hay algún malentendido. Que yo sepa, no he curado a nadie. Aunque, eso es cierto, el

cachorro del tejón estuvo aquí anoche, jugando a que tocaba en una orquesta.

Finalmente, el ratón de campo se echó a llorar.

—Ah, ¿por qué si este pobre ratoncito tenía que ponerse enfermo no lo hizo antes? Justo cuando dejaste de tocar, comenzó a sentirse mal. Y ahora, por más que te lo pida, no quieres volver a tocar. ¡Qué mala suerte para esta infeliz criatura!

—¿Qué significa esto de que mi música ha curado a un mochuelo y a un conejo? ¿Se puede saber de qué estás hablando? —gritó Gauche, sin entender nada.

El ratón, secándose los ojos con la pata, comenzó a hablar:

—Cuando los animales de por aquí se ponen enfermos, se esconden bajo el suelo de tu casa y así se curan.

—¿Y me quieres explicar por qué?

—Claro. El sonido de tu violoncelo les mejora la circulación de la sangre y algunos se curan allí mismo, otros, al poco rato de volver a casa.

—¡Ah, ya entiendo! Cuando toco el violoncelo a todo retumbar, la música actúa como un masaje y vosotros os curáis, ¿no? Muy bien. Ahora tocaré para tu ratoncito.

Gauche afinó su instrumento, cogió entre dos dedos al diminuto roedor y lo metió en la caja del violoncelo a través del agujero.

—¿Puedo entrar con él? En todos los hospitales permiten acompañantes —dijo la madre y, terriblemente excitada, se lanzó hacia el violoncelo.

Gauche cogió al ratón de campo e intentó introducirlo por el orificio, pero solo la cabeza y la mitad superior del cuerpo lograron entrar. Las dos patitas traseras quedaron fuera, suspendidas en el aire, luchando por mantener el equilibrio.

—¿Estás bien, hijo? ¿Has caído sobre las cuatro patas, como siempre te he enseñado?

—Estoy bien, mamá —dijo el pequeño roedor con un hilo de voz desde el fondo del instrumento.

—¿Ves como está bien? Deja ya de llorar.

Gauche dejó el ratón de campo en el suelo, tomó el arco y empezó a tocar una rapsodia. Las notas se sucedían retumbantes.

La madre ratón al principio escuchó la música con visible preocupación, pero al cabo de un rato, muerta de impaciencia, dijo:

—Creo que ya es suficiente. ¿Puedes sacar a mi hijo del violoncelo, por favor?

—Ah, ¿ya basta?

Entonces, inclinó el instrumento, introdujo la mano por el orificio y empezó a buscar a tientas dentro de la caja. Enseguida sacó la mano, con el ratoncito dentro de ella. Al mirarlo, Gauche se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados y estaba temblando como una hoja. En silencio, lo depositó en el suelo.

—¿Cómo estás? ¿Ya te encuentras mejor?

El ratoncito no respondió y continuó temblando. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, se levantó y empezó a corretear por la habitación.

—¡Ah, ya se ha mejorado! Muchas gracias, gracias, gracias… —repetía la madre ratón corriendo junto a su cría—. Gracias, gracias… —continuó diciendo hasta diez veces.

Sin saber por qué, Gauche empezó a sentir lástima por los dos animalitos.

—Ratones, ¿vosotros coméis pan? —preguntó. El ratón de campo, sorprendido, comenzó a mirar en todas direcciones.

—¿Pan? ¿Te refieres a esa cosa esponjosa hecha con harina de trigo amasada? Debe de ser delicioso. Pero nosotros no nos hemos metido dentro de tu despensa. Y después de lo que nos has ayudado, no se nos ocurrirá jamás hacerlo —se apresuró a decir.

—No me refiero a eso. Solo quería saber si os gustaba. Espera un momento, que te traeré un poco para el estómago enfermo de tu ratoncito.

Gauche depositó su instrumento en el suelo, se dirigió a la despensa y partió un pedacito de pan, que colocó ante ellos. El ratón de campo, sin saber qué hacer, reía y lloraba a la vez, hacía corteses inclinaciones de cabeza y, finalmente, sujetando el pan entre los dientes con gran cuidado, salió de la casa seguido por su cría.

—¡Ah, qué agotador es hablar con ratones! Diciendo esto, Gauche se tumbó en la cama y en un instante ya estaba roncando plácidamente.

Y llegó la noche del sexto día… Los músicos de la Orquesta Venus fueron saliendo del escenario de la sala de conciertos municipal con las caras encendidas y cada uno con su instrumento en la mano. Habían tocado la *Sexta Sinfonía* espléndidamente.

De la sala llegaban las salvas de aplausos del público. El director de la orquesta se paseaba entre los músicos con las manos en los bolsillos como si no lo impresionaran las ovaciones, pero no podía ocultar su satisfacción. Los músicos ya estaban encendiendo cigarrillos y guardando los instrumentos en sus estuches.

En la sala continuaban los aplausos. No solo eso, sino que cada vez se hacían más fuertes hasta retumbar con un fragor incontrolable. Entonces entró al camerino un funcionario municipal con una gran banda blanca al pecho.

—¿No podrían tocar un bis? Aunque sea una pieza corta.

—Imposible. Después de esta interpretación magistral no podríamos tocar nada que satisficiera al público —respondió el director tajantemente.

—En este caso, señor director, salga un momento para saludar, por favor.

—No puede ser. Oye, Gauche. Sal y toca alguna cosa.

—¿Quién, yo? —exclamó el violoncelista sorprendido.

—Eso mismo, tú —contestó el primer violín, levantando la vista.

—¡Vamos, sal rápidamente! —ordenó el director.

Entre todos obligaron a Gauche a coger el violoncelo y prácticamente lo sacaron a empujones al escenario.

Al ver a Gauche con el agujereado instrumento entre sus brazos, el público prorrumpió en atronadores aplausos. Incluso había quien lanzaba gritos de entusiasmo.

«¿Hasta dónde piensan tomarme el pelo? —pensó—. Muy bien. Tocaré "Cacería de tigres en la India"».

Gauche caminó hasta el centro del escenario con aplomo. Al igual que lo había hecho con el gato,

Gauche atacó la pieza con la vehemencia de un elefante furioso.

El público escuchó en completo silencio. Gauche continuó tocando con toda su alma. Dejó atrás el pasaje donde el gato había empezado a echar chispas. También el que lo había hecho chocar contra la puerta repetidas veces. Cuando finalizó la pieza, sin conceder ni una mirada al público, agarró su violoncelo y regresó rápidamente al camerino. El director y los músicos, sentados en silencio, tenían los ojos fijos como si contemplaran un incendio.

Pensando: «¡Que sea lo que Dios quiera!», pasó ante sus compañeros, se desplomó en una silla al otro extremo de la habitación y cruzó las piernas. Todos volvieron la cabeza al unísono hacia él. Nadie se reía en absoluto.

«Esta noche pasan cosas extrañas», pensó.

—¡Muy bien, Gauche! —elogió el director de la orquesta, levantándose—. A pesar de tratarse de una pieza así, todos te han escuchado con interés. Has mejorado mucho durante la última semana. Tu modo de tocar es irreconocible, comparado con diez días atrás. ¿Has visto como, si quieres, puedes?

Los otros músicos también se habían levantado y estaban felicitando a Gauche.

—Solo se puede lograr algo así con un cuerpo fuerte. Otra persona habría muerto por el esfuerzo —continuó diciendo el director.

Aquella noche, Gauche regresó a casa tarde. Como era su costumbre, se bebió un gran vaso de agua. Entonces abrió la ventana y, mirando el lejano cielo, se acordó del cuclillo.

—¡Ay, cuclillo! Podría haber sido más amable aquella vez. En realidad, no estaba tan enfadado contigo…

KENJI MIYAZAWA. Hanamaki (Japón), 1896 - Ídem, 1933. Poeta y escritor de literatura infantil de peculiar estilo.

Nació en la prefectura de Iwate, al norte de la principal isla de Japón, en el seno de una familia acomodada. Fue muy buen estudiante y pronto comenzó a interesarse por la poesía. Con 13 años compuso su primer *tanka*. A los 19 fue admitido en la Escuela de Agricultura y Silvicultura de Morioka y comenzó a publicar poemas en revistas literarias. Tras finalizar sus estudios, regresa en 1919 a su ciudad natal para cuidar de su hermana Toshi, enferma de tuberculosis. Sin embargo, debido a desavenencias con su padre se traslada a Tokio, donde trabaja como ingeniero agrónomo y docente y entra en contacto con los círculos literarios de la capital. Publica sus primeras historias con gran éxito de crítica. En 1926 abandona la seguridad de su empleo y se muda a Shimoneki para dedicarse completamente a la agricultura y escribir. Tras luchar durante años con la pleuresía muere en 1933, a los 37 años de edad, tras sufrir una neumonía aguda.

Buena parte de sus trabajos salieron a la luz tras su muerte. Entre ellos destacan *El tren nocturno de la Vía Láctea* (*Gingatetsudō no yoru*, publicado póstumamente en 1934), *Matasaburo, el genio del viento (Kaze no Matasaburō)*, *Gauche, el violonchelista (Cello hiki no Goshu)*, *El restaurante de los muchos pedidos (Chūmon no ōi ryōriten)* y el poema *Sin perder contra la lluvia (Ame ni mo makezu)*, el cual resume su visión personal del mundo.

Miyazawa es hoy uno de los poetas japoneses más populares. Escribía sus relatos para acercar, a su forma, la enseñanza del Budismo Mahāyāna a las personas simples, especialmente a los niños. Se dejó inspirar en especial por el Sutra del Loto, que veía como guía para su vida personal. También mostró se interesó por la idea de una lengua común internacional, lo cual lo llevó a estudiar

esperanto y traducir algunos de sus poemas a este idioma.

Notas

[1] Esta efeméride tuvo lugar en 1996, año en el que Montse Watkins escribió este prólogo y editó por primera vez su traducción de estos cuentos de Miyazawa. <<

[2] Especie de calamar de unos cinco centímetros de longitud con órganos luminescentes en el cuerpo y en los tentáculos. <<

[3] *Ginkgo biloba lynn*, árbol autóctono de Japón. <<